

# Crimen en Kensington

Christopher St. John Sprigg



THE GARDEN HOTEL

Kensington Hyde Park

tulo original: Crime in Kensington

1933, Christopher St. John Sprigg. Publicado por primera vez en 1933 por Eldon Press.

Traducción, adaptación y edición © 2019, Clara Ramírez de Arellano Ruiz. Todos los derechos reservados.

Revisión del texto: Ana García Alegre

Diseño de cubierta: Alberto Zuya Valladolid

Ninguna parte de este libro puede reproducirse en ninguna forma, ser almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitirse de ningún modo por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otro, sin el permiso escrito de Clara Ramírez de Arellano Ruiz, excepto para citas breves o artículos críticos y revisiones.

Todos los personajes y situaciones que aparecen aquí son ficticios y cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

### **Sobre Sherlock Editores**

A medio camino entre Sherlock Holmes y Agatha Christie, esta colección inédita de novelas policiacas de la edad de oro del misterio entretiene, intriga y divierte a partes iguales.

Más información sobre otros libros de la edad de oro del misterio en [www.sherlockeditores.com](http://www.sherlockeditores.com)

## **Personajes principales:**

Charles Venables: frívolo y curioso joven periodista de la sección de sociedad del periódico *Mercury*, detective aficionado y protagonista de esta historia.

Sargento Noakes: concienzudo policía encargado inicialmente de la investigación.

Inspector Bernard Bray de Scotland Yard: responsable máximo de la investigación.

Mrs. Louisa Budge: propietaria y directora del hotel-residencia The Garden Hotel donde se desarrollan los acontecimientos de esta historia.

Mr. George Budge: ambicioso y calculador esposo de la anterior.

Enfermera Evans: enfermera a cargo de Mrs. Budge.

## **Huéspedes residentes del The Garden Hotel:**

*Lady* Viola Merritt: amiga de la infancia de Charles Venables.

*Miss* Sanctuary: anciana bondadosa y perspicaz.

*Miss* Mumby: adinerada mujer entrada en años, aficionada a los gatos y a las sesiones espiritistas.

*Miss* Geranium: anciana excéntrica, obsesionada con la religión.

*Miss* Hectoring: intimidante compañera-guardiana de *miss* Geranium.

Eppoliki: estudiante de medicina egipcio.

Mrs. Salterton-Deeley: dama pelirroja propietaria de una tienda de sombreros.

Reverendo Septimus Blood: bacteriólogo reconocido además de clérigo obsesionado con la liturgia.

Coronel Cantrip: militar retirado.

Mrs. Walton: joven y encantadora viuda, extraordinariamente atractiva.

Mr. Nicholas Twing: gerente de una gran entidad financiera de la *City*.

Mr. Winterton: caballero de mediana edad de irritantes manías.

[Capítulo 1 | Algunos encuentros siniestros](#)

[Capítulo 2 | El puzle: encontrar el cuerpo](#)

[Capítulo 3 | La policía entra en escena](#)

[Capítulo 4 | Scotland Yard se interesa por el asunto](#)

[Capítulo 5 | A la mañana siguiente...](#)

[Capítulo 6 | Una pequeña ayuda desde el más allá](#)

[Capítulo 7 | \*Dissecta Membra\*](#)

[Capítulo 8 | Un mensaje de la víctima](#)

[Capítulo 9 | Budge versus Bray: primera ronda](#)

[Capítulo 10 | \*Miss Mumby\* se delata](#)

[Capítulo 11 | Budge versus Bray: segunda ronda](#)

[Capítulo 12 | Budge versus Bray: Charles interviene](#)

[Capítulo 13 | El verdugo se adelanta](#)

[Capítulo 14 | El secreto del The Garden Hotel](#)

[Capítulo 15 | La red se cierra](#)

[Capítulo 16 | El asesino es acorralado](#)

[Epílogo](#)

[Sobre el autor](#)

[La edad de oro de la novela de misterio](#)

[El misterio del frasco de perfume \(extracto\)](#)

# Capítulo 1 | Algunos encuentros siniestros

1

Charles Venables caminaba con calma por la zona menos chic de Kensington. Al llegar a Tunbridge Gardens, sacó una carta del bolsillo y verificó la dirección del lugar que estaba buscando:

*“THE GARDEN HOTEL,  
Tunbrigde Gardens,  
Londres W.*

*Mi querido Charles,  
¡Qué noticia más graciosa! La mera idea de que te hayas convertido en uno de esos columnistas de chismes... perdón, periodista de sociedad, me parece de lo más ocurrente. Creo que lo harás bastante bien y, de todas formas, estabas desperdiciando tu talento en el rústico Tankards. Ahora que te vienes a vivir a Londres tienes que quedarte en mi hotel una temporada, al menos hasta que hayas tenido tiempo de asentarte y encontrar una residencia permanente. A mí me encantará tenerte aquí conmigo, tú me entretienes mucho, ya sabes, y creo que te gustará el hotel. Este lugar es confortable, la comida es sencilla pero sustanciosa y es sorprendentemente barato.*

*Hay algo bastante extraño en este sitio que no logro detectar, nada malo en realidad, más bien intrigante... La gente es muy rara... pero ya te contaré. Ven para acá corriendo en cuanto llegues a Londres, te estaré esperando.*

*Un fuerte abrazo,  
Viola”.*

Venables tiró de un extremo del cordón de su monóculo, se colocó este en el ojo y examinó nuevamente la carta. Luego miró a su alrededor. Como tantos hoteles residenciales de Kensington, la entrada a The Garden Hotel era una

combinación poco original de estuco, azulejos y aspidistras junto a una puerta giratoria custodiada por el botones de rigor.

“A mí no me parece un sitio tan extraño... ni tan confortable, la verdad”, reflexionó Venables sorteando con habilidad los escalones de azulejos, las aspidistras, la puerta y al botones.

Viola, típico de ella, había olvidado mencionar el nombre del responsable del establecimiento, así que preguntó en recepción, donde le informaron que el hotel estaba dirigido personalmente por su propietaria, Mrs. Budge.

Una sirvienta guio a Venables hasta una sala de estar situada en la parte superior del edificio y le hizo esperar allí mientras ella entraba en otra habitación. Desde donde estaba, Venables solo podía oír retazos aislados de conversación.

—Alguien ha venido a verla, Mrs. Budge. Un tal Mr. Venables, amigo de *lady* Viola. Pregunta si hay habitaciones libres.

—Estoy muy ocupada —replicó bruscamente una voz de mujer—. Dile que se vaya.

—No seas tonta, Louisa —esta vez era un hombre quien hablaba—. Un hotel no rechaza a posibles clientes porque la propietaria esté demasiado ocupada. Brown, di a Mr. Venables que Mrs. Budge no tardará en salir, que por favor espere unos instantes.

Brown, la sirvienta, apareció de nuevo, transmitió su mensaje y se fue. A Charles Venables le intrigó sumamente esta actitud tan peculiar hacia los visitantes. Era un hombre inteligente y lo suficientemente curioso y falto de escrúpulos como para no detenerse ante pequeñeces tales como espiar conversaciones ajenas, así que se dirigió hacia la puerta y, aparentemente absorto ante un grabado japonés, escuchó con atención lo que se decía en la otra habitación.

—¿Cuántas veces te he dicho que este hotel debe aparentar ser un negocio normal y corriente? —preguntaba el hombre con énfasis.

—Ya, de acuerdo —respondió Mrs. Budge—. Pero no me gusta tu actitud, cualquiera diría que la idea de todo esto fue tuya...

El comentario pareció enfurecer al hombre. Bajó la voz y dijo en tono amenazador:

—*¡La idea!* ¿De qué sirve una idea sin un cerebro que la lleve a cabo? ¿Eh? Yo soy el cerebro detrás de todo esto y más vale que no lo olvides...

¡porque soy capaz de rajarte de oreja a oreja!

Venables se asustó ante la violencia de la amenaza. Mrs. Budge también pareció acobardada y respondió cohibida:

—Pero Georgie, ¿no es necesario ponerse así! Siempre digo que eres una pieza clave del negocio.

—Ya, pero te he repetido varias veces que eso no es suficiente, Louisa. Tal y como están las cosas no me siento lo bastante protegido ahora y tú lo sabes. Has dejado el tema abandonado durante demasiado tiempo. Esta noche escribirás a tus abogados y te asegurarás de que quedo bien atendido en el supuesto de tu muerte. Y no me vale que me digas que eres una mujer sana. Todos somos mortales y un día tal vez vayas demasiado lejos y uno de los huéspedes decida acabar contigo.

—No digas eso, Georgie —se quejó Mrs. Budge—. Sabes que siempre tengo cuidado de no presionar demasiado. Beneficios rápidos y moderados, ese ha sido siempre nuestro lema. Son todos unos cobardes, en cualquier caso... Pero no te preocupes, veré hoy a esos abogados... Nunca me he negado a firmarte ningún cheque, ¿no es así, Georgie?

Venables comprendió entonces que la conversación estaba llegando a su fin y que se iba a ver en una situación muy apurada si lo encontraban ahí, así que se escabulló hacia el pasillo y se quedó allí, inmóvil, con su sombrero y bastón en la mano y la actitud aburrida de un hombre que lleva esperando mucho, mucho tiempo.

Su intuición se demostró correcta y, unos segundos después, apareció Mrs. Budge acompañada de su interlocutor. “Su afectuosa media naranja, supongo”, pensó Charles.

Le hicieron pasar a una *suite* amueblada de forma sencilla pero elegante, con un aire de distinción inesperado en una pequeña residencia de Kensington.

Parecía imposible que la pareja que tenía delante fuera la misma de la conversación anterior. Mrs. Budge, una personita menuda y afable que exhibía unos modales perfectos, rondaba los cuarenta años y vestía sobriamente pero con estilo.

“¿Qué se traerán entre manos estos dos?”, pensó Venables.

Sorprendentemente, Mr. Budge parecía incapaz de rajar la garganta de nadie. Vestido de negro riguroso, con una mirada solemne y un bigote gris que no parecía quedarse quieto nunca, se asemejaba más a algún miembro de una iglesia disidente que a Al Capone.

El hombre miró con interés a Venables y se alejó un poco, quedándose en segundo plano.

La propietaria del hotel comenzó un interrogatorio en el que Charles detectó un concienzudo pero velado escrutinio sobre su persona. Él respondía de forma automática, con un ligero énfasis en su tartamudeo y el suficiente juego de monóculo como para producir el deseado efecto de imbecilidad absoluta.

La impresión que se llevó Mrs. Budge fue la de un joven de unos veintinueve años, bastante guapo aunque de expresión insulsa y demasiado atildado. Charles llevaba calzado y guantes impecables, un coqueto pañuelo en la pechera y el cabello en perfectas condiciones. Además, era amigo de *lady* Viola Merritt. Aparentemente, quedó satisfecha, porque Venables notó cómo el escrutinio cesaba de pronto, como un grifo que se cierra.

—Le aseguro que soy completamente inofensivo, no tendrá que preocuparse por sus cucharas de plata —afirmó Charles elocuente—. Me dedico a poner algo de color en el *Daily Mercury* con artículos como, por ejemplo, lo encantadora que lucía ayer *lady* Blossom... ya saben, la hija del conde de Loamshire... Una profesión inocente, aunque algo aburrida.

Mrs. Budge pareció complacida y pasaron a discutir los términos del acuerdo. Venables quedó francamente sorprendido. The Garden Hotel era un lugar de aspecto cómodo y el personal, los muebles y, probablemente, la comida parecían de calidad. Sin embargo, el precio que le dieron era extraordinariamente bajo. Eso resultaba, decididamente, lo más extraño de todo.

## 2

Charles bajaba a cenar cuando se encontró por las escaleras con un tipo bastante peculiar. De aspecto árabe, era muy joven pero un ojo de cristal algo maltrecho y un bigote pequeño y asimétrico le conferían una expresión siniestra. El joven exhibió una mueca amenazadora que Charles interpretó correctamente como un saludo cordial pero, de forma inesperada, dio un respingo y cambió el gesto a uno de reconocimiento, se llevó un dedo a los labios y le hizo un guiño con el ojo bueno.

—Así que ya se ha acabado el juegucito, ¿no? —observó enigmático.  
Charles lo miró fijamente.

—¡Oh, lo siento, perdone! —se disculpó el otro efusivamente con un pronunciado acento gutural—. Se supone que *yo no sé nada*, ¿no? Bien, bien. No se preocupe, yo no le delataré, ¿no?

—¿Me conoce acaso? —preguntó Charles intrigado.

—El nombre no, solo su cara. Pero no se preocupe, no es asunto mío si quiere tener a todos engañados, ¿no? —respondió el otro, acompañando las palabras de una explosión de gestos supuestamente explicativos.

—Creo que se equivoca —respondió Charles con amabilidad pero con firmeza—. Me temo que yo no le conozco de nada.

—Por supuesto que no, ¡ja, ja!, claro, claro... Yo de verdad espero que *usted no me conozca a mí pero yo a usted sí*, ¿no?

Charles llegó a la conclusión de que ese “¿no?” con el que acababa todas las frases era meramente retórico.

—Bueno, pues entonces ya me lleva ventaja —respondió Charles y concluyó—: “*y con esta frase se alejó nuestro héroe, dejando a Jasper lívido y sin palabras*”<sup>[1]</sup>.

—Está de broma, ¿no? —dijo el joven y aunque Charles Venables adivinó que esta vez el “¿no?” no era retórico, no le respondió y se apresuró a bajar las escaleras.

“Menuda casa de locos”, se dijo Charles. “Cuando una persona decente escucha primero a un tipo amenazar a su esposa de muerte y segundos después se tropieza con un tipo misterioso y siniestro, es una señal clara de que se ha colado sin querer en el guion de una serie de terror especialmente mala y es mejor que salga corriendo”.

### 3

—Bien, Charles —observó Viola, mientras descansaban en el salón por la noche—, ¿qué opinas de este lugar?

—Peculiar, amiga, muy peculiar. Llegué justo a tiempo de evitar que Budge asesinara a su esposa.

—¡Dios mío, Charles! ¡¿Pero qué dices?! —exclamó Viola, sorprendida

—. ¡No hablas en serio! ¡Cuéntame lo que ha pasado!

—Olvidas que ahora soy periodista, nena. Una pequeña moneda de cobre te bastará para enterarte de todos los detalles en el *Mercury* de mañana.

—No seas irritante, Charles. ¿Qué ha pasado? Supongo que no lo haría, ¿no? Me refiero a matarla... Hay algo raro en este lugar. Mira a Mrs. Salterton-Deeley, allí, junto a la puerta.

Charles miró hacia donde señalaba su amiga y vio a una mujer de cabello rojo como el fuego y ojos inquietos y desenfocados.

—Ha estado llorando —aseguró Viola—. Y no es la primera vez, ya la he visto así en otras ocasiones. Son situaciones muy incómodas, sinceramente. Y siempre es después de entrevistarse con Mrs. Budge.

—Bueno, ¿y qué hay de raro en eso? Yo también he salido destrozado después de algún *tête-à-tête*. Ha habido ocasiones en que el cajero ha expresado de forma tan grosera su negativa a aceptar mis cheques que solo con un esfuerzo sobrehumano he logrado evitar una explosión de lágrimas.

—No llegarás nunca a nada en la vida con esa frivolidad tuya tan lamentable, Charles —observó Viola con severidad—. Como te he dicho, aquí pasan cosas raras. Mira el resto de huéspedes. Están todos aletados.

Charles miró a su alrededor, ligeramente alarmado.

—¿Quién es esa señora tan estirada del moño gris? La que está rodeada de gatos.

—Oh, esa es *miss* Mumby. Tiene muchísimo dinero, pero se lo gasta todo en sesiones espiritistas y en sus gatos. Entré una vez en su sala de estar y la habitación estaba completamente alfombrada de pelos de gato, ¡y había un gato en cada mueble! No sé cómo los Budge lo toleran.

—¿Y esa dama bigotuda y de amplio contorno?

—Esa es *miss* Hectoring —respondió Viola—. No creo que la haya escuchado decir más de dos palabras desde que estoy aquí. En realidad es una especie de compañera-guardiana de *miss* Geranium.

Alta, robusta, con los brillantes ojos negros y nariz dominante de las Highlands, *miss* Hectoring miraba retadora a los demás ocupantes de la sala. “Menuda panda de inútiles”, parecía pensar. Otras mujeres con el mismo desdén por sus semejantes se habrían abstenido de visitar los espacios comunes del hotel, pero esa no era evidentemente la actitud de *miss* Hectoring. Ella prefería moverse entre ellos aislada y blindada por su desprecio.

—Bueno, ¿qué piensa usted de nuestra casa de fieras? —preguntó una

voz cristalina a sus espaldas.

El timbre era joven, pero su dueña tenía más de sesenta años y mostraba la piel arrugada y la serenidad en la mirada propia de la edad avanzada. *Miss Sanctuary*, así se llamaba la señora, se sentó a su lado y sacó una labor de punto de una enorme bolsa de tela. Con su pelo blanco cuidadosamente peinado en un moño bajo e inclinada sobre unas agujas que se movían a la velocidad del rayo, parecía una de esas viudas que esperan incansables el regreso al hogar de algún hijo extraviado. Pero Charles detectó en su mirada ese destello de suave ironía que delata un corazón bondadoso unido a una lengua afilada, no infrecuente en las solteronas de edad avanzada.

—¿Qué hace usted aquí, joven? —preguntó ella—. Es amigo de *lady Viola*, ¿no es así?

Charles asintió.

—Bueno, pues siga mi consejo y llévesela lejos de aquí. Este sitio, con tantas momias, no es apropiado para una joven como ella. Yo no soy más que otra momia más y a mí me divierte ver a gente como *miss Mumby*, pero no es bueno para *lady Viola*. ¡Llévesela!

—¡Ay, *miss Sanctuary*! A las jóvenes modernas uno ya no puede echárselas al hombro y secuestrarlas, como en la época victoriana. Le aseguro que yo he ofrecido a *Viola* un hogar y un buen marido, pobre pero decente. Eso fue hace tiempo, en las verdes praderas de *Tankards*, pero tuvo la osadía de responderme que esperaría hasta que ambos nos ganáramos la vida y que apostaba a que ella lo conseguiría antes que yo... —hizo una pausa—. ¡Y tenía razón!

—Cállate ya, Charles —ordenó *Viola* con el equivalente al rubor de una doncella victoriana.

*Miss Sanctuary* la miró fijamente un instante y comentó a Charles:

—Bueno, pues debería perseverar.

—En realidad, creo que me voy a quedar aquí un tiempo —observó Charles, mirando de repente hacia la puerta. *Viola* siguió su mirada.

—Esa que acaba de entrar es *Mrs. Walton* —informó ella—. Encantadora, ¿verdad?

—¡Divina! —declaró Charles con energía—. Ese rostro angelical me resulta vagamente familiar. Debe de ser porque parece una de esas pastorcillas pintadas por *Greuze*. Nunca creí que pudieran ser reales.

—Ojalá alguien se la llevara a ella también lejos de aquí —suspiró *miss*

Sanctuary—. Es viuda, pero no por mucho tiempo, creo... Por cierto, ¿se han enterado de lo de Mrs. Budge?

Ellos no sabían nada.

—Está enferma en la cama, el doctor piensa que es pleuresía. Ha sido todo muy repentino. Esta mañana se levantó con un fuerte resfriado, luego le dio fiebre y ahora no se puede ni mover. Voy a hacerle un poco de compañía y así les dejo a ustedes dos a solas. Seguro que tienen mucho de qué hablar.

#### 4

Charles no había visto a su amiga en los últimos tres años y pretendía compensar el tiempo perdido. Viola, con su corto cabello negro enmarcando un óvalo de tez perfecta, era un placer para la vista. Los dos habían sido educados más o menos juntos, ya que el padre de Charles había sido un viejo amigo y vecino del padre de Viola, el conde de Buxley. Ambos progenitores habían sufrido las estrecheces de la posguerra, así que Viola había abierto un pequeño y floreciente estudio de pintura en Fleet Street y se ganaba la vida como diseñadora de publicidad. La elitista Slade School, becas en Roma y pamplinas similares se habían evaporado con la crisis económica, pero Viola había conseguido ganarse la vida mientras que Charles, recién salido de Oxford, seguía vagando por el mundo sin tener la menor idea de qué profesión sería honrada con sus servicios.

Viola tenía dos pasiones en la vida, dibujar y jugar al *bridge*. Charles había confiado en convertirse en la tercera, pero ya empezaba a perder la esperanza. Aunque creía que podría resultar un compañero de vida satisfactorio para ella, estaba seguro de que la iba a decepcionar en el *bridge* y Viola parecía estar de acuerdo. No obstante, él seguía tan atraído por ella como siempre. Su cabeza bien amueblada y eficiencia, que en otras mujeres le resultaban más bien irritantes, en Viola coronaban un hermoso rostro clásico, como una Venus de Milo bien dotada de neuronas.

Charles observó la columna de humo de su cigarro y paladeó un sorbo de un café excelente.

—Cometí un error fatal al venir aquí —observó con gravedad—. En primer lugar, la espeluznante conversación de los Budge; luego, el siniestro encuentro en las escaleras y ahora, lo peor de todo, *el amor*. Si realmente te

niegas a casarte conmigo, Viola, algo que me resulta difícil de comprender, solo puedo aconsejarte que abandones este lugar de inmediato y te alejes de mí.

5

El reverendo Septimus Blood puso cara de sorpresa.

—El rito copto —observó—. ¿Tienen los egipcios un rito propio?

—Oh, sí —respondió Eppoliki, el estudiante de medicina egipcio con quien Charles se había topado antes en las escaleras—. Es el rito más antiguo de la cristiandad, ¿no?

El reverendo se sentía comprensiblemente irritado. La primavera pasada había renunciado al rito latino en favor del rito de Sarum, y este había sido abandonado a su vez por el mozárabe, con sus atractivas influencias orientales. ¡Y ahora se enteraba de que estos egipcios tenían aparentemente un rito aún más antiguo!

—¿Cómo es el hábito? —preguntó Blood—. ¿Usan cofia en la liturgia diaria?

—Sí, cofia y una especie de turbante también —respondió el egipcio—. Es realmente impresionante... y van acompañados de dos monaguillos, ¿no? —Se basaba de forma algo confusa e inexacta en sus recuerdos de infancia, pero fue suficiente para despertar la curiosidad del reverendo.

—Tengo que conseguir más información sobre esto —murmuró Blood.

Bajo, moreno y con un débil y cantarín deje galés, el reverendo era un bacteriólogo muy reconocido en su campo. También era clérigo pero, al ordenarse, se convirtió en un anglo-católico de opiniones tan extremas que aparcó cualquier esperanza de conseguir la titularidad de alguna parroquia, ni de la más tolerante siquiera. Eso suponiendo que hubiera estado dispuesto, que no lo estaba, a sacrificar su profesión, mucho más lucrativa. A pesar de ello, se ocupaba de forma desinteresada de una pequeña iglesia de Houndsditch a la que el obispo había renunciado por desesperación, y su introducción del rito mozárabe había sido muy celebrada y motivo de gran orgullo en la localidad. Claro que el ceremonial copto sonaba realmente interesante... El turbante alto era un detalle especialmente atractivo, Blood era consciente de que su baja estatura era una desventaja a la hora de predicar desde el altar.

Eppoliki cambió de tema bruscamente.

—La policía tiene un ojo puesto en este sitio, ¿no?

El reverendo Septimus Blood palideció.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó tembloroso.

—Vi una cara familiar en las escaleras —respondió Eppoliki despreocupadamente—. Me puedo equivocar, claro, ¿no?

—Dios mío, ¿y qué hago yo ahora? —se preguntó Blood ansioso.

—Si se da media vuelta con cuidado, verá al detective —comentó Eppoliki señalando con cautela a Charles—. Su nombre es Venables, o algo así, ¿no?

Blood echó un vistazo rápido a Charles.

—Vaya, pero si ese es Charles Venables, un amigo de *lady* Viola, un columnista de chismes —dijo al fin—. Ese hombre tiene lo que yo de detective, ¿se adivina de un vistazo! Nunca he visto a nadie que tenga menos aspecto de policía y más de imbécil —agregó el párroco en un tono desabrido provocado por sus alterados nervios.

Eppoliki se encogió de hombros y admitió prontamente su error.

—Lo siento —dijo—. Se ha puesto un poco pálido, ¿no? Venga a mi habitación y tómese un trago.

## 6

La puerta del salón se abrió de golpe y una mujer de edad avanzada apareció apoyada en el cerco de la puerta. Un enorme chal la envolvía hasta los pies. Su pelo gris lucía desgreñado, la piel amarillenta estaba surcada de innumerables arrugas y sus ojos miraban fijamente a no se sabía muy bien qué.

—¡Cielo santo! —susurró Viola a Charles—. ¡*Miss* Geranium ya ha vuelto a tener visiones!

—¡El profeta Ezequiel se me ha aparecido! —anunció la mujer—. Llegó en un carro de fuego —agregó, como si sintiera que el asunto requería de alguna explicación adicional—. Me ha dicho que la ira del Señor recaerá sobre esta generación malvada y adúltera y, en particular, sobre este hotel... “Usted es una pecadora, *miss* Geranium”, me ha dicho, “como el resto de nosotros. Pero en este lugar hay pecadores que incitan a otros al mal y sobre ellos caerá la venganza del Señor”.

*Miss Geranium* paseó su mirada por el círculo de ojos avergonzados o burlones y pareció perder la seguridad en sí misma.

—Disculpen si no les interesa —añadió, ya sin convicción—, pensé que era un mensaje que debía transmitirles.

*Miss Hectoring* se acercó a su lado.

—Fuera hace un tiempo maravilloso, querida. Vamos a dar un paseo.

## Capítulo 2 | El puzle: encontrar el cuerpo

1

Mrs. Budge estaba tumbada con la boca abierta y la cara enrojecida en el dormitorio de la *suite* de los Budge, que ocupaba todo el ático del hotel. Tenía la mirada perdida, fija en la pared de enfrente mientras la enfermera Evans supervisaba con su eficiencia acostumbrada la rutina diaria de la enferma.

Se oyó una llamada en la puerta y la enfermera salió a la salita para ver quién era. Se trataba de *miss* Sanctuary, que había venido a hacer un poco de compañía a Mrs. Budge para que la enfermera pudiera disfrutar de al menos media hora de descanso. *Miss* Sanctuary sabía algo de enfermería gracias a su trabajo de voluntaria durante la guerra.

Evans se acomodó en una butaca de la sala de estar, agradecida y contenta de poder echar una cabezadita, y echó una ojeada a su reloj-despertador. Eran cerca de las nueve. Lo fijó para las nueve y media, cerró los ojos y se durmió mientras la anciana, sentada con un libro, ocupaba su sitio junto a la paciente.

Diez minutos después, *miss* Sanctuary asomó la cabeza por la puerta.

—¿Dónde puedo conseguir una cucharita limpia? —preguntó.

No obtuvo respuesta, solo un rítmico silbido que salió de los labios entreabiertos de la enfermera Evans.

*Miss* Sanctuary sonrió y cerró la puerta.

La manecilla del reloj de oro de Evans, regalo de un paciente agradecido, se desplazaba lentamente alrededor de la esfera. A las nueve y media en punto sonó un tintineo. La enfermera lo escuchó a través de las tinieblas del sueño y, entrenada por la costumbre, en un segundo se despejó por completo. Levantó la vista y, al hacerlo, vio la cabeza y el rostro sonriente de *miss* Sanctuary en la puerta entreabierta.

—La paciente está plácidamente dormida —anunció la anciana.

En ese momento, se produjo un suceso que hizo que la enfermera Evans se preguntara si no estaría aún soñando y que le produjo pesadillas durante mucho tiempo.

Mientras *miss* Sanctuary aún sonreía alegremente, una mano enguantada emergió como por ensalmo del marco de la puerta entornada y rodeó su garganta. La mujer mudó de expresión repentinamente, soltó un grito prolongado y fue arrastrada hacia algún sitio oculto, fuera del campo de visión de la enfermera. La puerta se cerró de golpe y la mujer, que se había puesto en pie con la rapidez del rayo, se encontró con un muro de madera. Con un extraño sentimiento de frío y las piernas temblorosas, probó a girar el pomo. Estaba cerrado con llave.

Golpeó violentamente la puerta y escuchó una voz extraña que decía “¿Quién anda ahí?” hasta que se dio cuenta de que era su propia voz.

La enfermera estaba asustada pero mantuvo la cabeza fría. Contiguo a la sala de estar había un dormitorio más pequeño que Mr. Budge estaba utilizando durante la enfermedad de su esposa. La pared exterior de esa habitación, con sus ventanales franceses y gran terraza, estaba situada en ángulo recto con la habitación de Mrs. Budge y la cama de esta estaba cerca de la ventana. A Evans se le ocurrió que tal vez podría ver desde allí lo que estaba pasando y le llevó solo unos segundos salir al pasillo principal al que se abrían tanto la *suite* de Mrs. Budge como la habitación vecina.

En ese momento oyó que se cerraba una puerta y vio, moviéndose por el pasillo, la figura en retirada de Mr. Budge.

—¡Rápido! —gritó ella—. ¡Algo terrible ha sucedido en la habitación de Mrs. Budge!

Y, sin esperar respuesta, corrió a la habitación más pequeña y miró por la ventana.

Todo estaba negro en el exterior. Encendió una lámpara que proyectó un chorro de luz en la oscuridad. Las cortinas del dormitorio de Mrs. Budge ondeaban al viento pero la estancia estaba sumida en la penumbra.

—¡Santo cielo! ¿Qué está pasando aquí? —exclamó Budge, que se había unido a ella en la ventana.

La enfermera señaló dramáticamente a la habitación en penumbra.

—Hay alguien allí que acaba de atacar a *miss* Sanctuary. Intenté ir en su ayuda, pero la puerta está cerrada con llave y nadie responde.

Aunque asustada, no pudo resistirse a dar un ligero toque melodramático a la escena. Su rostro pálido, discretamente maquillado, adquirió una expresión de profunda congoja.

—Ha sucedido algo terrible, estoy segura —dijo en voz baja y trágica.

El rostro de Budge se volvió tan blanco como el rígido cuello de su camisa.

—¡Dios mío, la han atrapado! —exclamó entrando en la sala de estar.

Aunque era un tipo enjuto, de brazos largos y delgados, Mr. Budge disponía de una fuerza considerable. Tiró del pomo con furia ciega y pareció que iba a embestir contra la puerta pero cambió de opinión. Se abalanzó sobre una mesa y sacó un revólver del cajón superior. Los prominentes ojos de la enfermera Evans, cuidadosamente maquillados de “Sombras de Hollywood”, se dilataron aún más. Las piernas le temblaban.

Budge salió disparado por la puerta de la sala de estar seguido de la enfermera. El hombre cerró apresuradamente la puerta de la habitación vecina y regresó con la llave.

—Eso los retendrá dentro un tiempo —murmuró y se dirigió a la puerta interior—. ¡Voy a romper esta cerradura! —gritó a través de la pequeña ranura.

Budge disparó dos veces y el humo hizo toser a Evans. El ruido fue ensordecedor pero consiguió astillar la cerradura. Budge abrió la puerta de golpe. La luz de la salita inundó el dormitorio y se reflejó sobre la pulida madera de caoba y el espejo del enorme armario. Una ráfaga de viento hizo ondear las cortinas y agitar levemente las páginas de un libro que había quedado abierto al lado de la cama. Pero allí no había nadie. Nadie. Ni agresor oculto, ni enferma, ni tampoco *miss* Sanctuary.

—Le han echado el guante, sí, señor —murmuró Mr. Budge, agotado después de su ataque inicial de energía—. ¿Quién de ellos sería?

2

—Me pregunto cómo se encontrará Mrs. Budge —observó Mrs. Walton pensativa mientras barajaba las cartas.

—Supongo que durmiendo tranquilamente, ¿no? —respondió Eppoliki—. El Dr. Clout me dijo que el pronóstico era favorable.

El egipcio hablaba en tono autoritario y ligeramente condescendiente, como correspondía a un estudiante de medicina que se había examinado ya tres veces para lograr el derecho a agregar las letras Dr. delante de su nombre, aunque hubiera suspendido las tres. Y añadió:

—Aunque siempre existe, por supuesto, la posibilidad de septicemia, ¿no?

—¡Oh, cielos! —exclamó Mrs. Walton—. ¿Es eso peligroso?

Charles tuvo una intuición repentina. Sospechó, de pronto, que esa observación banal de Mrs. Walton no estaba motivada por la simpatía por la enferma, sino por la *esperanza*. No era algo evidente, por supuesto, pero Charles sorprendió en los ojos de Mrs. Walton el destello de algo parecido al miedo de un pequeño cervatillo acorralado entre la espada y la pared.

Las intuiciones de Charles le habían resultado tan caras en el *bridge* que tampoco confiaba demasiado en ellas en la vida diaria, pero grabó la escena en su mente por si acaso y se concentró en sus cartas.

—La septicemia... —Eppoliki se lamió los labios y se preparó para una larga disertación. Por fortuna, había hecho recientemente un trabajo clínico sobre el tema. Su ojo de cristal quedó inmóvil en el horizonte mientras el otro se iba posando rápidamente en sus compañeros de *bridge*— ...Y por eso produce todo ese pus como resultado —concluyó.

—Dos espadas —pujó el coronel Cantrip con tanta determinación que su compañero Eppoliki comprendió que el coronel iba a forzar la subasta. Suspiró y volvió a examinar sus cartas. A la gente del medio oriente no les gusta verse forzados y Eppoliki ya había dejado esto claro en una o dos jugadas anteriores de tal forma que, al final de alguna subasta, sus oponentes se habían alarmado un poco al presenciar la lucha entre los buenos modales y la apoplejía en el rostro del coronel.

Viola, que hacía de *muerta* en ese turno, se recostó en su silla a esperar. Mientras tanto, se divertía observando la partida e intentando adivinar la personalidad de cada uno por sus jugadas.

El brillo travieso en el ojo *bueno* de Eppoliki revelaba que se negaba a considerar como algo más que un juego cualquier cosa en la que interviniera la suerte. No así su compañero. Las bazas del coronel Cantrip carecían de imaginación pero eran inevitablemente correctas y las contaba con el mismo rigor con el que había calculado la elevación y dirección del cañón cuando era un joven oficial de artillería. Viola estaba segura de que nada ni nadie le habría inducido a sobrepasar los límites establecidos.

Charles era capaz de cualquier cosa. En ese momento, por ejemplo, perdía por dos puntos a causa de una prudencia innecesaria, pero esa cautela era menos exasperante que sus *ataques psicológicos*. Cuando conocía bien a

sus oponentes podía mostrar destellos de una intuición diabólica pero si no era el caso, como en ese momento, jugaba con una aburrida y previsible regularidad.

—Lo siento —se excusó Charles—. Pensaba que como Eppoliki forzó a su compañero a subir a tres diamantes, debía de tener él la reina.

Siguiendo esa línea de pensamiento, Viola jugó con la idea de un detective que reducía el número de sospechosos a tres y los invitaba a jugar al *bridge*. Las cartas revelarían rasgos de carácter que podrían identificar al criminal.

“Claro que no hay nada que hacer con gente como Mrs. Walton”, pensó. “Se guía por la norma general, juega sin personalidad ninguna...”.

Un estallido repentino, seguido inmediatamente de otro, los sobresaltó. Parecían proceder de la planta superior.

Charles soltó sus cartas con fingido temor.

—¡Disparos! Mala señal. Creo que vamos a ser atacados por una banda de hombres enmascarados.

Mrs. Walton soltó una risa forzada.

—Debe de haber sido una rueda pinchada o un motor con problemas, o algo así.

—No. ¡El joven tiene razón! —exclamó el coronel soltando también sus cartas y dando un tironcito a su bigote—. Nadie sabe de armas más que yo. Eso ha sido un arma de fuego, un revólver, o un rifle de calibre pequeño, ¡y ha sonado en esta casa!

La puerta se abrió de golpe y entró Budge. Una ojeada bastó a Charles para saber que el hombre estaba muy asustado.

—¡Mi esposa! ¡Algo horrible le ha pasado!

La mirada de Budge vagó por la habitación deteniéndose un instante en cada uno de los huéspedes. Al final, se decidió por Cantrip.

—¿Puede subir a ayudarme?

El coronel se levantó de inmediato.

Todos pensaron lo mismo, que la enfermedad había empeorado sin remedio, a pesar de la confianza del Dr. Clout, y que el coronel era la persona adecuada pues se suponía que había visto muchas veces la muerte de cerca.

—De acuerdo, Budge. Mantenga la calma. Le acompaño.

Eppoliki lo siguió.

—Septicemia —murmuró en voz baja—. ¡Qué interesante!

Charles, sin embargo, se dio cuenta de que ninguna enfermedad, por muy mortal que fuera, habría hecho reaccionar así a Budge. Lo correcto era llamar primero al médico y luego a la funeraria, y se podía confiar en que Budge haría lo correcto. Así que se levantó él también y se dispuso a seguir a los otros tres.

Mrs. Walton no dijo nada. Pero cuando la puerta se cerró de nuevo tenía los ojos fijos en algún lugar indeterminado y barajaba las cartas sin parar, una y otra vez...

### 3

—Ha pasado algo horrible, coronel, estoy seguro —repitió Budge después de relatar su historia, corroborada y completada por Evans, sobre la desaparición de Mrs. Budge y *miss* Sanctuary en la habitación cerrada con llave.

La ropa de cama amontonada de cualquier manera y la novela tirada eran las únicas señales de una hipotética lucha. Claro que los muebles no habrían sufrido un rasguño ni aunque hubiera pasado por allí un batallón de caballería. El enorme armario de caoba que dominaba la habitación era del tamaño del salón de un piso común. La cama era de tipo victoriano, con un espesor de colchón que prometía un confort que luego no siempre se cumplía. Dos sillas de alto respaldo labrado miraban hacia el fuego. Había además un inmenso escritorio de caoba arrinconado en una esquina y la pared frente a la ventana estaba casi tapada en su totalidad por un fino ejemplar del ya extinto sofá de crin. El contraste con el estilo de decoración cromado y minimalista del resto de la casa era notable, como una especie de isla victoriana flotando irreductible sobre las modernidades del The Garden Hotel.

—Bueno, la gente no desaparece así como así —resopló Cantrip—. Si la puerta estaba realmente cerrada con llave deben de haberse marchado por la ventana. Si su esposa se encontraba lo suficientemente bien como para caminar habrá salido ella sola y, si no, la habrá ayudado *miss* Sanctuary.

—O quizá —apuntó Eppoliki voluntarioso—, ambas recibieron un golpe en la cabeza y sus cuerpos fueron arrojados por la ventana.

Ante este comentario, los cinco corrieron como un solo hombre hacia la veranda.

El piso que formaba la *suite* privada de los Budge era, en realidad, una especie de pequeña construcción proyectada sobre el tejado a dos aguas. Contaba con un par de terrazas casi contiguas y era sencillo saltar de una a otra pero no había manera de descender hasta un nivel inferior, dos pisos más abajo, donde asomaba una escalera exterior de hierro que terminaba en el patio.

Estaba claro que si alguien trataba de escapar hacia el patio por una de las terrazas iba a encontrarse con muchas dificultades, a menos que se tratara de un acróbata. Más aún para una enferma de mediana edad y una vieja solterona, por muy motivadas que estuvieran.

—¿Qué hay ahí? —preguntó excitada la enfermera Evans.

Miraron hacia la oscuridad de debajo. Algunas habitaciones del hotel estaban iluminadas y la luz de las ventanas alumbraba el patio trasero.

—¡Miren ahí! —dijo Evans señalando con un dedo—. ¡Hay un fardo en esa esquina!

Charles lo inspeccionó críticamente con su monóculo.

—Podría ser una anciana —admitió—, pero me temo que es solo una motocicleta cubierta por una lona. Y esos bultos de aspecto siniestro del otro lado son... solo contenedores de basura.

—Pero... ¿no puede ser! —remarcó el coronel, insistiendo en el tema—. La puerta estaba cerrada con llave y aún así han conseguido salir. ¿Por dónde? Ha tenido que ser por la ventana pero... ¿cómo han podido bajar?

Aunque su caballerosidad le impedía expresarlo en voz alta, su tono dejaba claro que no le parecía ni correcto ni decente que dos mujeres de edad madura se desvanecieran en el aire mientras él jugaba tranquilamente al *bridge*.

—¿Y por qué lo hicieron? —prosiguió—. Bueno, es evidente que fueron atacadas —admitió con generosidad—. Las obligaron a marcharse, ahí está el quid de la cuestión.

Nadie discrepó.

—Cualquiera que fuera el propósito de esa pequeña excursión —observó Charles—, la vía más fácil era saltar a la terraza contigua y desde allí acceder al pasillo por la ventana abierta.

La enfermera Evans recordó la puerta cerrada y la figura en retirada de Mr. Budge.

—Mr. Budge estaba en esa habitación cuando atacaron a *miss* Sanctuary.

Todos los ojos se posaron acusadores en Mr. Budge, que pareció bastante molesto por el escrutinio.

—No, no es cierto —protestó.

La enfermera Evans insistió. La discreción profesional estaba muy bien, pero no era el momento.

—Cuando salí de la habitación, oí que se cerraba la puerta —dijo—, y cuando miré, le vi bajar.

Budge fulminó a la enfermera con la mirada.

—Estaba subiendo, no bajando —afirmó.

—Bueno, pues entonces debió de ser muy incómodo —murmuró ella.

—¿A qué se refiere con “incómodo”? —preguntó el coronel.

—A subir las escaleras hacia atrás —replicó ella triunfante mientras pensaba “bueno, aunque me eche del trabajo, ya no tenía nada que hacer aquí...”.

Budge pareció desconcertado. Dudó un momento y se echó a reír nervioso.

—Creo que se equivoca. Es verdad que entré en la habitación un poco antes para buscar un periódico que me había olvidado allí, pero estuve solo un instante y no noté nada raro. Cuando la enfermera Evans salió corriendo, unos diez minutos después, yo regresaba.

—¿Cuánto tiempo estuvo en total en la habitación? —preguntó Charles.

—Unos dos minutos —respondió Budge con cautela.

Charles se volvió hacia la enfermera.

—¿Cuánto tiempo pasó desde que oyó gritar a *miss* Sanctuary hasta que vio a Mr. Budge?

La enfermera reflexionó un instante.

—Unos cinco minutos. Pasé un buen rato tratando de abrir la puerta.

El coronel por fin comenzó a entender que Budge era definitivamente *muy* sospechoso y le miró con severidad.

—Vamos, Budge —presionó—, ¿de verdad no oyó nada al subir las escaleras?

—No, nada —le espetó el otro—. Y me molesta su actitud, coronel. ¿Está sugiriendo que he hecho desaparecer a mi esposa y a *miss* Sanctuary? Y en ese caso, ¿podría decirme cómo he conseguido que se desvanezcan en el aire?

—Tiene razón, Budge. —El coronel meneó la cabeza—. ¿Dónde

demonios...?

Su frase fue interrumpida por el grito de la enfermera desde el dormitorio.

—¡Aquí hay algo que se mueve!

Se oyó un suspiro seguido de un gemido sordo. Charles se precipitó dentro de la habitación y se dirigió hacia el enorme armario. La puerta estaba cerrada con llave, pero esta estaba en la cerradura. La giró y abrió la puerta.

La cara enrojecida y amordazada de *miss* Sanctuary apareció de entre las sombras. Al abrir la puerta por completo, salió disparada del armario y cayó jadeando sobre los brazos de Charles. Estaba inmóvil, atada de pies y manos.

## Capítulo 3 | La policía entra en escena

1

Un montón de brazos voluntariosos depositaron a la anciana sobre la cama. Charles le aflojó las cuerdas mientras la enfermera le masajeaba los pies y manos adormecidas.

—¡Cielo santo! —exclamó el coronel—. ¡Estaba atada y encerrada en el armario!

Por un momento pareció que *miss* Sanctuary se iba a desmayar. Eppoliki le roció el rostro con un poco de agua y la ayudó a sentarse. La anciana miró a su alrededor con ojos confusos.

—Bien, *miss* Sanctuary —dijo el coronel—, si ya se encuentra mejor, ¿podría, por favor, contarnos qué ha pasado?

Ella se pasó la mano por los ojos y sonrió débilmente.

—Me temo que no voy a poder ayudar demasiado. Mientras estaba sentada con Mrs. Budge, me pareció oír un ruido en la habitación pero pensé que eran solo los muebles que crujían. Después, cuando fui a hablar con la enfermera, alguien me agarró por detrás y apagó las luces.

Sonrió con vaguedad.

—Me defendí como pude pero me temo que no opuse demasiada resistencia. Me caí y me golpeé en la cabeza, y creo que me desmayé mientras me ataban. Cuando me desperté, estaba en el armario con calambres por todo el cuerpo y preguntándome dónde demonios estaba. —Miró a su alrededor—. ¿Atacaron también a Mrs. Budge? ¿Dónde está?

—No sabemos lo que le ha pasado a Mrs. Budge. Ha desaparecido.

—¿Desaparecido? ¡Dios santo!

*Miss* Sanctuary pareció muy afectada por la noticia. Se recostó muy pálida y cerró los ojos.

—Hay que hacer algo —declaró el coronel con decisión—. Budge, debe inspeccionar el hotel a ver si encuentra alguna pista sobre su esposa. —Y, después de una pausa solemne, agregó—: Hay un hombre peligroso suelto por aquí cerca. Tenemos que advertir a todos los huéspedes de que no se muevan del salón hasta que llegue la policía.

Se volvió hacia Eppoliki.

—Eppoliki, asegúrate de que nadie entre o salga del edificio. Haz que los sirvientes vigilen las puertas... ¡Venables! ¿Dónde está Venables? ¡Ah, ahí está!

Charles entraba en ese momento por la puerta. Se había escabullido un instante para llamar a su editor y reservar la portada del periódico.

—Venables, llama a la policía y que vengan de inmediato. Yo me quedaré aquí esperándoles con *miss* Sanctuary.

## 2

Después de avisar a la policía, Charles buscó a Viola y le hizo un resumen de la situación.

—¡Qué historia tan fantástica! —exclamó ella—. Parece casi demasiado increíble como para ser verdad. ¡Mrs. Budge secuestrada mientras todos estábamos jugando al *bridge*!

Charles abandonó por un momento su frivolidad habitual.

—Esto no me gusta nada. Supongo que *podría ser* que Mrs. Budge se encuentre en alguna parte sana y salva, pero esta puesta en escena tan melodramática... Mi experiencia con la policía me ha enseñado que la realidad supera muchas veces a la ficción. —Hizo una pausa y añadió—: La explicación más obvia es que Mrs. Budge atacó a *miss* Sanctuary, la ató y luego se escapó... —arrugó el gesto y suspiró—, es una lástima que esa teoría no me convenza. Tal vez había alguien escondido en el armario y se llevó a Mrs. Budge o la convenció para que se fuera con ellos... La policía no lo va a tener fácil, Budge no encontrará nada. El secuestrador debía de tener la huida prevista.

—Qué manera más fría de hablar del tema —se estremeció Viola—. Supongo que es el resultado de ser periodista.

—Otra alternativa es que haya sido algún maníaco. Si Mrs. Budge ha tenido la mala fortuna de protagonizar las fantasías de algún lunático homicida, todo será aún más difícil.

## 3

El coronel estaba sentado en la mesa del salón jadeando mientras tomaba notas para la policía. Los soldados de Waterloo “*hasta la muerte o la gloria*” habían sido relevados por una generación más acomodaticia que luchaba principalmente contra la burocracia. Fiel a esta última gran tradición militar, el coronel libraba su propia batalla contra el lápiz.

Charles se inclinó sobre su hombro.

—Le felicito, coronel. Es de una precisión admirable, auténticamente militar: “Solterona atada y encerrada”. Ahora espere a ver mi versión en el *Mercury* de mañana: “La desaparición más increíble de los anales del crimen en Londres tuvo lugar ayer en la *suite* de un hotel de Kensington...”.

El coronel miró a Charles con la benevolencia y buen humor que solía reservar para los niños y discapacitados mentales.

—¿Has llamado a la policía? —preguntó finalmente.

—Por supuesto, jefe. Ya vienen de camino dos de los mejores cerebros de Lancaster Gate.

—Los necesitaremos —respondió el coronel con seriedad—. ¿Sabes, Venables? Me sorprendería mucho que Budge y su grupo encontraran algo, pero al menos habrán ahorrado algo de trabajo a la policía.

Charles le dirigió una mirada de respeto.

#### 4

El ambiente en The Garden Hotel se había vuelto extremadamente tenso. Budge y sus ayudantes recorrieron las habitaciones del hotel alertando a todos los que se encontraban en ellas y el salón pronto se llenó de gente paralizada por el miedo. Cada uno había entendido una versión diferente de la historia y, a medida que estos relatos se repetían y exageraban, los acontecimientos del día tomaban un cariz cada vez más aterrador e irreconocible.

De espaldas contra la pared, Mr. Nicholas Twing, gerente de una gran financiera de la *City*, empuñaba amenazador el atizador de la chimenea. El reverendo Septimus Blood se aferraba a un neceser grande donde ocultaba, envueltos en ropa interior, sus objetos de valor: una custodia y dos cálices. A decir verdad, era bastante improbable que estos dos caballeros consiguieran amedrentar a los seis intrusos enmascarados (porque ese era el número en el

que coincidían la mayoría de los relatos), pero otra cosa sería si se topaban con *miss* Hectoring. *Miss* Hectoring, aunque parcialmente invalidada por *miss* Geranium, que se agarraba con desesperación a su brazo izquierdo, blandía un florete con una compostura que, junto con su vello erizado y desarrollo pectoral, certificaban su pericia y regularidad en el uso del arma.

Mr. Winterton, un caballero calvo y de largas piernas que, como suegro de un famoso poeta, podría haber sido una de las celebridades del hotel si no fuera por sus irritantes modales en la mesa, brindaba generosamente su protección a las dos damas sentadas a su lado, Mrs. Walton y Mrs. Salterton-Deeley. La primera se limitaba a esperar, expectante e inmóvil, mientras que Mrs. Salterton-Deeley aprovechaba la ocasión para maquillarse concienzudamente el rostro, quién sabe si como segunda línea de defensa.

El pánico de los residentes se había extendido también en cierta medida a la *suite* de los Budge, donde Cantrip, Venables y Viola esperaban a la policía, mientras Eppoliki y la enfermera Evans cuidaban a una postrada *miss* Sanctuary.

*Miss* Mumby irrumpió en la habitación seguida de cinco gatos y con otros tres cachorritos en sus brazos. Los depositó cuidadosamente sobre la mesa donde se pusieron a jugar con el bolígrafo del coronel, dejando una elegante mancha de tinta en el informe tan meticulosamente redactado.

—Tiene que proteger a mis bebés de este monstruo, coronel —anunció la dama con firmeza—. Aquí estarán seguros.

—¿Sus bebés? —repitió el coronel algo desconcertado.

—Sí, mi pequeña familia —respondió *miss* Mumby—. Snowball y Susie, ¡dejad la pluma del coronel de una vez!... Walter, ¡me sorprendes!, ¿dónde están tus modales en la mesa?... Los villanos que se han llevado a Mrs. Budge podrían volver y hacer daño a mis mininos.

—Tal y como están las cosas, *madame* —respondió Cantrip justificadamente molesto—, estaríamos encantados de que los responsables del ataque aparecieran y nos aclararan de paso dónde está Mrs. Budge. Hasta el momento no hay ni rastro de ella.

—¡Oh! ¿Y cómo pretenden encontrarla? —preguntó *miss* Mumby súbitamente interesada—. ¿Pueden seguir su rastro, como los animales?

—No —espetó el coronel—. No soy un sabueso, si es a eso a lo que se refiere.

—Claro, es natural. Pero si Mrs. Budge aún se encuentra en el edificio,

Sócrates podrá encontrarla. ¡Ven, Sócrates!

Durante el transcurso de la conversación, los cinco gatos de *miss* Mumby se habían desplazado al sofá y allí seguían, con porte regio, sin otro movimiento que una ocasional mirada gélida de desaprobación ante el mal comportamiento de Walter. Sócrates, un gran macho negro con una oreja desgarrada, saltó del sofá y se dirigió hacia su ama.

—Sócrates ha sido entrenado como rastreador —explicó una orgullosa *miss* Mumby—. Si le dejan que olfatee alguna pertenencia de Mrs. Budge, Sócrates seguirá el rastro.

A Charles le entusiasmó la idea y convenció a Eppoliki de que buscara una prenda de vestir de la desaparecida. *Miss* Mumby miró al estudiante con aprobación. Tenía un tremendo respeto por los egipcios, de quienes creía vagamente que aún seguían adorando a los gatos.

Eppoliki regresó con un par de guantes. *Miss* Mumby explicó brevemente la situación a Sócrates que, con sus ojos abiertos de par en par, parecía entender cada palabra, y le acercó los guantes para que los oliera. Sócrates se paseó desdeñoso por la habitación agitando la cola y resoplando ruidosamente. Luego corrió hacia el dormitorio de Mrs. Budge donde *miss* Sanctuary, aunque algo recuperada, seguía acostada. Sócrates corrió frenético por la habitación y acabó saltando sobre el pecho de *miss* Sanctuary con un gutural chillido triunfal.

—¡Maldito bicho! —exclamó la dama y dio un manotazo espontáneo que lanzó a Sócrates volando de la cama.

*Miss* Sanctuary pertenecía aparentemente al tipo de anciana a la que no le gustan los gatos e insistió en que se llevaran a Sócrates de allí, incluso después de enterarse de sus habilidades rastreadoras. Charles se negó a desanimarse y, acompañado por *miss* Mumby y Viola, lo sacó a la terraza.

—Mrs. Budge debe de haber huido por la ventana —explicó—, deberíamos poder seguir su rastro desde aquí.

Sócrates, alentado por su ama, se paseó por la balaustrada agitando la cola y pasó sin problemas a la terraza que daba acceso al otro dormitorio. Desde ahí saltó ágilmente a una cornisa de una planta más abajo, luego a un canalón, descendió por la tubería de desagüe y llegó hasta el borde de la escalera exterior de hierro que conectaba el primer piso con el patio. Desde la veranda, tres pares de ojos se asomaron expectantes. Finalmente, Sócrates salió por los barrotes de la verja y se perdió de vista.

—Si esa fue la ruta que siguió Mrs. Budge —observó Charles—, debe de ser un espíritu o una acróbata.

—Sócrates está siguiendo el rastro de algo —declaró *miss* Mumby optimista—. Su cola temblaba y eso solo le pasa cuando sigue un rastro.

En esos momentos, el cuerpo negro de Sócrates apareció de nuevo de entre los barrotes y desandó el camino de vuelta hasta la terraza.

—¡Vaya! —exclamó Charles, mirando atentamente a través de su monóculo—, ¡el muy bribón trae algo en la boca!

Sócrates se acercó a su ama y, con profunda satisfacción por el deber cumplido, depositó a sus pies las reliquias de un arenque que, a juzgar por su aspecto, había rescatado de algún cubo de basura.

## 5

—Y eso es todo lo que sabemos por el momento —observó el coronel Cantrip cuando terminó de resumir los acontecimientos al sargento Noakes.

El sargento de policía Noakes era un policía concienzudo y resuelto. No era inteligente, si por inteligencia se entiende una agudeza o percepción especiales, pero se podía confiar en su conocimiento del oficio. Charles pensó que este individuo de rostro plácido y rubicundo era bastante representativo de la voluntad y tenacidad de la policía británica.

El sargento tomó algunas notas en su cuaderno pero no hizo ningún comentario hasta que el coronel Cantrip terminó de hablar.

—Me gustaría escuchar ahora el relato de la enfermera y de Mr. Budge —comentó finalmente haciendo un gesto a ambos para que tomaran asiento frente a él—. ¿Puede contarnos exactamente lo que pasó, enfermera? Tómese su tiempo y relate solo lo que conozca por sí misma, sin incluir nada de lo que se enteró después.

La enfermera describió sin emoción los acontecimientos de la tarde hasta llegar al ataque a *miss* Sanctuary.

—Pensé que podría ver el dormitorio de Mrs. Budge desde la habitación contigua, entré y vi que Mr. Budge acababa de salir. —Hizo una pausa como si esperara algún desmentido, pero nadie dijo nada—. La ventana estaba abierta pero no podía ver nada, estaba todo oscuro.

—Gracias por su declaración, enfermera —dijo el sargento—. Mr.

Budge, ¿podría contarnos ahora su historia?

—La enfermera Evans me llamó cuando estaba en las escaleras —respondió el hombre—, y acudí, claro.

—Un momento —interrumpió el sargento—. ¿Puede comenzar desde el principio? Entiendo que se encontraba en la habitación de al lado.

—Oh, bueno... —respondió Mr. Budge, mirando sus botas. Dudó un momento y terminó cediendo—: No creo que eso tenga nada que ver con el caso, pero en fin... Alrededor de las nueve y media fui a buscar un periódico a la habitación contigua, ahora la estoy usando como dormitorio para poder cuidar de mi esposa. Solo estuve allí un par de minutos.

La enfermera resopló, pero no hizo ningún comentario.

—¿Vio o escuchó algo extraño en la habitación de Mrs. Budge durante ese rato?

—No.

—¿Notó si la luz estaba encendida o apagada?

—No, no me fijé.

—¿Estaba la contraventana abierta?

—No me acuerdo.

—Ya veo... ¿Decía que la enfermera Evans le llamó?

—Sí y fui de inmediato a ver qué quería. Cuando entré, ella estaba mirando por la ventana. Regresamos a la sala de estar y descubrimos que la puerta de la habitación de mi esposa estaba cerrada con llave, como ella ya ha declarado, y que la llave estaba en la cerradura al otro lado de la puerta. Nadie contestaba a nuestros gritos así que me acordé de una automática que guardaba en el escritorio.

El sargento enarcó las cejas pero no dijo nada.

—No tengo licencia, me temo —agregó Budge, interpretando el gesto del sargento—. Pensé que era mejor no arriesgarme a intentar entrar por la ventana, así que cerré la puerta de la otra habitación para bloquear una posible vía de escape y volé la cerradura de esa puerta. La enfermera Evans ya ha relatado el resto de la historia. Luego fui a reunirme con el coronel y él ya le ha contado cómo encontramos a *miss* Sanctuary. Después me he dedicado a recorrer el hotel con otros voluntarios para intentar encontrar algún rastro de mi esposa pero sin éxito, he de reconocer. También avisé a los huéspedes y les pedí que permanecieran juntos en el salón hasta que llegara la policía.

—Me di cuenta de ello al entrar —observó el sargento secamente.

—Estaban asustados. Pero, como le he dicho, no encontré ni rastro de mi esposa y nadie vio ni escuchó nada extraño.

Mr. Budge prestó declaración con el tono de quien describe la trama de una obra de teatro que acaba de presenciar. Sentado allí, con su voz seca y áspera y su nuez subiendo y bajando tras el cuello de su camisa, parecía más que nunca algún miembro de una iglesia disidente. El sargento estaba familiarizado con ese tipo de persona, pero le extrañó la frialdad de sus acciones ante una emergencia de ese tipo. Ese revólver...

Charles, recordando la conversación que había sorprendido detrás de la puerta, pensó que Budge se movía por terreno resbaladizo y que esa historia parecía cuidadosamente ensayada.

El sargento no hizo ningún comentario pero se volvió hacia el agente que había venido con él y le ordenó—: Llama a comisaría y pide que nos envíen seis hombres.

Durante los interrogatorios, Charles había estado tomando notas de la conversación en un cuaderno. El sargento le había dirigido un par de miradas significativas, pero él las había ignorado. A la tercera, el sargento no se pudo reprimir:

—Disculpe, señor, ¿para qué son esas notas?

—Para mi historia en el *Mercury* —respondió Charles con indiferencia.

Noakes parecía desconcertado.

—Mi intención es dictar el artículo por teléfono —continuó Charles—, pero me gustaría que usted escuchara antes lo más destacado.

—Escuche, Mr....

—Venables.

—Mr. Venables, sabe perfectamente que no le puedo proporcionar ningún comunicado oficial en esta fase de la investigación. No puedo impedir que escriba lo que quiera en su periódico, pero usted será el único responsable.

—Lo comprendo, oficial. Solo quiero comprobar que nada de lo que pueda decir obstaculice de alguna forma la investigación.

—Está bien —replicó el sargento algo apaciguado—. Dispare.

Unos minutos más tarde, mientras se levantaba ya para marcharse, Charles comentó:

—Sargento —comenzó en tono melodramático—, hay algo sobre lo que debo llamar su atención. ¿Ha examinado ya la parte superior derecha de esa puerta?

Los ocupantes de la habitación miraron al unísono hacia donde señalaba su dedo para ver qué había atraído su atención. Charles aprovechó para agarrar una fotografía de Mrs. Budge en un marco de plata que reposaba sobre una mesita auxiliar y salió silenciosamente de la habitación en busca del teléfono más cercano.

## VI

Los hombres que había solicitado el sargento no tardaron en llegar y relevaron a los voluntarios, así que Viola, Eppoliki, Budge y el coronel se reunieron con el resto del grupo en el salón. Una intensa curiosidad había reemplazado al miedo entre los huéspedes así que los recién llegados pasaron un rato muy ocupado relatando su versión de los hechos.

El sargento fue a ver a *miss* Sanctuary acompañado de la enfermera. La mujer sufría de estrés postraumático y empezaba a encontrarse realmente mal. Con un esfuerzo evidente, volvió a repetir su historia delante del sargento, que solo la había escuchado de oídas.

—¿Tiene alguna idea sobre la identidad de su agresor?

—Ninguna.

—¿Hombre o mujer?

—Estoy segura de que era un hombre. No sabría decirle por qué, pero sus pasos, la fuerza de sus manos... todo me hizo pensar que era un hombre.

A pesar de la insistencia del sargento, no recordó ningún dato adicional que pudiera suministrar alguna pista definitiva sobre el intruso. Cualquier conclusión a la que pudiera llegar estaría basada en la deducción y el sargento detestaba la deducción.

—¿Podría jurar delante de un tribunal que se trataba de un hombre?

*Miss* Sanctuary se quedó en silencio unos instantes. Se podía observar cómo reconstruía el ataque en su mente por los cambios de expresión de su rostro.

—No —contestó por fin—. Solo podría jurar lo que he dicho, que me dio la impresión de que era un hombre.

—¿Escuchó algo mientras estuvo encerrada en el armario?

—Recuerdo vagamente escuchar unos pasos y un ruido... como si arrastraran algo. También a la enfermera Evans gritando y golpeando la puerta.

Fue en ese momento cuando me volví a desmayar, creo.

—Gracias, *miss* Sanctuary, eso es todo por el momento. ¿No preferiría regresar a su habitación?

—No, gracias, creo que me quedaré aquí descansando en la cama hasta que me sienta un poco mejor. Me temo que mis viejos huesos ya no están para estos trotes.

El sargento puso a Budge y a su mejor hombre a cargo de un grupo de búsqueda con el fin de inspeccionar cada centímetro del hotel y se reservó para él el registro del dormitorio. A primera vista había cuatro posibles escondites: debajo de la cama, del sofá, en el armario y en una gran cesta de ropa sucia.

Mr. Budge no se conformaba con ser el marido de la propietaria del hotel, sino que además dirigía una lavandería que se esperaba que usaran todos los residentes. Cada habitación tenía su propia cesta, que era de unas dimensiones gigantescas y resultaba un escondite perfecto para un hombre pequeño, aunque tenía la desventaja de que sería difícil salir de ella de forma rápida y silenciosa. El sargento no encontró nada en ninguno de los posibles escondites, así que salió a inspeccionar con su linterna la terraza, la sala de estar y la habitación contigua.

Regresó al lado de *miss* Sanctuary y en el desconcierto de su rostro se podía leer que no había descubierto nada de interés.

—El armario es el lugar más evidente para esconderse —concluyó—. Me apuesto diez contra uno a que eso es lo que hizo.

—¿Ha encontrado algo, sargento? —preguntó la mujer con una débil sonrisa.

—He encontrado muchas cosas, pero no sabría decirle si tienen alguna relación con el caso. Ahora voy a ir a interrogar al resto de los residentes y luego quizá tenga que volver a hablar con usted.

*Miss* Sanctuary se enderezó con un gesto de dolor y la sonrisa se le borró del rostro.

—No me deje sola —le rogó con un estremecimiento—. Siento como si ese hombre horrible aún estuviera rondando por aquí.

—No tiene de qué preocuparse —respondió el sargento—. Es evidente que el objetivo del ataque era Mrs. Budge y no usted. Es poco probable que todavía se encuentre en el edificio pero, de cualquier modo, pondré a un hombre de guardia en la puerta para su tranquilidad. Regrese a su dormitorio

en cuanto se encuentre mejor.

*Miss Sanctuary* pareció aliviada.

—Gracias —sonrió—. Creo que me sentiré más segura de todos modos si cierro con llave las dos puertas.

El sargento salió de la habitación y, después de dar algunas instrucciones al policía de servicio que iba a vigilar la entrada a la *suite*, bajó a hablar con el resto de residentes.

7

*—Han transcurrido ya varias horas —dictaba Charles al teléfono— pero aún no se tiene ni la más mínima pista del paradero de Mrs. Budge. El misterio del The Garden Hotel promete ser uno de los enigmas más desconcertantes de los últimos tiempos. Nuestro corresponsal especial, que fue uno de los primeros en llegar al lugar y en entrevistar a miss Sanctuary, está en contacto permanente con la policía y participa activamente en las investigaciones...*

—De acuerdo, espera un momento —le interrumpió Meredith al otro lado del auricular mientras arrancaba la última página de la máquina de escribir y se la entregaba a un subordinado, que la dejó en pocos segundos frente al operador de linotipos—. Te paso a Mr. Bailey, quiere hablar contigo.

Charles escuchó emocionado las felicitaciones del editor jefe.

—¡Un artículo de primer nivel! —gritó Bailey—. Estás desperdiciando tu talento en los chismes de sociedad, Venables. ¡Pega tu nariz al rastro de esta historia y no la despegues por nada! Ah, por cierto, tengo aquí al editor de arte y me pregunta si puedes conseguir una foto de Mrs. Budge.

—Tengo una en mi bolsillo ahora mismo —respondió Charles con orgullo—. La birlé delante de las narices de la policía. Envíeme un taxi y se la hago llegar.

Mientras hablaban, la linotipia hacía su trabajo agrupando las matrices de letras que crearían las líneas de ensamblado en tiempo récord. Las imágenes y textos se curvarían sobre los enormes cilindros de la rotativa y el papel se convertiría en el mensajero que, por un penique, llevaría a los 1.635.432 hogares (excluyendo las copias gratuitas e invendidos) la primera

noticia sobre “El misterio del The Garden Hotel”. Las crónicas continuarían en fechas posteriores con un nivel de sensacionalismo que dejaría en pañales al de ese primer artículo de Charles.

Al mismo tiempo, el procedimiento de la ley seguía su curso con menos prisas pero más rigor. Los policías peinaban The Garden Hotel y el sargento interrogaba pacientemente al grupo arremolinado en el salón, tratando de ensamblar datos para conseguir un marco válido de tiempos y lugares.

No fue hasta bien entrada la madrugada cuando el sargento pudo regresar a su apartamento de Glossop Road. Su esposa le había dejado un termo de café caliente y un plato de sándwiches y así, restablecido con el tentempié, escribió el informe que, unido a los eventos posteriores, consiguió que el detective inspector Bernard Bray de Scotland Yard se interesara personalmente por el caso.

# Capítulo 4 | Scotland Yard se interesa por el asunto

1

Extractos del informe del sargento Noakes:

*“A las 21:45 del 29 de octubre, un hombre me dijo que llamaba desde The Garden Hotel para informar sobre la desaparición de la propietaria del establecimiento. Acompañado por el agente de policía Chingley nos desplazamos al lugar y llegamos a la escena de la presunta desaparición a las 22.00”.*

*(Aquí seguía un resumen de los hechos ya registrados).*

*“Aunque interrogué a los residentes y me hice una idea aproximada de sus movimientos, el foco de la acción se centra principalmente en la suite de los Budge. La suite, debe explicarse, ocupa el piso superior, es como una proyección aislada del edificio y tiene solo tres habitaciones.*

*Alguien consiguió entrar en el dormitorio de Mrs. Budge a las 21.30, o bien ya estaba dentro. Si él, o ellos, no estaban ya en la habitación (hipótesis improbable dada la falta de un lugar apropiado donde esconderse), deben de haber accedido atravesando la sala donde estaba la enfermera dormida, o bien a través de la habitación contigua a través de la terraza.*

*El intruso (supongamos, para simplificar, que fuera uno solo y hombre) debe de haberse llevado a Mrs. Budge y escapado a través de la terraza y la habitación contigua, o bien a través de la sala de estar mientras la enfermera se encontraba fuera de ella.*

*Cualquiera de las hipótesis exige de una fuerza y rapidez extraordinarias, además de mucha suerte.*

*Es, por supuesto, posible que la desaparición fuera voluntaria. Es concebible, por ejemplo, que fuera la misma Mrs. Budge quien atacó a miss Sanctuary y luego escapara. Sin embargo, Mrs. Budge estaba enferma de pleuresía en ese momento y, además, miss Sanctuary es de la opinión de que su agresor era un hombre.*

*Es también posible que Mrs. Budge acompañara voluntariamente al hombre que atacó a miss Sanctuary. Aunque esta hipótesis justifica la rapidez de la huida, complica el hecho de salir del edificio sin ser detectados. Además, por mi conversación con el médico, parece inconcebible que Mrs. Budge se encontrara lo bastante bien como para dejar su cama voluntariamente y saltar sobre terrazas y ventanas.*

*Todas las comisarías de la zona han hecho circular una descripción de Mrs. Budge y se han realizado las consultas habituales.*

*El registro de las habitaciones y del hotel no ha producido ningún resultado reseñable hasta el momento. Sin embargo, como en la mayoría de los casos de desaparición, será probablemente la investigación rutinaria de la policía la que dé mayores resultados.*

*Hay dos hombres actualmente de guardia en el hotel, a petición de Mr. Budge.*

*(Firmado) Stanley Noakes, sargento.  
Policía Metropolitana, División X”.*

2

Al día siguiente, el detective inspector Bernard Bray, C.I.D., con el rostro arrugado y el entrecejo fruncido, leyó el informe sentado en su pequeño despacho de Scotland Yard.

No hay nada más monótono para la policía que una desaparición: siempre comienza dramáticamente y termina de la forma más predecible. La gente rara vez desaparece por algún motivo que no sea estrictamente personal. Es verdad que el caso mostraba algunas características notables, como la prensa no dejaba de señalar y magnificar, y esa era la razón de que hubiera llegado a Bray.

A las cuatro en punto Bray tenía una cita con el superintendente Etherton

para darle su opinión sobre el informe. Hasta entonces, lo enterró en uno de los grandes cajones de su escritorio y se concentró en otro sobre una autopsia.

—Es increíble —comentó a su asistente—, que a estas alturas los envenenadores sigan usando arsénico y los criminales dejando huellas... En fin, supongo que deberíamos estar agradecidos, eso nos facilita mucho nuestra labor.

—A veces me pregunto, señor —respondió su joven asistente—, si no será al revés. Hay tantos casos de envenenamiento por arsénico porque esos son los únicos que descubrimos, de la misma manera que solemos atrapar al criminal por sus huellas dactilares porque solo los que dejan huellas son capturados.

Bray lo miró fijamente.

—Es una teoría ingeniosa, Cuff, y es algo que también se me ha ocurrido a mí en mis momentos de melancolía. Sin embargo, he llegado a la conclusión de que si nos la creyésemos nos rendiríamos a la primera de cambio, así que ya la estás olvidando tú también.

El tráfico en el exterior no cesaba, las sirenas gemían, el claxon de los automóviles sonaba sin descanso. Bray se concentró de nuevo en el caso del envenenamiento. Todo un drama de codicia, odio y muerte condensado en el breve informe de un médico sobre las entrañas del difunto. “Macbeth”, pensó Bray, “reducido al lenguaje de una carnicería”.

A las 15.45 sonó el timbre del teléfono.

Era el sargento Noakes quien llamaba. Si alguien hubiera estado mirando en ese momento el delgado y atractivo rostro de Bray, habría visto el brillo de sus ojos y sus labios fruncirse en un silbido de emoción.

—Esto parece un caso real —observó a Noakes mientras tomaba unas notas rápidas en su libreta.

Colgó el teléfono y, sacando el informe del sargento de las profundidades del cajón donde lo había enterrado, lo releyó grabándolo en su memoria mientras el superintendente Etherton le esperaba en otra habitación mirando con impaciencia un reloj que marcaba las cuatro en punto.

En otra parte de la ciudad, Charles agarró con fuerza un teléfono y comenzó a destilar en voz alta una trama cuyos detalles permitirían que hasta

el becario más incompetente del *Mercury* engendrara un titular histórico.

“El misterio del The Garden Hotel” se había convertido en un asunto de relevancia nacional.

## Capítulo 5 | A la mañana siguiente...

1

A la mañana siguiente, todos los huéspedes se levantaron muy temprano para desayunar. Charles, que rara vez abría un ojo antes de las once, se encontró sonriendo a Viola con una humeante taza de café entre las manos a las nueve en punto de la mañana.

—Camino del baño me he tropezado con uno de nuestros nuevos amigos polizontes —comentó Charles—. Estaba interrogando a la camarera... aunque, a mi juicio, había demasiadas risitas en ese interrogatorio... Al parecer, aún no hay noticias de Mrs. Budge.

—Me imagino que, para cuando la encuentren, solo será un cadáver —especuló Viola.

Charles apartó los riñones de cordero con disgusto.

—¡Viola, por favor! —protestó.

En ese momento, sus ojos se posaron en la portada del *Mercury* y se habría ruborizado de placer y orgullo si a esas alturas de su vida no se hubiera olvidado ya de cómo se hacía.

Su historia protagonizaba la primera página e iba ilustrada con un primer plano de Mr. Budge tapándose la cara y con el retrato de Mrs. Budge que Charles había robado la noche anterior.

—Me alegra descubrir que el café aquí es de buena calidad —comentó Charles, apartando la vista del periódico y sirviéndose otra taza—. El hecho de que la desaparición de la propietaria no haya perturbado el servicio es una excelente señal de cómo se dirige este negocio.

—No sé cómo tienes estómago para desayunar —respondió Viola—. Deberíamos estar investigando o haciendo algo. Creo que hoy no voy a ir a trabajar al estudio.

—Bueno, yo ya estoy en mi oficina —replicó Charles—. Por si no lo sabías, mi querida niña, ahora soy reportero de sucesos. El pequeño Pouncefoot se va a encargar de mi columna, lo que significa que dedicará seis párrafos a su querida Doris Desirée. En realidad no puedo quejarme, yo llevo seis meses sin mencionar a esa bruja... Escucha, se me ha ocurrido una idea...

¿por qué no combinar la sección de sucesos con los chismes de sociedad si, como parece, las noticias del corazón y el crimen son las únicas en las que el lector del *Mercury* está interesado?... “*Cuando me pasé por Saylor’s Friend, de Limehouse... ¡no se van a creer con quién me encontré! Nada menos que con Sally, la encantadora y joven esposa del bueno de Bill, que está pasando el invierno en la cárcel de Dartmoor. Sally es, por supuesto, la hija de Mr. Jim Grimes, cuya reciente bigamia estará fresca en la memoria del público. Sally iba tan elegante como de costumbre y me amenazó juguetonamente con el dedo mientras robaba una cartera del bolsillo de un extraño. Por cierto, se considera perfectamente admisible en los círculos criminales más sofisticados hurtar la cartera de alguien a quien no se ha sido presentado. Estos modales modernos informales no carecen de su encanto...*”.

—¡Maldición! —interrumpió de repente Viola, que no le estaba prestando ninguna atención.

—¿Perdona?

—Juré solemnemente devolver la estola a Mr. Blood para el desayuno —explicó ella.

—¿Qué es eso que necesita Mr. Blood para desayunar? —preguntó Charles, extendiendo una generosa capa de mantequilla en su tostada.

—No, tonto, una estola es una especie de bufanda que te pones alrededor del cuello. Mr. Blood tiene una muy antigua, de origen bizantino. Es muy valiosa. Me la prestó el otro día para usarla como modelo de un cartel que estoy dibujando para un congreso de la Iglesia Anglo-Bizantina... Otro tema es si me pagarán o no el encargo... —agregó meditativa—. Sé un ángel y ve a buscarla a mi dormitorio, por favor. Devuélvesela a Blood si le ves. Lo encontrarás en su habitación, él siempre desayuna en su dormitorio.

Mientras Charles atravesaba el salón, un reportero que, a pesar del ojo vigilante del policía de guardia, había conseguido colarse en la casa, se le acercó.

—Disculpe, señor —le dijo—, ¿me podría decir algunas palabras sobre los acontecimientos de ayer en el hotel?

Charles se admiró de la destreza con la que el reportero había conseguido acorralarle en un rincón.

—¿Para qué periódico trabaja? —le preguntó Charles con severidad mirándolo a través de su monóculo—. No me importaría hacer una breve declaración al *The Times*.

—Para la *Gazette* —respondió el otro nombrando al enemigo mortal del *Mercury*, con unas ventas netas de 2.104.326 ejemplares.

—En ese caso, puedo darte una declaración personal completa de todo lo ocurrido.

Los ojos del reportero brillaron. Sacó discretamente una pequeña agenda que llevaba cuidadosamente escondida y se preparó para tomar nota.

—Sí —afirmó Charles sacando de su bolsillo el *Mercury* en su edición de la mañana—. Aquí la tienes.

Al reportero, un joven y entusiasta periodista recién llegado a la *Gazette*, le hizo tanta gracia la broma que Charles, conmovido, terminó dándole su versión de los hechos.

## 2

Mr. Blood también solía levantarse tarde, al igual que Charles. En esos momentos se encontraba en batín, con la bandeja del desayuno a su lado y muy ocupado en una monografía sobre “La ingestión de las enzimas estreptocócicas”. Al entrar Charles, levantó la vista sorprendido.

—Ah, sí, la estola, una pieza muy buena. Me la regalaron por mi trabajo en la organización del primer congreso anglo-bizantino. Como periodista lo recordarás, causó una gran sensación.

Charles lo recordaba. Un entusiasta de la iglesia evangélica con la cabeza perdida se había subido a una de las columnas de la sala donde se celebraba el congreso y había comenzado a gritar “¡Pecadores!, ¡pecadores!” arrojando a la audiencia artículos de indumentaria femenina de dudosa conveniencia para ese momento y lugar.

Una multitud de curiosos apelotonados ante la verja del hotel bloqueaba la calle Tunbridge Gardens, normalmente muy tranquila. Mientras Charles conversaba con Blood, el suave murmullo del gentío se había convertido en un grito de alegría. Charles se acercó a la ventana y fue recompensado con la visión de una anciana de unos setenta años tratando de escalar la verja del hotel mientras era aclamada por las masas.

—Nunca consigo averiguar si el alzacuellos de estilo romano se ensucia más que el ordinario o no —se lamentaba el párroco mientras tanto, absorto en sus pensamientos.

A la anciana le habían arrancado el sombrero de un manotazo y Charles estaba demasiado interesado en la escena como para responder.

De repente, escuchó un gemido estrangulado a su espalda y se giró. Blood estaba lívido. Sus ojos en blanco miraban al frente, desenfocados. En una mano sostenía la tapa de la cesta de ropa y, en la otra, un alzacuellos. Soltó de golpe la tapa, se tambaleó hacia su silla y se desplomó sobre ella.

—Dios mío, Blood —dijo Charles—, ¿qué le pasa?

Durante unos minutos, Blood no dijo nada. Hizo un par de intentos para hablar, pero parecía incapaz de articular palabra. Gradualmente, el color regresó lentamente a su rostro.

—Solo un pequeño mareo —respondió por fin con dificultad.

—Escuche —observó Charles con ansiedad—, ¿no cree que debería llamar a un médico?

—No —respondió el otro en tono apagado—. No es la primera vez que me dan estos ataques. —Hizo una pausa—. Una vez me contagié de algo por mi trabajo bacteriológico y desde entonces me dan desmayos periódicos. Estaré bien en unas pocas horas. Guardo alguna medicina por ahí para estos casos.

Alguien llamó a la puerta y apareció Mr. Budge.

—Vengo a llevarme su ropa, señor —dijo—. Estamos un poco cortos de personal esta semana así que estoy ayudando yo a recoger las cestas de ropa sucia.

Los nervios de Blood estaban obviamente alterados a causa de su indisposición porque sufrió un visible sobresalto.

—Vuelva más tarde, Mr. Budge —replicó con voz irritada—. Mi ropa no está lista aún.

—Eso no importa, señor—contestó Budge—. Recogeré lo que tenga y ya volveré después a por el resto.

Si el reverendo ya estaba desquiciado, este comentario fue la gota que desbordó el vaso. Se levantó de un salto y gritó a Budge con voz temblorosa:

—¿Es esto un hotel o una prisión? ¡Salga ahora de mi habitación, maldita sea! Como vuelva a ver su maldita cara cerca de esta puerta, ¡se la arranco de cuajo, lo juro!

Charles se preparó para mediar entre los dos hombres, una tarea casi tan peligrosa como irrumpir en una pelea de perros, pero Budge no mostró el resentimiento que cualquier persona normal habría sentido en circunstancias

similares y se retiró con una sonrisa comprensiva.

—Oh, bueno, señor, si se siente así no tengo problema en volver después a por su ropa. Comprendo que esta desaparición nos tiene a todos trastornados... —y añadió vacilando—: Sin embargo, me temo que la policía va a registrar hoy el hotel así que le molestarán de nuevo.

Y se marchó cerrando la puerta tras de sí.

—Lo siento, Venables —comentó el párroco en voz baja—, tengo los nervios completamente destrozados. No creo que consiga trabajar en varios días. Será mejor que me deje antes de que monte otra escena. Hasta luego.

Venables salió de la habitación y el párroco sacó la bandeja del desayuno a la puerta, la depositó en el suelo y cerró la puerta con llave. Luego levantó el auricular del teléfono y dio instrucciones de que no le molestaran ya que estaría trabajando toda la mañana.

La siguiente media hora la pasó sentado en una silla con la cabeza entre las manos. Durante cerca de otra media hora, se dedicó a pasear por la habitación. Por fin, con un gesto mezcla de determinación y resignación, colocó una mesa en el centro de la habitación y despejó la parte superior. Tomando un par de guantes finos, fue a un armario y sacó una caja de instrumentos quirúrgicos. Después, se acercó a la cesta de la ropa y levantó la tapa...

### 3

El editor jefe Bailey dio unos ligeros golpecitos a su pipa y preguntó:

—Bien, ¿qué piensas de este asunto, Venables? ¿Tiene miga esta historia o no?

Charles, convocado para informar sobre el misterio del The Garden Hotel, apoyó el mentón sobre el mango de su paraguas y contestó pensativo:

—Es difícil de decir. La mayoría de estas desapariciones no llevan a ningún lado. No hay dónde pinchar a menos que aparezca el cadáver. Sin embargo, tengo el presentimiento de que aquí hay algo raro. Alguno de ellos miente como un bellaco. Algo se está cociendo a fuego lento y ese algo va a salir a la superficie antes o después.

Bailey lo miró con interés. Era un veterano en lo suyo y por sus manos habían pasado más promesas del periodismo que por las de cualquier otra

persona en Fleet Street. Pero ahora se encontraba desconcertado.

—¿Estás seguro de que sabrás contar la historia, Venables? —le preguntó—. No me interpretes mal, tu primer artículo fue excelente, pero... ¿podrás mantener el nivel? Para serte sincero, no tienes ninguna experiencia en este tipo de cosas. Solo has trabajado tres meses como reportero antes de que te enviaran a la columna de sociedad.

—Creo que puedo mantener la calidad —se defendió Charles—. Tengo una o dos líneas de investigación en las que me gustaría trabajar y pienso que no decepcionaré al *Mercury*.

—Adelante entonces —dijo el otro—. Solo te pido que no te arresten y que no causes una denuncia al periódico por difamación. Por lo demás, tendrás toda la cuerda que necesites. He de decir que el jefe estaba extremadamente interesado en que continuaras con este asunto. Parece que es amigo de tu familia y me dio a entender que tu turbio pasado te cualificaba para esto.

—Mis experiencias se limitan a Oxford, Ginebra, la Liga de las Naciones y el Surrey rural —comentó Charles inocentemente—. Pero haré todo lo que pueda. Por cierto, estaba pensando en dejar The Garden Hotel...

Bailey lo miró fijamente.

—¿Qué? ¡Pero qué demonios...!

—Claro que ahora —agregó Charles con candidez—, me puedo quedar...

—Muy inteligente —reconoció Bailey, sonriendo—. A mí, por supuesto, no me queda otra que presionarte para que te quedes allí, con lo que la factura del hotel se la pasas al periódico como parte de tus gastos... Bien, tú ganas.

En otros tiempos, las hojas de gastos de Bailey habían sido la admiración de Fleet Street.

Antes de irse, Charles pasó a ver a Pouncefoot.

—Escucha —le dijo—, ya estoy harto de Desirée, ¿no puedes darle un descanso? Mete un párrafo sobre el nuevo enviado especial del *Mercury*.

—¿Y de quién se trata? —preguntó Pouncefoot.

—De mí.

que estaba sucediendo mientras tanto en su dormitorio.

Arrodillado en el suelo ante su baúl, Eppoliki revisaba sus pertenencias lanzando ocasionales miradas furtivas a su alrededor. Todos los documentos de Charles fueron clasificados y examinados, pero los resultados parecieron decepcionarlo. Centró su atención en la cómoda, pero tampoco consiguió nada.

—Muy curioso —murmuró—. ¿Será posible que me haya dicho la verdad?

## 5

El reverendo Septimus Blood salió apresuradamente al pasillo del hotel y miró sigilosamente a izquierda y derecha. En su mano sostenía una maleta de cuero muy maltratada, bastante más grande que su maletín de médico que, como una vez había confesado, contenía los suficientes bacilos como para eliminar a toda la población de Londres. Al principio, los residentes del hotel lo habían mirado alarmados y se habían alejado de él con profundo recelo pero después de un tiempo se habían acostumbrado al maletín, del que no se despegaba. “Blood y sus pequeñas mascotas”, decían.

El salón estaba vacío. Miró a su alrededor. Un gran jarrón en la repisa atrajo su atención.

—Excelente —murmuró—. Perfecto.

Abrió su maleta...

El reverendo Septimus Blood examinó después el vestíbulo. El sombrero y abrigo de Mrs. Salterton-Deeley colgaban de una percha y, justo debajo, había una gran sombrerera redonda de piel.

Era evidente que el reverendo Septimus Blood se había acordado de algo gracioso porque sus labios exhibían una gran sonrisa.

—Esa descarada... —se dijo a sí mismo— ¡una insolente!

Y sacó el sombrero de dentro del estuche y lo guardó en su maleta.

## VI

Algunos residentes del hotel se habían reunido en la oficina de Mr.

Budge de la planta baja, donde se discutían y resolvían los oscuros secretos de su negocio de lavandería.

En la pared colgaban dos carteles de la Sociedad de Lavanderías del Reino Unido. “*Botón bien cosido no puede ser desprendido*”, advertía uno. “*Con la limpieza se ve la calidad de la pieza*”, insistía el otro. Estos dos lemas tenían como virtud producir un agudo complejo de inferioridad en cualquiera que osara quejarse de los estragos de la lavandería.

Mr. Budge se aclaró la garganta.

—Damas y caballeros —comenzó—. Estarán deseando saber, sin duda, qué va a pasar ahora con el hotel durante la ausencia de mi esposa, que todos confiamos en que sea temporal. Me alegra comunicarles que yo la reemplazaré en el ínterin y todo seguirá igual que antes... *¡Todo!* —repitió con una energía que aparentemente no se perdió en su audiencia.

—Eso supone un gran alivio para todos nosotros —replicó el coronel solemnemente—. Aunque estábamos seguros de que usted se haría cargo, la situación era, de todos modos, muy preocupante.

## 7

—Este caso es de locos —declaró el sargento Noakes a su esposa—. En general, las personas involucradas en un caso de desaparición, familiares o amigos, tienen una idea bastante aproximada de por qué y dónde se ha largado su ser querido. —Meneó la cabeza a ambos lados. —Este caso es muy diferente. Aquí hay una mujer enferma en la cama, razón suficiente para no levantarse e irse... ¡Y no me digas que fingía! —advirtió severamente a su esposa que, felizmente ocupada en un dobladillo, no parecía tener mucha intención de hacer tal cosa—. Pregunté al médico y me dijo que era imposible que fingiera. Aunque no es que se pueda confiar demasiado en esos matasanos... —agregó en tono de desesperación.

“Punto número dos —continuó—. Estoy completamente seguro de que nadie en el hotel tiene la menor idea de dónde está. Ese maldito periodista, un imbécil como pocos, va por ahí pavoneándose como si supiera mucho y escribe todo tipo de teorías absurdas en su periodicucho, pero no tiene ni idea de nada... ¡Y ahora vas a decirme que el marido oculta algo! —Noakes agitó un dedo amenazador hacia su esposa—. Y claro que lo hace, pero no el lugar

donde se encuentra su mujer, podría apostar mi sombrero nuevo”.

Mrs. Noakes terminó su dobladillo.

—¿Por qué no mandas excavar el jardín? —sugirió.

—¡Bah! —exclamó Noakes disgustado.

Una vez, años atrás, en un caso asignado a Noakes, su esposa le había sugerido que el cuerpo había sido enterrado en el jardín. Y así había sido. El triunfo se le había subido a la cabeza y, desde entonces, su contribución a cualquiera de los casos se limitaba a la sugerencia de que el cuerpo, o el artículo robado, habían sido enterrados en el jardín.

—Y no me fio ni un pelo de ese pequeño egipcio tuerto —declaró pensativo el sargento con auténtico prejuicio anglosajón.

## 8

Eppoliki abrió suavemente la puerta de la habitación de Budge. Budge, que se encontraba en ese momento de espaldas, se giró de un salto y el egipcio se encontró mirando fijamente el tembloroso cañón de una automática.

Budge la apartó de inmediato y sonrió tímidamente.

—¡Dios, me has asustado! Soy un manojo de nervios desde ayer por la noche. ¿Encontraste algo que confirmara tu teoría?

El estudiante de medicina negó con la cabeza.

—Nada. Debo de haberme equivocado. En el King's College me dicen que me equivoco muy a menudo —dijo con resignación encogiéndose de hombros.

Budge meditó un instante.

—No, no ha sido él, estoy seguro. Ha sido alguien relacionado *con ella* —murmuró. No usó en realidad la palabra “ella”, sino otra peor, pero era a eso a lo que se refería—. Fui un tonto, supongo, pero bien que lo estoy pagando ahora... Vivo aterrado, se me sale el corazón de la garganta cada vez que alguien se me acerca, pero si lo que pretenden es atraparme no se lo voy a poner fácil.

—¿Qué pasa? —preguntó el egipcio con los ojos brillantes de la curiosidad—. ¿A quién has ofendido y por qué?

Una chispa de indignación ardió en los ojos de Budge pero se apagó de inmediato.

—No es asunto tuyo. Aunque probablemente te enterarás tarde o temprano.

Soltó el revólver y se puso a tamborilear con los dedos sobre el escritorio. Su frente aún estaba húmeda de sudor por el susto que le había dado Eppoliki al entrar silenciosamente en la habitación. Su nuez se movía arriba y abajo mientras tragaba saliva.

—La policía sospecha de mí —susurró—. Ese tipo, Noakes, no para de hacerme preguntas estúpidas. Muy educadamente, por supuesto, pero en el fondo sospecha que fui yo quien lo hizo.

—Bueno, ¿y fuiste tú? —preguntó el egipcio con candor—. ¿Sabes que estoy empezando a preguntármelo yo también?

—Supongo que estás de broma —gruñó el otro—. Pero no tiene maldita la gracia, ¿me oyes?

# Capítulo 6 | Una pequeña ayuda desde el más allá

1

Fue raro lo bien que se recibió la sugerencia...

Sentado en un sofá junto al fuego, Venables había ido eliminando gradualmente las diversas posibilidades en beneficio de Viola.

—Así que, ya ves, según esto es imposible que la desaparición haya tenido lugar.

—Los policías son unos tipos admirables y seguro que atraparán al culpable —opinaba mientras tanto el coronel. El sargento Noakes le había felicitado por su forma de manejar el asunto y había ablandado el corazón del viejo guerrero—. Créame, Mrs. Walton, Scotland Yard nunca se rinde. Les puede llevar semanas, años tal vez, pero antes o después lo atraparán.

—¡Tonterías! —intervino *miss* Mumby—. Unos idiotas inútiles, eso es lo que son. Sócrates se acercó amistosamente al sargento Noakes y el muy bruto le pisó la pata.

Las orejas de Sócrates se contrajeron ante la mención de su nombre, pero mantuvo sus ojos fijos en una fascinante bola de lana escarlata.

—Y su lenguaje —continuó *miss* Mumby—, es bochornoso. Todo ese alboroto por un rasguño de nada. ¡Me quejé al comisario por ello!

—Es todo cosa del oro ruso —explicó Mr. Winterton—. Ese tema ha podrido al país. Fíjense en las cárceles de Invergordon o Dartmoor, en la cantidad de asesinatos que ocurren cada año. Esos tipos no se detienen absolutamente ante nada. —Una serie de ruiditos hechos con la lengua expresaron su horror por la situación nacional—. Y el National Party... —prosiguió sombrío—. ¡Podría contarles una o dos cosas sobre el National Party!

—Oh, pero es posible que haya salvado al país, Mr. Winterton —terció *miss* Geranium—. Lo leí el otro día en el *Mercury*.

—¡El *Mercury*! ¡También podría contarle un par de cosas sobre el

*Mercury!*

*Miss* Hectoring lo miró con frialdad.

—Mi padre compró el *Mercury* desde el primer día de su publicación — dijo—. Era amigo del propietario y solía discutir con él de política... “Camilla”, me dijo poco antes de morir, “si alguna vez dan el voto a las mujeres, no confíes en tu propio juicio. ¡Haz lo que ordene el *Mercury!*”. Y eso es lo que he hecho desde entonces.

Había tal determinación en la voz de *miss* Hectoring que Winterton se contentó con sorber ruidosamente a modo de respuesta, no la menos desagradable de sus costumbres, por cierto.

Eran las once de la noche y la mayoría de los residentes se habían reunido en el salón como por acuerdo preconcebido. Todos buscaban información sobre el único tema de conversación posible en un día como ese. Nadie pensaba en salir del hotel, excepto Mrs. Salterton-Deeley, que estaba decidida a ir a trabajar al día siguiente a la pequeña y exquisita tienda de sombreros que dirigía en Bond Street, aunque eso significara atravesar el corro de miradas agazapadas delante de las verjas del The Garden Hotel. Mrs. Salterton-Deeley no solo tenía el cabello pelirrojo, también el carácter, así que esta circunstancia solo aumentaba su determinación.

Y, como decía al principio, fue raro lo bien que se recibió la sugerencia.

Procedió de *miss* Mumby y su cordial recepción se debió en parte al hecho de que todos se aburrían muchísimo en compañía de los otros así que cualquier iniciativa se habría encontrado con un público receptivo. Por otra parte, en lo más profundo de cada uno de nosotros, sobrevive una veta del primitivismo de la niñez que no permite que la lógica, la razón y la ciencia extirpen del todo las creencias en los espíritus y el más allá.

—Creo que deberíamos intentar ponernos en contacto con Mrs. Budge — opinó *miss* Mumby súbitamente inspirada—. Aquí estamos todos juntos en *una gran dinamo espiritual*, como lo describe una amiga mía muy sabia. Estoy segura de que si nos esforzamos y ponemos todo nuestro corazón, podremos ponernos en contacto con esa pobre mujer. Al menos podríamos transmitirle nuestro consuelo... y hay muchas posibilidades de recibir algún mensaje suyo comunicándonos dónde está.

“En principio —prosiguió *miss* Mumby—, la sesión será telepática.

Parto de la base de que Mrs. Budge se encuentra prisionera en alguna parte y tratará de comunicarse con nosotros. Si unimos nuestra fuerza espiritual y vaciamos nuestras mentes puede que su cuerpo astral venga a visitarnos. O quizá uno de nosotros se encuentre con algún mensaje suyo en su mente”.

“Hay además otra posibilidad —agregó—, la de que algún espíritu amable se sienta atraído por nuestro pequeño círculo, nos proporcione la información que necesitamos y, quizás, nos brinde un mensaje de consuelo para su esposo”.

—No creo en esas cosas —comentó Cantrip con brusquedad—. Viví en la India durante veinte años y no conseguí encontrar a un solo hombre que pudiera hacer el truco de la cuerda.

—Esto no es un truco de magia, coronel —respondió *miss* Mumby—. Esto es un experimento científico. Nadie sabe mejor que yo que es posible que no consigamos nada. Pero, a veces, se obtienen resultados sorprendentes.

—Hay algo en eso que dice—admitió el coronel—. Recuerdo que en la India vi a un faquir agarrar un carbón al rojo vivo y frotárselo por su cuerpo desnudo. Y bien que ardía el maldito carbón. Prendió fuego a un trozo de papel que puse a su lado.

—Creo que vale la pena intentarlo —observó Winterton—. Yo no creo en esas cosas tampoco, pero daño no va a hacer.

—¡Oh, vamos a intentarlo! —exclamó Mrs. Walton—. Me han hablado de cosas increíbles que han pasado en sesiones espiritistas.

“Una idea excelente”, pensó Charles, “el inconsciente liberado y libertad de acción en una habitación completamente a oscuras. Esto promete”. E intentó recordar sin éxito lo que sabía del simbolismo freudiano.

Bajo las instrucciones de *miss* Mumby, colocaron entre todos una mesa de bambú en el centro del salón. Bajaron las persianas y corrieron las cortinas. Se sentaron alrededor de la mesa en círculo y se pusieron a esperar con las yemas de los dedos rozándose.

Viola podía distinguir los rasgos de los presentes entre la tenue luz que se filtraba a través de las cortinas. *Miss* Mumby, con su pelo gris tirante apartado con fuerza de su rostro escocés, parecía una sacerdotisa esperando el descenso del fuego profético desde su trono. El resto tenía la misma actitud que ante un sermón especialmente largo, a excepción de Charles, cuyo rostro carecía de cualquier expresión, salvo un leve brillo travieso en su monóculo.

El silencio absoluto solo fue interrumpido por el crujir de las sillas y por

un siseo constante terminado en un abrupto chasquido que provenía, evidentemente, de Mr. Winterton. La versión exagerada de ese chasquido era la que hacía que sus modales en la mesa resultaran tan irritantes para todos los comensales. Finalmente, hasta *miss* Mumby se puso nerviosa.

—Tal vez distraiga nuestras mentes —declaró—, si repetimos un mantra sencillo. Repitan conmigo, por ejemplo: “*Hay tanto bien en el peor de nosotros y tanto mal en el mejor de nosotros que mal nos corresponde a la mayoría de nosotros decir algo malo del resto de nosotros*”.

Con un poco de ayuda, los siete pronto pudieron repetir el trabalenguas y terminó estableciéndose un monótono silencio que inducía al sopor. Pero se consiguió el efecto deseado. La mesa se estremeció repentinamente como un caballo nervioso y comenzó a mecerse con determinación.

En tono neutro, desposeído de cualquier emoción, *miss* Mumby elevó la voz:

—¿Eres un espíritu bueno? Golpea una vez si es sí y dos veces si es no.

La mesa se levantó y cayó una vez y luego se quedó inmóvil, temblando ligeramente. Era un espíritu bueno, menos mal.

—¿Es usted Mrs. Budge? —preguntó *miss* Mumby sin más preámbulos. Sonó un golpe.

Mrs. Walton emitió un leve suspiro. Los ojos de *miss* Geranium brillaban de forma extraña en la penumbra. “Alucinaciones”, pensó Charles recordando las palabras de Viola y se sintió perturbado. El coronel Cantrip resopló, no quedó claro si de escepticismo o sorpresa.

—¿Dónde se encuentra? —preguntó *miss* Mumby, con un leve timbre de emoción en la voz—. Voy a deletrear el alfabeto. Por favor, golpee una vez cuando llegue a la letra deseada y comenzaré de nuevo... A...

La mesa pegó un bote y no se movió de nuevo hasta la “U”.

—¡Autopsia! Está en la autopsia, así que muy bien no debe de estar —observó el coronel sin ningún tacto.

*Miss* Geranium hizo el gesto de levantarse para protestar pero se lo pensó mejor y se sentó bruscamente.

La mesa realizó una intrincada pirueta y todos, asustados, retiraron apresuradamente las manos, pero enseguida recobró la calma.

La voz de *miss* Mumby temblaba cuando repasó el alfabeto otra vez. Se detuvo expectante en la “T”. La mesa tembló, pero no hizo ningún movimiento. “U”, “V”... La mesa seleccionó “X” con un golpe decidido.

—¡Pide auxilio! —dijo el Coronel en tono sorprendido—. ¡Vaya! De veras pensé que se refería a la autopsia.

La mesa seguía temblando pero, a pesar de todas las preguntas de *miss Mumby*, era inexorable en sus demandas de “auxilio”. El esfuerzo por obtener más información solo parecía incitarla a la furia y comenzó un insistente balanceo que resultó demasiado para los nervios de Sócrates, sentado tranquilamente a los pies de su ama. El gato se volvió loco y comenzó a dar vueltas y más vueltas por la habitación, saltando sin control sobre sillas y mesas. Un gran jarrón chino salió volando desde la repisa de la chimenea y se oyó un enorme *crash*. El ruido pareció atemorizar al espíritu o, más concretamente, al cuerpo astral de Mrs. Budge, porque la mesa se detuvo y quedó completamente inmóvil.

Sócrates, pacificado por el silencio repentino, comenzó a olfatear las ruinas del jarrón. En su interior encontró un objeto que arrastró pacientemente hacia *miss Mumby*. Era algo que se parecía vagamente a un guante.

*Miss Mumby* se inclinó para recogerlo. Mientras lo hacía, soltó un grito de tal magnitud que estuvo a punto de perforar los tímpanos de su consternada audiencia. Un chillido de tal intensidad que Charles nunca hubiera creído dentro del alcance de la voz humana.

## 2

—Bien, sargento —comentaba entretanto *miss Sanctuary* bien arrellanada en el sofá de la pequeña sala de estar—, ¿ha descubierto algún rastro de Mrs. Budge o de la persona que me atacó?

—Nada, nada en absoluto —gimió el sargento—. Es un caso inaudito. Tenemos a Mrs. Budge desaparecida y la policía no encuentra ni rastro de ella... ni la pista más remota —agregó inspeccionando cuidadosamente el interior de su casco, como si el rastro pudiera encontrarse allí dentro.

*Miss Sanctuary* se quedó en silencio durante unos instantes. Levantó la vista de la bufanda que estaba tejiendo y lo miró con astucia.

—No sé nada de esas cosas, más allá de las novelas de detectives que he leído —observó con una sonrisa de disculpa—, pero no puedo evitar pensar que un poco de investigación sobre el pasado de los Budge podría ayudar...

El sargento le dirigió una mirada penetrante. Ya se había dado cuenta

antes de que, a pesar de su actitud benévola, se trataba de una anciana muy sagaz. Tenía una tía que era muy parecida a ella y era tan astuta como un carro repleto de monos.

—Tiene razón, señora, esa sería la línea de investigación natural si tuviéramos un caso real —respondió—. Pero, verá, desaparecer no es un crimen. Mr. Budge nos llamó para que le ayudáramos a encontrar a su esposa. Le interrogamos, claro, y él nos dio toda la información que tenía o, mejor dicho, toda la información que él consideraba adecuado transmitirnos. Y eso es todo. Realmente no tenemos ningún derecho a estar aquí hablando con usted en este hotel, salvo por el hecho de que Mr. Budge nos ha pedido que le ayudemos.

—Entiendo su punto de vista, sargento —respondió *miss* Sanctuary—. Pero, ¿qué me dice del ataque que sufrí? Quizá suene un tanto egoísta por mi parte pero... ¿acaso no es lo bastante importante como para que la policía tome este caso en serio?

El sargento reflexionó durante un largo rato.

—Lo es y no lo es —respondió al fin con cautela—. Todo depende del motivo de la persona que la atacó. No fue el robo, por lo que sabemos, debe de estar relacionado más bien con la desaparición de Mrs. Budge. Así que volvemos a la desaparición. Si fuera un caso ordinario de robo con violencia sería más fácil. ¿Quiénes son los delincuentes fichados por este tipo de delito y dónde se encontraban en ese momento? Esa sería la línea de investigación típica, mera rutina. Pero aquí se trata de algo diferente. No tenemos ninguna pista que apunte al autor. Una vez que sepamos lo que sucedió realmente, tendremos algo a lo que agarrarnos.

—Creo que entiendo lo que quiere decir —replicó *miss* Sanctuary—. Usted necesita una pista y no necesariamente una pista material, una colilla o una huella, sino que puede ser solo un motivo, una indicación del tipo de mente del criminal.

—Eso es —admitió el sargento cruzando las piernas y contemplando de nuevo fríamente el interior de su casco, en el que seguía sin haber ni rastro de Mrs. Budge—. Si tuviéramos *algo*, algo que apuntara a un asesinato, por ejemplo, actuaríamos de forma muy diferente, ¡se lo aseguro! Pondríamos la casa patas arriba, y a ustedes también... con los límites que nos ponen los jueces, claro —agregó en tono lúgubre.

*Miss* Sanctuary se estremeció.

—¡Oh! Espero que no sea un asesinato. No me gusta ese entusiasmo en su voz ni la forma en la que habla de ponernos patas arriba... —Hizo una pausa—. Creo que puedo ayudarle con algo... si me ayuda usted también a cambio.

El sargento se quedó perplejo.

—Por supuesto que puede contar con mi ayuda —respondió.

—¡Extienda sus manos!

Más desconcertado aún, hizo lo que le pedía. Ella colocó hábilmente una madeja de lana alrededor de ellas y comenzó a hacer una bola.

—Estas son las únicas veces que siento ser soltera —se lamentó—. Ni siquiera tengo un hermano o un sobrino. Es un motivo permanente de asombro para mí que los fabricantes de lana todavía se empeñen en vender su lana en madejas... Bueno, sargento, ahora que se encuentra indefenso, le diré algo. He estado pensando en algún pequeño detalle que le pueda ayudar a identificar a la persona que me atacó. Y anoche, justo antes de dormirme, me acordé de pronto de que la mano que presionó mi boca llevaba un anillo. Ya sabe lo sensible que es la piel alrededor de los labios y yo recuerdo lo doloroso que era ese anillo... Me pareció que no era una banda lisa sino que tenía algún adorno.

—¿Por qué lado de su cara le atacó?

—Por la izquierda.

—¿Y recuerda en qué dedo estaba el anillo?

*Miss Sanctuary* reflexionó.

—No era el meñique, ni el índice —dijo al fin—. Sería el segundo o tercer dedo.

Liberado de la lana al fin, el sargento apuntó una nota en su libro. “Anillo con banda adornada en el anular o corazón”, escribió.

—Eso debería ayudarnos algo —dijo—. Pero intente recordar alguna otra característica si puede. Estas pequeñas pistas aisladas no nos sirven de mucho. Bien, me tengo que marchar ya, voy a intentar sonsacar algo de información a Budge... una tarea más que difícil, para serle sincero.

El sargento escuchaba a Budge y pensaba que ese hombre debía de tener muchos enemigos, al igual que su esposa. “Es el tipo de hombre que se crea

enemigos”.

—Así que así están las cosas, sargento —concluyó Budge—. Me temo que no puedo darle ninguna información. ¿Quiere un cigarrillo?

Le tendió la pitillera. El sargento detuvo repentinamente en el aire su mano extendida. El dedo anular de la mano que sostenía la cajetilla lucía un anillo dorado con una banda en forma de dos serpientes entrelazadas.

—Bonito anillo —comentó—. Bastante original.

—Sí —respondió Budge—. Lo adquiriré en...

Pero el sargento nunca oyó el final de la frase.

—¡Cielo santo! —exclamó—. Pero, ¡¿quién berrea de esa manera?!

#### 4

El grito de *miss* Mumby no solo invadió todos los rincones del hotel sino que debió de ensordecer también a la multitud de curiosos que aún permanecían en la verja de entrada.

Pero justo en ese momento la atención de la muchedumbre estaba concentrada en otra cosa. Mrs. Salterton-Deeley salía de la casa para ir a trabajar a su *boutique*.

Para enfrentarse al pelotón en posición ventajosa, la dama se había esforzado en lucir el mejor aspecto posible. Llevaba colocada una especie de delicado nido de pájaros, de creación propia, en la parte izquierda de su cabello rojo, y en la mano cargaba con una sombrerera de piel que contenía otro sombrero en el que había estado trabajando.

La multitud le abrió paso en medio de murmullos y comentarios personales. Un chistoso llamó su atención:

—¡Eh, *miss*!, ¿se está llevando el cuerpo en esa caja?

El comentario pareció hacer mucha gracia a la plebe que estalló en risotadas. Envalentonado, el desconocido volvió a gritar con un descarado acento *cockney*:

—Muéstrenos el cadáver, señorita. ¡Sea comprensiva!

Mrs. Salterton-Deeley se enorgullecía de la familiaridad con la que trataba a las clases inferiores. Sonriendo, abrió el cierre de la sombrerera y levantó la tapa de buen humor.

—¡Aquí lo tienen!

Dentro había una cabeza humana cortada. La cabeza de Mrs. Budge.

## Capítulo 7 | *Dissecta Membra*

1

Mrs. Salterton-Deeley se desmayó desplomándose sobre el suelo empedrado. Durante un segundo, la multitud se quedó muda, paralizada por la sorpresa. Por vez primera vivían en primera persona los horrores sobre los que tanto habían leído en los periódicos y que les habían hecho acudir como buitres carroñeros a la escena del crimen. La anciana del sombrero que había intentado saltar la verja comenzó a soltar carcajadas histéricas salpicadas de grandes sollozos. Otras personas se retiraron a vomitar discretamente sobre el pavimento.

El tiempo se hizo eterno pero, en realidad, fueron solo tres minutos hasta que el policía de guardia en la puerta del hotel llegó hasta Mrs. Salterton-Deeley y, ayudado por el portero, se la llevó al interior del hotel junto con su siniestro paquete. Y solo habían pasado cinco minutos cuando el sargento Noakes, que bajaba las escaleras de dos en dos buscando el origen del chillido, se hizo cargo del caso.

El rostro del sargento, que ya había palidecido al ver la mano derecha cortada aparecida en el salón, se tornó lívido cuando le mostraron la horrible reliquia de la caja de sombreros.

—Aquí acaban nuestras dudas, en cualquier caso —dijo—. Un caso de asesinato claro como el agua. Me pondré en contacto con Bray para que venga de inmediato.

Mientras tanto, Charles estaba al teléfono con el *Post*, la edición vespertina del *Mercury*, relatando su versión de lo sucedido. El *Post* se adelantó una hora a sus rivales en ese histórico día y publicó la única historia procedente de un testigo ocular, con el efecto de que, al día siguiente, se había multiplicado el número de curiosos en la puerta del hotel.

2

Quedaban pocas dudas de lo que cabía esperar después de la aparición casi simultánea de la cabeza y una mano. Registraron el hotel a fondo y descubrieron que el cuerpo de la propietaria del hotel había sido diseccionado en pequeñas y prácticas porciones y, con un ingenio casi diabólico, había sido escondido en diferentes partes del hotel, sitios donde no era probable que se descubrieran de inmediato, pero donde solo era cuestión de tiempo que salieran a la luz.

La policía anotó cuidadosamente el momento del descubrimiento, el lugar y el receptáculo donde se había encontrado cada parte, y los restos completos se colocaron en una pequeña caja que se convirtió en una especie de urna mortuoria temporal.

Una edición tardía especial del *Post* publicó nuevos detalles y Charles pasó la mayor parte del tiempo visitando el teléfono para agregar nuevos párrafos a su historia.

En una de estas idas y venidas, después de dar el último toque a un sensacional artículo para la última edición, Charles se sobresaltó al tropezarse bruscamente con Bray.

—¡Dios mío, Bray! ¿Te han asignado a ti este caso?

El inspector detective Bernard Bray, C. I. D., y Charles Venables eran amigos de la infancia, ya que Bray era hijo del reverendo Timothy Bray, párroco de Tankards.

Bray se sorprendió aún más al ver a Venables que Charles al verlo a él.

—¡Vaya, Charles! Este es un lugar bastante curioso para un columnista de sociedad y, en todo caso, me sorprende que Noakes te haya permitido la entrada.

—No deberías sorprenderte tanto. Da la casualidad de que soy residente del hotel y, además, soy el actual reportero de sucesos y enviado especial estrella del *Mercury*.

Bray rio.

—Te burlaste bastante de mí hace unos años cuando me convertí en policía. Ahora tendrás que tratarme con el debido respeto, soy tu principal fuente de información.

—Puede que tengas que arrestarme, incluso —respondió Charles—. Tengo una coartada lo suficientemente sólida como para convertirme en el

principal sospechoso. Añade a eso el hecho de que solo llevo un día en el hotel y estoy casi listo para una confesión completa.

—Lamento que trabajes para el *Mercury* —replicó Bray con aire abstraído y cambiando bruscamente de tema—. No podré recurrir a ti en caso de necesidad. En cualquier caso, ¿te importaría no publicar ningún dato interesante que hayas averiguado hasta que finalice mi investigación preliminar? Me gustaría hablar contigo dentro de un rato, ahora tengo que marcharme. ¡Chau!

—¡Hasta luego! —respondió Charles y fue a reunirse con Viola.

### 3

Debido a que la humanidad no posee nada más sagrado que la vida, la ley del talión, que sigue siendo un pilar importante del sistema penal incluso en Inglaterra, otorga a la policía un poder y autoridad extraordinarios en caso de asesinato.

Mientras se trataba exclusivamente de una desaparición, los policías estaban situados solo un escalón por encima de los sirvientes, pero ahora se había producido un brutal ataque a la misma base de la sociedad y los detectives pasarían a rendir cuentas exclusivamente ante esta. Todos los secretos de la vida de los residentes del The Garden Hotel saldrían eventualmente a la luz y, en ese momento, nadie se podía imaginar hasta qué punto sería escabrosa la historia que iban a revelar...

En el salón donde estaban sentados Charles y Viola reinaba un silencio absoluto que solo interrumpió la entrada de *miss* Geranium, despeinada y con la cara enrojecida.

—He recibido la advertencia del Altísimo —exclamó, mirando amenazadoramente al coronel Cantrip—, y el mensaje era de peligro, ¡peligro para esta generación pecaminosa! La venganza es potestad del Señor y el dedo del Señor nos señala a todos. ¡Primero al tentador y luego al tentado!

La mujer avanzó bruscamente hacia el coronel.

—Usted será el siguiente —afirmó, señalando hacia él con un dedo firme—, ¡y usted también! —gritó girándose hacia *miss* Mumby, que acababa de entrar atraída por el alboroto—, por jugar con los espíritus de la oscuridad y

del mal. Y luego... será mi turno —gimió en tono desesperado—. ¡Señor, ten piedad de nosotros, pecadores!

El coronel se levantó de un salto.

—¿Cómo se atreve a dirigirse a mí de esa forma tan ofensiva? No tengo por qué aguantar esto, después de todo lo que he pasado. No lo haré, ¡no, señor! —exclamó estallando en lágrimas que no intentó reprimir, ante el asombro de Viola y Charles.

*Miss Mumby*, sin embargo, no pareció molesta por el arrebato y sonrió plácidamente.

—Bueno, bueno... —dijo—. Me parece que hoy estamos todos un poquito desquiciados, ¿no es cierto? Tranquilícese. Hay una carta en la habitación para cada uno de ustedes —dijo en un tono cargado de significado.

“Cargado de significado” para dos de sus oyentes, al menos, ya que *miss Geranium* y el coronel salieron disparados sin más hacia sus dormitorios.

—No creo que pueda soportar esta situación mucho más tiempo —declaró Viola—. Casi simpatizo con el coronel. Dije que este hotel era extraño, pero es mucho peor que eso. Ahora que la policía se ha hecho cargo del caso, debería pensar que todo se va a resolver pero, en realidad, tengo la impresión de que la situación se enreda cada día más.

—Sí, algo así se palpa en la atmósfera —admitió Charles—. A mí también me pone nervioso, tengo escalofríos cada vez que me quedo a solas con alguien. Aún así, no me iría de aquí ni aunque me pagaran mil libras. Tengo que llegar hasta el fondo de este asunto.

—Bueno, yo no me quedaría ni por mil —respondió Viola—, si no estuvieras tú aquí conmigo.

Charles se irguió y se esforzó en asumir un aire protector.

—Al menos —continuó Viola en tono grave—, con Mrs. Walton y Eppoliki quedamos cuatro lo razonablemente cuerdos para jugar.

Charles se recostó de nuevo.

—¡El *bridge*! —exclamó amargamente.

Bray nunca llegaba a ninguna conclusión ni aventuraba ninguna opinión hasta haber asimilado bien todos los hechos que parecían tener relación con el

caso. Su pasión por los hechos había sido la responsable de la brillante resolución de los tres casos que le habían hecho famoso. Era dudoso que alguien que no fuera él hubiera conseguido condenar a Twemling, por ejemplo, cuyo sutil método de envenenamiento por bacilos había supuesto un auténtico reto para la evidencia directa. El peso de todos los detalles acumulados por Bray, cada uno poco relevante en sí mismo pero condenatorio en su conjunto, había sido clave en la resolución de sus casos. Le gustaba exponer sus técnicas de investigación y explicaba, no sin cierta pedantería, que la investigación criminal es, en esencia, una reconstrucción del crimen en cuatro dimensiones en el *continuum* espacio-tiempo.

Bray había recorrido minuciosamente The Garden Hotel, incluso arrastrándose por el tejado, para fijar en su mente el plano general de la casa. Cuando sintió que manejaba a la perfección el marco espacial del asesinato, procedió a extenderlo a la cuarta dimensión. Todos los que se encontraban dentro del hotel fueron interrogados. Con pocas palabras pero mucha observación, el joven detective llenó gradualmente un cuaderno con los datos de todos los sospechosos que podían haberse cruzado con la posición geográfica exacta de Mrs. Budge a las nueve y media en punto.

## 5

Vestido con una bata blanca y guantes de goma, el Dr. Wuthering se enderezó apartándose de la mesa de autopsias.

—Fue asesinada alrededor de las nueve y media aunque, en el estado en el que está y con el tiempo que ha pasado, le doy un margen de unas cuatro horas antes o después. Murió estrangulada por un cordón fino, la línea de decapitación está por debajo de la línea de estrangulación. El cuerpo fue diseccionado al menos doce horas después de la muerte. Fue un trabajo limpio y profesional realizado por alguien con conocimientos anatómicos, pero no un cirujano. Quizá un médico general o un estudiante de medicina.

## 6

—¡Repugnante, absolutamente repugnante! —bufó el coronel Cantrip—.

Juro por Dios que tuve mi buena ración de horrores en la India pero nunca vi nada tan nauseabundo... No le culpo por berrear de esa forma —dijo a *miss* Mumby dando un tironcito a su bigote gris—. Yo también sentí ganas de gritar.

—¿De qué habla, coronel? ¡No grite, por favor, no grite! —imploró Mr. Nicholas Twing, que no se había enterado de nada.

Twing era el gerente de una agencia de préstamos en la *City*. El dinero parece tener dos efectos opuestos en aquellos íntimamente en contacto con él: o rellena sus cuerpos como un jamón o los seca como la mojava. En Mr. Twing la deshidratación había sido llevada más allá de toda lógica. Parecía una de esas cabezas jíbaras de Papúa, de rasgos perfectos pero reducidas a tan solo una fracción de su tamaño. Sus ojos negros y brillantes resaltaban en un rostro apergaminado y sus delicadas y pequeñas manos de uñas manicuradas parecían garras de buitre.

Colocó una de estas garras sobre el brazo del coronel, escrutándolo con su mirada penetrante.

—No me sorprende que quiera gritar —comentó en voz alta—. Tiene usted los nervios desquiciados, Cantrip.

—Bueno, ¿y eso le extraña? —preguntó el coronel irritado—. Es un poco molesto no saber si uno desaparecerá en el minuto siguiente y sus pedazos acabarán desperdigados por todo el hotel, ¿sabe?

Mr. Twing soltó una estridente carcajada.

—Es bastante inquietante, sí, sin duda. Y, tal y como yo lo veo, uno de los residentes de este lugar debe de ser el culpable. ¡Oh, no ponga esa cara! ¡Eso debe de resultar evidente hasta para usted! Aunque ninguno de ustedes, gente decente, parece capaz de hacer algo así. Incluso nuestro amigo, el militar jubilado aquí presente —Cantrip le señaló con un rápido movimiento de sus garras—, hace tiempo que ya no tiene agallas para matar, si es que alguna vez las tuvo... Y ¿qué significa eso? Que uno de nosotros es un loco, ni más ni menos, y es posible que ni siquiera sea consciente de que ha cometido un asesinato.

Los ojos de Mr. Twing se posaron en *miss* Mumby.

—Trances, sesiones espiritistas, alucinaciones... —declaró—. ¡Todo eso es tan significativo! —Y volviéndose repentinamente hacia Cantrip—: Y nuestro digno amigo, con su hígado cirrótico y aspecto apopléjico... todos conocemos las excentricidades de los caballeros militares retirados que no tienen nada en lo que ocupar sus mentes.

Se detuvo un momento y entrelazó sus manos huesudas.

—Incluso yo podría haber sido. ¡Oh, sí! Hasta yo mismo —admitió—. No recuerdo haberlo hecho, la verdad, pero puedo imaginarme a mi “yo inconsciente” obteniendo un gran placer estrangulando a alguien —hizo un gesto hacia *miss Mumby*, que se estremeció y dio un paso atrás—, y luego rebanándolo y repartiéndolo por aquí... y por allá...

—¡Santo cielo, Mr. Twing! —replicó *miss Mumby*—. Si le tomara en serio no me gustaría un pelo quedarme en este hotel con usted.

—Le voy a decir lo que pienso, Twing —comentó acaloradamente el coronel—, y es que como diga eso delante de la policía se va a encontrar en el calabozo en un abrir y cerrar de ojos. ¡Un loco maníaco, dice! Yo juraría que el tipo que asesinó a Mrs. Budge estaba buscando algo y Budge sabe lo que es. Lo que pasa es que Budge es un viejo diablo y probablemente no lo admita. Es más, esto que quede entre usted y yo, pero creo que es él quien tiene lo que buscan. No me considero un tipo particularmente observador, pero el amigo Budge lleva todo el día muy asustado.

—De todos modos, ahora tenemos a la policía aquí —declaró Mr. Twing con una sonrisa maliciosa—, y aquí se quedarán hasta que encuentren al asesino o, en su defecto, a alguien a quien puedan echar el muerto. Mientras tanto, meterán sus narices en los asuntos privados de todos nosotros y...

Avanzó hacia *miss Mumby* y le lanzó una mirada penetrante

—¿Aguantará su vida privada una investigación a conciencia? ¿Y la del coronel? ¿O la mía, sin ir más lejos?... ¡Oh, de acuerdo! No hemos asesinado, ni robado, ni chantajeado a nadie, pero todos tenemos nuestras pequeñas debilidades, ¿no es así?... Y todas saldrán a la luz.

*Miss Mumby* sacudió la cabeza.

—No me asusta, Mr. Twing. Si alguien debería estar asustado, creo que es usted. Como ciudadana prestaré a la policía toda la ayuda que pueda en la medida en que ayude a encontrar la solución a este terrible crimen. Más allá no estoy dispuesta a llegar. Si tratan de entrometerse en asuntos que no son de su incumbencia, se las verán conmigo.

*Miss Mumby* se cruzó de brazos y miró a Twing con fiereza.

—Una actitud excelente, ¡el verdadero espíritu de independencia escocés! —rio este—. Siga así, necesitará ese coraje. Y permítanme hacer una pequeña predicción: tendremos otro asesinato en este hotel antes de que seamos mucho más viejos. Pero, bueno, debo irme ya a trabajar.

Twing salió de la habitación, pero al llegar a la puerta se detuvo y se giró repentinamente.

—Un consejo, mi querida *miss* Mumby. No se ponga esa banda de terciopelo negro alrededor de su hermosa garganta blanca. Es demasiado tentadora para el subconsciente. —Hizo una mueca y un gesto de estrangulamiento con sus manos—. Lo está pidiendo a gritos, claramente. ¡Hasta un hombre cuerdo como yo difícilmente podría resistirse!

La puerta se cerró, pero aún escucharon su risa aguda mientras se alejaba por el pasillo.

# Capítulo 8 | Un mensaje de la víctima

1

La técnica de la investigación criminal se basa en la suposición de que el asesino deja tres hilos que guiarán al investigador hasta el centro del laberinto del delito. Los tres juntos serán lo suficientemente sólidos como para condenarlo. Si falta uno, el fiscal rara vez podrá tejer una cuerda lo suficientemente fuerte para los propósitos del verdugo.

El primero y más evidente es la posibilidad física. Si un asesinato ocurre entre las diez y las cuatro y solo cinco personas pasaron por ese lugar y vieron a la víctima en ese momento, ¿cuál de ellos está vinculado al asesinato por los otros dos hilos: el motivo y las pruebas materiales?

Un deseo apremiante de venganza, una pelea enconada, intereses personales... el investigador criminal puede seguir hasta el final el segundo hilo y solo necesita uno más, el tercero: la prueba. Pruebas materiales, como una huella dactilar, el revólver comprado poco antes, un trozo de tela...

Cada una de estas tres hebras puede confundir al investigador y hacer que se pierda en los innumerables vericuetos del laberinto pero, con paciencia y los grandes recursos de la burocracia, Scotland Yard vuelve al inicio una y otra vez y, tarde o temprano, suele seguir el rastro correcto y la caza se acaba.

La primera vía que eligió Bray fue la de la posibilidad física. ¿Fue alguien de dentro o de fuera? La eliminación posterior del cadáver apuntaba con fuerza a un trabajo interno. Además, si el asesino viniera del exterior habría tenido que escapar cuando las puertas ya estaban vigiladas, antes no habría tenido tiempo material... Podría haber huido por una de las ventanas, pero Bray lo consideraba improbable en una calle tan luminosa y concurrida. Mientras verificaba las coartadas, encontró las pruebas que descartaban una huida por las ventanas.

Kitty Higgins, una de las camareras, pareció algo confundida cuando le preguntaron dónde había estado entre las nueve y las diez. Declaró que era su tarde libre, pero Bray la presionó y pronto le sonsacó que a esa hora había

estado despidiéndose, largo y tendido, del panadero con quien había pasado la tarde. Habían vigilado continuamente las ventanas de la casa para comprobar que nadie les veía así que, en esas circunstancias, Bray consideró justificado considerar que los sospechosos tenían que ser los residentes del hotel y no alguien de fuera.

Sin embargo, la mayor parte de los residentes fueron descartados enseguida. Todo el personal de servicio tenía coartadas que se respaldaban entre sí. La enfermera estaba hablando con *miss* Sanctuary en el momento de su ataque y Eppoliki, el coronel Cantrip, Mrs. Walton, Venables y *lady* Viola Merritt poseían también una coartada firme. *Miss* Geranium y *miss* Hectoring se estaban preparando un vaso de leche caliente en ese momento.

Solo quedaban Mr. Winterton, Mr. Twing, el reverendo Blood, Mrs. Salterton-Deeley y *miss* Mumby. Estos declararon que habían permanecido en sus habitaciones entre las ocho y las diez pero no les había visto nadie así que, junto con Mr. Budge, fueron elegidos provisionalmente como posibles sospechosos.

Mr. Budge era el sospechoso principal porque había pruebas sólidas de que se encontraba en la escena del crimen en el momento aproximado del asesinato. Los otros también eran sospechosos ya que cualquiera de ellos podría haber dejado su dormitorio, entrado en la habitación contigua a la de Mrs. Budge, saltado por la terraza hasta el dormitorio y regresar sin ser visto. Se necesitaría mucha suerte y elegir el momento apropiado, pero era posible.

Como hipótesis de trabajo, Bray también admitió la posibilidad de que *miss* Sanctuary fuera cómplice del asesinato porque de esta forma habría facilitado mucho la labor del criminal. El ataque y las ataduras podían ser fingidas para desviar las sospechas. Sin embargo, esta hipótesis no le llevaba a ningún lado si no conseguía descubrir algún motivo que vinculara a *miss* Sanctuary con el asesino o con la víctima.

El problema inmediato de Bray era vincular a uno de los sospechosos con el crimen, ya fuera mediante una pista material o un motivo. La experiencia le dictaba que, excepto los delitos cometidos en un ataque de ira o pasión, la causa de un crimen suele ir ligada al dinero, así que pasó media hora revisando los papeles del escritorio de Mrs. Budge.

La propietaria del hotel tenía una mente ordenada. Todos los documentos de la gestión de la residencia estaban cuidadosamente clasificados. Su talonario y el cuaderno de contabilidad estaban al día, aunque faltaba el libro principal de contabilidad. Su correspondencia comercial estaba también correctamente archivada.

El escritorio de Mr. Budge, que Bray se tomó la libertad de registrar sin autorización previa, presentaba el mismo aspecto profesional. Bray echó un vistazo al libro de contabilidad en el que vio que el negocio de la lavandería sobrevivía y poco más. No vio ni rastro de correspondencia personal.

Bray pensó que este hecho era muy significativo en sí mismo. Una persona que no tiene amigos, o que destruye toda la correspondencia personal, es una criatura un poco extraña que pide a gritos que la investiguen. Así que dejó que el sargento Billings y sus esbirros completaran su metódica búsqueda de pruebas y decidió acudir a la firma de abogados cuya dirección había encontrado entre los papeles de Mrs. Budge.

## 2

Todo el mundo en Fleet Street conocía el despacho del propietario del *Mercury*, “el Jefe”, al menos de oídas. Estaba situado en el último piso de un reluciente edificio de color amarillo limón. Desde su ventana se divisaba el paisaje nublado del sur de Londres y, en días soleados, también el Palacio de Cristal, resplandeciente en la distancia.

El despacho era completamente cuadrado, con un suelo liso de roble y paredes pintadas en un tono más claro que el amarillo de la fachada. La puerta corredera estaba a ras de las paredes, prácticamente oculta, y la habitación se iluminaba mediante fluorescentes en el techo.

El escritorio del “Jefe” era una estructura sencilla y sólida, y nunca, en la historia del *Mercury*, había tenido más de un documento encima. Ese solitario documento era en lo que “el Jefe” estaba concentrado en ese momento.

No había teléfono a la vista. Sobre el escritorio, un dictógrafo se ocultaba bajo una rejilla y a través de ella se había oído, en alguna ocasión, la voz de un presidente de Estados Unidos, un rey desde Cannes o un célebre asesino amenazando con vengarse desde alguna remota república sudamericana.

“El Jefe” había heredado una institución. Un periódico no era para él un mero instrumento de lucro. Él era, ante todo, un periodista en activo. Al volver de un gran banquete o fiesta donde había sido agasajado como invitado de honor, su gran orgullo consistía en redactar con su letra redondeada un meticuloso informe del evento.

Incluso Charles, cuya imperturbabilidad lucía como el rasgo más apreciado de su carácter, se sintió algo nervioso al entrar en ese despacho y tomar asiento en la silla reservada a las grandes personalidades.

—Como amigo de la familia que soy, creo que te conozco mejor que nadie en este edificio, Venables —comenzó “el Jefe”—. Por eso presioné para que te encargaran este caso. ¿Podrás justificar mi confianza en ti?

Charles examinaba sus guantes minuciosamente.

—¿Mis artículos han cumplido sus expectativas hasta ahora? —preguntó.

—¡Oh, sí! Han sido excelentes, mi querido muchacho, excelentes. Como periodista, te felicito, como director de este periódico... quiero más. —“Por fin vamos al grano”, pensó Charles—. Cualquiera periodista competente puede informar sobre un asunto de este tipo, si se encuentra en tu misma situación.

“El Jefe” hablaba a Charles como si se dirigiera a su dictógrafo pero, en ese momento, le lanzó una mirada penetrante que Charles apenas consiguió esquivar con su monóculo.

—Te encuentras en una posición privilegiada y tienes cerebro. Averigua quién asesinó a Mrs. Budge o, por lo menos, encuentra alguna pista importante antes de que lo haga la policía para que el *Mercury* pueda llevarse el crédito; para que, cada vez que en el futuro escribamos sobre algún suceso, nuestro público piense en nosotros como el periódico que fue más inteligente que la policía. Adelántate a Scotland Yard esta vez, solo esta vez, y el *Mercury* habrá ganado diez años de legitimidad en casos de investigación. —Desechó con un gesto la incipiente protesta de Charles—. Oh, ya sé lo que me vas a decir: que los periódicos han tenido que abandonar las líneas de investigación propias por las leyes de difamación y de obstrucción a la justicia... Bueno, pues es sencillo: no calumnies y no te inmiscuyas en el trabajo de la policía. Bray es amigo tuyo, ¿no es así? Recuerdo haberle visto alguna vez por Tankards.

—Haré lo que pueda —replicó Charles humildemente. No era una respuesta a la altura, pero era todo lo que se le ocurría en ese momento. Se sentía como si la desbordante personalidad del “Jefe” ocupara todo el espacio disponible presionándolo a él contra la pared.

—¿Cuál es tu opinión sobre el caso? —preguntó “el Jefe”.

—Tengo una teoría tan fantástica que preferiría enterrarla de momento en el fondo de mi mente y proceder de forma ordinaria —respondió Charles—. La línea normal de investigación es la siguiente: ciertas personas podrían haber cometido el asesinato, ¿quiénes son? Hay que revisar sus coartadas. Mera rutina. Además, ciertas personas podrían haber diseccionado el cuerpo, ¿quiénes? Hay que revisar sus coartadas. Si solo hay una persona en ambos grupos, se trata del asesino.

—Pero, ¿es eso verdad? —preguntó “el Jefe”—. En Oxford, yo era bastante bueno en lógica y diría que esa deducción solo se sostiene si el asesino y quien eliminó el cadáver fueron la misma persona.

—Cierto —admitió Charles—. Pueden ser personas diferentes y, si es así, que Dios nos ampare... El caso se va a enredar de tal manera que no sé cómo se va a resolver. En ese caso, la clave será el motivo. ¿Por qué matar a Mrs. Budge, una criatura completamente inofensiva que se limitaba a realizar su trabajo de forma eficiente?

“Puede que no exista ningún motivo aparente, claro. Sería la salida más fácil, pues cualquier discrepancia estaría permitida, no se puede esperar que un maníaco obre de forma racional. Pero desconfío de esa teoría por principio. Parto de la base de que el asesino es mucho más inteligente que yo y que nadie hace nada sin una causa”.

“Lo más inquietante de este caso es que Budge es el sospechoso más obvio, a gran distancia de los demás. Y da la casualidad de que sé de buena tinta que la pareja se llevaba mal. Si él es el asesino, el *Mercury* no tendrá nada que hacer porque la solución caerá en el regazo de la policía como una manzana madura. Sin embargo, me aferro a mi opinión de que Budge es un tipo inteligente. Le creo bastante capaz de asesinar a alguien pero, si lo hiciera, conseguiría una buena coartada como fuera. Y, por lo que he visto, ese pobre diablo no la tiene”.

—El crimen siempre me ha interesado —comentó “el Jefe”—. Tengo la teoría de que el criminal se traiciona a sí mismo, no en el hecho en sí, que planifica con sumo cuidado, sino después, cuando le acosa la ansiedad, tal vez incluso el remordimiento. El criminal suele regresar a la escena del crimen, tal vez para reforzar su coartada o cubrir sus huellas, eliminar testigos... Aunque la investigación preliminar de la policía no haya revelado nada aún, es posible que dé un paso en falso.

La voz del “Jefe” calló. Desde la calle se oían las voces afiladas de los vendedores de periódicos con la última edición de la noche. El rumor del tráfico se oía en la lejanía y la puesta de sol tornó el Palacio de Cristal en un topacio azul brillante.

3

—He visto los periódicos, claro —dijo Mr. Tarr alargando la mano hacia una caja de puros—. Y le estaba esperando.

Tarr, de Waters&Tarr de Bedford Row, no era el típico abogado de novela con un despacho lleno de telarañas. Bray, al entrar, se encontró con unas lujosas oficinas paneladas en roble y unos abogados de aspecto próspero y cosmopolita que recordaban más a un banco que a un bufete.

—Entiendo que usted es el abogado de familia de Mrs. Budge —sugirió Bray.

—No exactamente el abogado de familia —sonrió el abogado—. Mrs. Budge era una de nuestras mejores clientas, pero sabemos muy poco de sus asuntos personales y nada de su vida antes de que entrara en este despacho, hace unos cinco años.

—¿No se la presentó nadie? —preguntó Bray.

—No —respondió Tarr, quitándose las lentes y limpiándolas distraído. Parecía medir bien sus palabras—. Como empresa tenemos nuestras tradiciones, inspector, pero nos enorgullecemos de estar al día con los tiempos. La época de la aristocracia ya ha pasado. A los profesionales, pobres diablos como nosotros, no nos queda otra que hincar la rodilla ante la plutocracia. En ese sentido, Mrs. Budge no necesitaba ni referencias ni presentaciones.

“Es evidente que albergaba sospechas sobre la dama”, pensó el inspector. En voz alta, dijo: —¿A cuánto ascendía aproximadamente el patrimonio de Mrs. Budge?

Tarr dudó.

—Naturalmente, no estoy preparado para dar ninguna cifra concreta. La herencia puede tener deudas de las que no sabemos nada, pero el patrimonio de Mrs. Budge debe de rondar aproximadamente... entre cincuenta y cien mil

libras esterlinas.

—¡Diablos! —exclamó Bray—. ¡Eso es mucho más de lo que cualquiera podría imaginar! ¿Cómo consiguió esa fortuna?

—Nunca he estado en The Garden Hotel —respondió el abogado sorprendido a su vez por la extrañeza del policía—, pero es evidente que es un negocio muy rentable. Me imagino que es un lugar grande y exclusivo y sé que mi clienta y su esposo vivían de una manera muy sencilla.

—The Garden Hotel es, en realidad, una pequeña pensión de Kensington —replicó Bray—. En este momento tiene doce huéspedes y su capacidad máxima es de veinte.

Fue el turno de Tarr de sorprenderse.

—¡Cielo santo! ¡Me parece casi increíble! Mrs. Budge ahorra más de diez mil libras al año y siempre pensé que eran los beneficios del hotel.

—Bueno, pues olvide esa idea —replicó Bray bruscamente y se mostró complacido al ver molestarse al abogado—. ¿Cómo puedo averiguar el origen de ese dinero?

—Le sugiero que hable con Vernon, el gerente de su banco. Aunque le advierto que él pensaba lo mismo que yo y es posible que no pueda ayudarlo.

—Mandaré a mi agente Samuel a hablar con él. Es un contable experimentado y si alguien puede averiguar de dónde proviene cada centavo del dinero de Mrs. Budge, ese es él. Mientras tanto, me gustaría hacerle otra pregunta: ¿tiene alguna razón para creer que Mrs. Budge tenía enemigos?

El abogado meditó un momento.

—Hasta el día anterior a su asesinato, mi respuesta habría sido negativa, sin duda alguna. Pero ese día sucedió algo que me lleva a pensar que es probable que Mrs. Budge tuviera miedo de algo.

El detective centró todo su interés en el abogado.

—Ese día, Mrs. Budge entró en mi despacho y me dijo que deseaba hacer testamento, ya que no quería morir intestada y dejar a su marido desprotegido. Aunque yo, en principio, estaba de acuerdo con ella, le señalé que su esposo heredaría igualmente, puesto que no tenían descendencia. Ella insistió en hacer testamento en ese momento y dejar todas sus propiedades, reales y personales, a su esposo. La frase original de mi borrador era “a mi esposo, George Edward Budge”, pero ella insistió en tachar las palabras “mi esposo”.

El abogado hizo una pausa como si esperara algún comentario.

—De lo que se podría deducir que, a los ojos de la ley, el nombre de

George Edward Budge era una descripción más correcta que “mi esposo” — observó Bray.

—Exactamente —contestó el abogado, complacido de haber conseguido transmitir su punto de vista sin comprometerse—. Naturalmente, no hice ningún comentario, ya que este tipo de situaciones no son infrecuentes. Pues bien, después de firmar el testamento ante testigos, hizo un comentario que, a la luz de los acontecimientos posteriores, me parece profundamente significativo. Me entregó un sobre sellado diciéndome estas palabras... Perdóneme un momento, tomé nota inmediatamente después de que ella se fuera para que no se me olvidara la expresión exacta...

El abogado rebuscó en sus papeles mientras Bray se recostaba con la alegre sensación del perro de presa que por fin ha encontrado el rastro. Tarr le entregó un pedazo de papel en el que estaba escrito:

*“Mrs. Budge desea que este sobre sea entregado a la policía si su muerte se ve rodeada por alguna circunstancia sospechosa. Si, por el contrario, quedara perfectamente claro que la muerte ha sido natural, se destruirá sin ser abierto”.*

Mr. Tarr entregó el sobre sellado al detective.

—Sugiero que, como su asesor legal, abra el sobre en mi presencia — añadió en un tono profesional del que no logró eliminar la curiosidad.

Bray abrió el sobre y lo leyó. Se produjo un largo silencio. El abogado manoseó el cuello de su camisa. Bray levantó la vista y dijo con gravedad:

—Esto es casi una sentencia de muerte.

Tarr le arrancó, literalmente, el documento. La última comunicación de Mrs. Budge era breve y precisa:

*“El testamento redactado en el día de hoy a favor de George Edward Budge ha sido realizado como resultado de sus violentas amenazas y no por mi propia voluntad. No es mi marido ante la ley y por la presente declaro que cualquier legado a su favor se ha hecho completamente bajo presión.*

*Louisa Deering (conocida como Louisa Budge)”.*



# Capítulo 9 | Budge versus Bray: primera ronda

1

A su regreso al hotel desde el despacho del abogado, Bray se encontró con Charles.

—¿Qué hay de esa charla que íbamos a tener? —preguntó Charles a Bray—. ¿No tienes ninguna noticia que me proporcione una buena historia para el *Mercury* de mañana?

—A decir verdad... —respondió Bray—, pero esto no es para que lo publiques, hoy probablemente se producirá un arresto.

Charles se quedó asombrado.

—¿Qué rapidez! ¡Pobre diablo, Budge!

Un detective de la policía debería ser inmune a las pequeñas miserias y celos humanos, pero a Bray le irritó el hecho de que Charles llegara a la conclusión correcta con tan poco esfuerzo.

—Sí, se trata de Budge —reconoció— ¿Ha sido una corazonada?

—Principalmente —admitió Charles—. Budge es el asesino más evidente desde el punto de vista de la oportunidad. Claro que él no lo hizo. No me imagino a un propietario de lavandería desmembrando cuidadosamente un cuerpo. A juzgar por la condición en la que me devuelve las camisas del lavado, le bastaría con meterlo en una de sus máquinas infernales para destrozarlo en mil pedazos.

Bray rio.

—Me haces creer que esa es la clase de motivos por los que condenarías o absolverías a alguien, Charles. Por desgracia, tenemos que trabajar con hipótesis menos originales en Scotland Yard. Budge no solo tuvo oportunidad, también tenía un motivo y encontraremos pruebas que demuestren que fue él el responsable del desmembramiento, aunque tengamos que tirar abajo el hotel.

Charles miró a Bray con severidad a través de su lente.

—Creo que sospechas del pobre Budge solo porque has descubierto que amenazó con asesinar a su esposa si ella no hacía testamento a su favor.

Bray se quedó boquiabierto y miró a Charles con un aire de profunda sospecha.

—¿Cómo diablos lo sabes?

—Elemental, querido Watson. Lo deduje como el tipo de motivo que haría creer al Yard que Budge es el asesino.

—¡Bah! —gruñó Bray—. Dime cómo lo has descubierto.

Charles cedió y le contó la conversación que había escuchado en su primera visita al The Garden Hotel.

—Así que ahí tienes —dijo el periodista triunfante—. Y, si tienes un minuto, me gustaría contarte una teoría propia sobre cierto caballero que podría referirte muchas más cosas de lo que ha hecho hasta el momento.

—Lo siento, no puedo perder el tiempo ahora con tus teorías —replicó Bray bruscamente—. Voy a tener una pequeña charla con Budge. Pero... por los viejos tiempos y con la condición de que no hagas uso sin mi permiso de lo que vas a oír, te permito venir conmigo a la entrevista con Budge.

—Está bien —aceptó Charles—, aunque, después de tantas novelas de detectives publicadas, me sorprende el poco caso que Scotland Yard sigue haciendo al aficionado cuyas brillantes deducciones son inevitablemente correctas.

En el trayecto se encontraron con Billings.

—Venga conmigo —susurró este al oído de Bray.

Los ojos de Bray se iluminaron y los tres entraron en la habitación de Budge

Billings levantó la tapa de la cesta de ropa con un gesto de prestidigitador y Charles se sintió decepcionado al encontrarla vacía. Los dos policías se inclinaron con energía mientras Billings iba señalando los sitios de los que había sacado un cabello humano y un par de hebras de hilo blanco, ahora resguardadas en sobres transparentes debidamente identificados.

—El cabello es idéntico en textura y color al de Mrs. Budge. Las hebras coinciden con la tela de su camisón y creo que he encontrado el desgarrón del que proceden. Parece claro que el cuerpo fue encajado dentro de esta cesta y aquí se quedó durante algún tiempo. Hay ciertas deformaciones que respaldan esta teoría.

Bray sonrió irritado a Charles.

—Esto se pone cada vez más interesante —dijo y su rostro se nubló por un momento—. Me parece casi increíble que Noakes haya pasado la cesta por

alto cuando registró la habitación después de la desaparición.

—Si el cuerpo estaba metido en la cesta, el asesino podría arrastrarlo de un sitio a otro con bastante rapidez —sugirió Charles—. Probablemente lo dejó en otra habitación mientras el sargento registraba esta y luego lo devolvió a su sitio original en cuanto tuvo oportunidad.

Bray reflexionó un instante calibrando el horario y los tiempos que Noakes había preparado tan cuidadosamente.

—Sí, es posible —admitió—, y eso le permitiría elegir el momento y el lugar para el desmembramiento del cadáver... ¿Has descubierto algo más, Billings?

—Aún no, inspector. Pero avanzamos despacio, este hotel es un sitio muy grande.

—Bueno, pues continúa y mantenme informado.

Billings se cuadró y se marchó.

—Según mi experiencia —observó Bray—, cuando por fin se identifica el vínculo entre el muerto y el culpable las cosas comienzan a avanzar y las pistas se multiplican. Si pudiéramos conseguir algo que conecte el desmembramiento con Budge, tendría el caso en el bolsillo.

—Vamos, vamos, ¡eso está hecho! —dijo Charles—. Estira esa espalda, olvida las imposiciones de los jueces y... ¡a por Budge!

## 2

—Creo que soy la única huésped del hotel que no tiene una teoría sobre el asesinato —se quejó *miss* Sanctuary a Viola—. Casi todos han venido a mí en un momento u otro para contarme su hipótesis favorita con la esperanza de que yo les dé la razón —agregó suspirando—. Y todo lo que puedo decirles es que no puedo ayudarles, solo recuerdo algún detalle sin importancia y ya se lo he contado a la policía.

*Miss* Sanctuary estaba sentada en una pequeña habitación de la planta baja que, aunque era una sala común, había quedado tácitamente reservada para ella como refugio temporal. Viola se había quedado aturdida al entrar y ver la cantidad de metros cuadrados de jersey que se habían tejido en esa habitación desde la llegada de la anciana. El clic constante de las agujas de *miss* Sanctuary debía tener una cualidad relajante, ya que Viola no era la

primera en entrar en esa habitación y abrir por completo su corazón a su ocupante.

—Lo más decepcionante de todo este asunto —comenzó Viola— es que los cinco candidatos más probables al papel de asesino tienen coartadas de hierro. Eppoliki, por ejemplo, el siniestro oriental de pasado misterioso; Mrs. Walton, una asesina tan poco probable que cualquiera sospecharía de ella y... Charles y yo, claro, que debemos de parecer incluso más sospechosos que Mrs. Walton.

—Me alegra que leas novelas de detectives, querida —comentó *miss* Sanctuary—. Yo también lo hago. Y déjame que te diga que tu coartada no es perfecta. No se puede probar que el asesinato se cometió justo en el momento en que estabas jugando al *bridge*... Tampoco, en realidad, que la persona que me atacó fuera el asesino. En algún momento se me ha pasado por la cabeza la fantástica idea de que mi atacante fue la propia Mrs. Budge.

—¡Qué idea tan buena! —exclamó Viola—. Creo que usted sería una detective espléndida si lo intentara. Piense en la inmensa ventaja de quedarse aquí sentada y que todo el mundo se turne para venir a contarle secretos.

*Miss* Sanctuary sonrió.

—Quizás me ofrezca a ayudar a la policía si se quedan atascados... Mientras tanto, te voy a contar algo a ti. Creo que la policía va a arrestar al pobre Mr. Budge. Me he enterado por casualidad de que las cosas se han puesto bastante, bastante feas para él... El inspector Bray se ha pasado por aquí hace un momento y tenía una especie de ansia de sangre en su mirada...

—Bueno, pues estoy segura de que se equivocan —declaró Viola—. ¡Pobre tipo! Espero que consiga librarse.

—Scotland Yard nunca comete un error —afirmó *miss* Sanctuary con seguridad. Pero había cierto brillo en sus ojos...

### 3

El inspector y Charles entraron en la ya famosa sala de estar de la *suite* de los Budge. Este estaba sentado delante de una mesa y revisaba un montón de correspondencia mientras miraba con desaprobación a los dos corpulentos policías que se arrastraban por el suelo de la habitación y tomaban innumerables medidas, todas aparentemente inútiles.

—Lamento no haber sido de mucha ayuda, inspector —dijo la desprevenida víctima de la ley reclinándose en su silla giratoria—. Desde la tragedia todo está manga por hombro y yo no doy abasto intentando que el hotel funcione como siempre.

—Bueno, quizá nos pueda dedicar algo de tiempo ahora —respondió fríamente el inspector, plantando una silla a su lado con tal energía que el otro, a menos que fuera especialmente torpe, no podía dejar de ver que iba a ser sometido a un minucioso escrutinio.

—Usted dirá —dijo Budge. Su tono era neutro y su rostro inexpresivo pero Charles vio que su nuez se movía arriba y abajo en señal de angustia.

—Hay ciertos asuntos que han llegado a conocimiento de la policía, Mr. Budge —comenzó Bray en tono pomposo—, y que se remiten a un momento anterior a la muerte de su esposa. No le pido que haga ninguna declaración que le incrimine, pero le agradecería que aclarara este tema...

Mientras Bray elegía con cuidado sus palabras, el color fue desapareciendo de la cara del otro hasta volverse del tono apagado de un viejo pergamino. Sus ojos vagaron por la habitación como buscando una salida e hizo una pausa de un minuto completo antes de hablar. Cuando por fin le vinieron las palabras, su tono era de miedo y resignación.

—Sabía que saldría a la luz antes o después —dijo—. Será mejor que se lo cuente todo.

En ese momento Bray cometió un tremendo error, perdonable en esas circunstancias, pero un error muy grave, no obstante, del que se arrepentiría amargamente en días posteriores. “No mostrar tus cartas, ni forzar una confesión” eran reglas en las que creía profundamente. Pero en ese momento rompió ambas.

—Será lo mejor para usted. La policía tiene pruebas de dos fuentes diferentes de las amenazas que hizo a su esposa.

El rostro de Budge se convirtió en ese momento en un campo de batalla de emociones. El color volvió gradualmente a su rostro y su expresión de miedo se convirtió en sorpresa.

—¿Quiere decir...? —preguntó y se detuvo.

—Quiero decir —repitió Bray irritado— que el abogado de su esposa me entregó esto... —y le pasó la nota con la declaración de Mrs. Budge.

Budge la leyó una vez. Y luego la releyó de nuevo, lentamente. Charles notó que estaba calibrando desesperadamente su respuesta.

—¡Dios mío! —exclamó por fin—. ¡La muy canalla!

El inspector le miró con severidad.

—Tenemos pruebas que confirman que usted amenazó a su esposa.

Budge taladró al inspector con una mirada serena y cautelosa en la que no quedaba ni rastro del miedo anterior. Charles notó el cambio de actitud, no sin sentir cierta maliciosa satisfacción. Bray lo había notado igualmente, pero no dio más señales de irritación que un ligero rubor en sus mejillas.

—Mi querido inspector, es evidente que es usted un hombre soltero. De lo contrario, sabría perfectamente que no es raro que durante una pelea matrimonial se profieran amenazas que no significan nada, como retorcer el cuello. ¿Cree que algún jurado me condenaría sin más prueba que esta? Mi esposa estaba histérica cuando escribió la nota y, si no hubiera sido por la tragedia, en un día o dos habría llamado a sus abogados y habría ordenado destruirla. Por otra parte, dígame... ¿dónde ve usted el motivo?

Bray no se ofendió por la insolencia calculada del tono del otro.

—El motivo es una herencia de, déjeme pensar, algo más de cien mil libras esterlinas.

Budge no replicó a esto.

—Además, la enfermera Evans le vio salir de la habitación después del ataque por la única salida posible —prosiguió Bray—. Y tenemos pruebas firmes de que el cadáver de su esposa estuvo escondido en la cesta de su dormitorio durante algún tiempo.

Budge se levantó y miró a su interrogador.

—Juro ante Dios que yo no participé en el asesinato de mi esposa —afirmó con seriedad—. Encuentre al que hizo ese trabajo horrible con el cadáver, inspector, y tendrá a su hombre. Le repito, una vez más, que en todo esto se esconde mucho más de lo que se ve a simple vista. ¿Le parezco un hombre inteligente, inspector? ¿Piensa que yo tocaría un pelo de la cabeza de mi esposa mientras pudiera compartir sus ingresos estando viva y heredar su patrimonio si moría de muerte natural? Pregunte a Tarr si mi esposa, pobre criatura, me escatimó alguna vez cualquier suma de dinero que yo le hubiera pedido y no prestará tanta atención a la histérica nota de una mujer estresada.

Bray se puso en pie.

—No me voy a andar por las ramas, Budge. Supongamos que es tan inocente como afirma. Hasta ahora no le he acusado de nada, ni lo haré hasta que tenga la orden en el bolsillo. Pero sabe muchas cosas de este caso que no

me ha contado. Si es inocente, la colaboración con la policía le ayudará a establecer esa inocencia. De no hacerlo, será responsable de complicidad, como mínimo.

—Ya me ha acusado de asesinato, ¡maldita sea! —replicó el hombre, sombrío—. No voy a decir ni una palabra más.

El suave contorno del rostro de Bray se endureció.

—Bueno, ya tendrá tiempo de pensarlo de nuevo en la cárcel.

—No me puede arrestar sin una orden —replicó Budge al instante.

—¡Oh, sí! Claro que puedo —respondió el otro—. Le puedo detener como testigo clave.

Charles, divertido, esperó a ver cómo funcionaba el farol de Bray ante Budge. El efecto fue sorprendente. Budge estalló en carcajadas con el tono forzado de quien ríe rara vez.

—Así que me metería en la cárcel, ¿verdad? —dijo al fin—. Bien, lo único que le digo es esto: hágalo, inteligente señor policía, y le juro que en este hotel se desatará el infierno.

Bray, experto en detectar las emociones subyacentes de los testigos, advirtió que Budge lo decía en serio. La idea de ir a prisión le asustaba menos que la sospecha de lo que pasaría en el hotel durante su ausencia. Por un momento, se sintió confundido.

Mientras tanto, Budge se puso en pie con el ceño fruncido. Estaba absorto en sus pensamientos.

—Escuche, inspector —dijo finalmente—. Ya le he dicho que hay algo sucio detrás de la muerte de mi esposa. ¿Me concederá media hora sin vigilancia si le garantizo que después de ese tiempo puedo aportar pruebas definitivas de que no tengo nada que ver con el asesinato?

Bray vaciló. Su caso estaba incompleto y no podía correr el riesgo de detenerlo con una mera sospecha como justificación.

—De acuerdo. No me moveré de aquí, pero usted no debe salir del edificio.

—Gracias —respondió Budge y salió de la habitación.

Bray llamó a Billings.

—Comprueba que Budge no sale del hotel. En el interior puede hacer lo que le plazca, no le vigiles a él, vigila solo las puertas de salida.

—Y ahora, *¡oh, fuente de todo conocimiento!*, ilumínanos sobre cómo, en tu opinión, Budge logró cometer el asesinato —dijo Charles burlón.

—La reconstrucción es bastante fácil —respondió Bray—. La única duda es cómo consiguió entrar en la habitación. Tal vez se coló por la ventana desde la terraza cuando *miss* Sanctuary le dio la espalda. O bien esperaba escondido en la habitación. El armario es enorme y sería un escondite excelente... Hasta ahí, todo tiene sentido. Cuando *miss* Sanctuary se dirigió a la puerta y habló a la enfermera, él pudo acercarse en silencio, apagar el interruptor de la luz y agarrarla por detrás. Como habrás notado, la puerta del dormitorio tiene una de esas cerraduras complicadas que, incluso con la llave puesta, se bloquean automáticamente al cerrar de golpe. Él la arrastró hacia atrás, cerró la puerta con el pie y ella quedó a su merced, incapaz de reconocerlo. La dejó inconsciente, encendió la luz y la ató pensando que la anciana no podría identificarlo. Pero ella sí notó algo. Recuerda que el anillo que llevaba su agresor en la mano izquierda tenía el aro decorado. —Bray hizo una pausa—. Igual que el de Budge.

—Ese dato es interesante —respondió Charles inmerso en sus pensamientos—. Aunque miles de personas llevan ese tipo de anillos, podría ser una coincidencia.

—Podría ser —convino Bray—. Ese detalle aislado no significa nada. Es un eslabón más de la cadena. Sin embargo, si lo unimos al motivo, los medios y la cesta de su habitación, se convierte en una pista crucial.

“Budge, en mi opinión, encerró a *miss* Sanctuary en el armario para que no fuera capaz de identificarlo si recobraba el conocimiento. Ese movimiento fue muy inteligente por su parte. Estaba más seguro con ella en el armario que si se limitaba a vendarle los ojos”.

“Luego se ocupó de su esposa inconsciente. La mató con rapidez, sacó su cuerpo de la cama, la sacó por la terraza y la escondió en la cesta de ropa. Si le veían trasladar la cesta, no sería algo que despertara sospechas, ni comentarios. Como tú mismo has sugerido, sería sencillo arrastrarla de una habitación a otra esquivando el registro de la policía hasta que pudiera deshacerse del cuerpo en pequeñas piezas”.

—Un método de eliminación —señaló Charles— que, según tu propio experto, Wuthering, exige los conocimientos de al menos un médico general o

un estudiante de medicina.

—Puede que tenga esos conocimientos —dijo Bray—. Hasta ahora no he conseguido descubrir absolutamente nada de su vida anterior.

Charles sacudió la cabeza lentamente.

—Esa reconstrucción es inteligente, Bray, pero apunta a Budge como puede señalar a cualquier otro. El caso no está bien atado y lo sabes.

—Espera y verás —respondió Bray con gravedad.

—¿No tienes miedo de que ahora que se siente acorralado pueda ingerir veneno o saltar por la ventana? —preguntó Charles con una sonrisa burlona.

—Los asesinos nunca se suicidan, excepto en las novelas —respondió Bray abstraído—. Los suicidas y los asesinos son polos opuestos. ¿Realmente crees que Budge va a regresar con alguna prueba definitiva de su inocencia?

—No solo lo creo, sino que lo sé —respondió Charles tranquilo.

Charles se recolocó el monóculo, tomó una copia del *Mercury* que estaba sobre la mesa y releyó su artículo por tercera vez mientras la manecilla del reloj marcaba los segundos. Mientras tanto, Bray salió de la habitación para repasar los informes de sus hombres.

Veinticinco minutos después regresó y encontró a Charles ojeando su antigua columna de sociedad con una expresión de profundo disgusto. Su sustituto no había desperdiciado la ocasión y seis párrafos completos estaban dedicados a la decoración del nuevo piso de su *innamorata*.

—¡Uf, baños de color rosa! —exclamó Charles irritado.

Alguien llamó a la puerta y Budge entró silenciosamente. Le seguían la figura demacrada de *miss Mumby* y la corpulenta y calva de Winterton. Se detuvieron tímidamente junto a Budge.

—La noche del asesinato yo estaba con estas dos personas —dijo este sin más preámbulos—. Creo que podrán convencerle de que sus sospechas son infundadas.

Bray alzó una ceja inquisitiva hacia *miss Mumby*.

—La noche del asesinato —declaró *miss Mumby* sin pestañear, mirando a Bray a los ojos—, Mr. Budge vino a mi *suite* para hablar sobre el deterioro que, según él, habían causado mis mascotas en el salón. Discutimos del tema durante aproximadamente media hora y luego se marchó, uno o dos minutos antes de las nueve y media.

—¿Está absolutamente segura de la hora? —preguntó Bray con

incredulidad.

—Ciertamente. Antes de irse, comentó que mi reloj se atrasaba diez minutos y que eran realmente las nueve y veintiocho. No le creí hasta que oí el carillón de St. Michael que demostraba que tenía razón.

Bray se volvió hacia Winterton.

—Mr. Budge me visitó en mi habitación la noche del asesinato por una queja que le había puesto sobre unas camisas que había enviado a la lavandería —afirmó Winterton—. La forma en que los cuellos habían encogido era realmente intolerable, así que le escribí y se lo dije. Recuerdo que Budge entró en mi habitación comentando que había tenido una pequeña discusión con *miss* Mumby sobre la hora que era. Comparamos los relojes y coincidían en que eran las diez menos veintiséis minutos. Budge no se quedó mucho rato, solo el suficiente para prometerme que investigaría el asunto y he de reconocer que se disculpó profusamente. Se quedó, como mucho, diez minutos conmigo.

Winterton chasqueó la lengua y miró desafiante al policía.

Las sensaciones de Bray solo podían compararse a las del galgo que persigue a la liebre eléctrica por la pista y esta, de repente, se esfuma en el aire. Budge había conseguido justificar sus movimientos al minuto. Solo podía haber dejado la habitación de Winterton un minuto antes de que la enfermera Evans se lo encontrara en el pasillo.

—¿Por qué ninguno de ustedes me dijo nada de esto cuando les interrogué ayer sobre sus movimientos? —preguntó Bray con severidad.

Winterton le observó con mirada bovina.

—No sé qué relación puede tener mi queja de las camisas con el asesinato —dijo tercamente.

Bray hizo un último esfuerzo.

—¿Ambos están dispuestos a jurar cada detalle de esta historia delante de un tribunal de justicia?

—Ciertamente —espetó *miss* Mumby.

—Por supuesto —resopló Winterton.

—Muy bien —respondió el inspector rindiéndose ante lo inevitable—. Estas declaraciones explican satisfactoriamente sus movimientos, Budge, así que dejaremos el tema aparcado de momento.

—Gracias, inspector —respondió Budge más animado—, espero que se dé cuenta de que ha ido demasiado lejos en su deber.

Los ojos azules del detective mostraron una profunda irritación, pero no dijo nada.

Budge se dio medio vuelta y se marchó. *Miss Mumby* le siguió con pasos desgarrados. Winterton salió tras ellos, limpiándose la frente con un pañuelo.

Cuando la puerta se cerró, Charles habló:

—“¡*Oh, qué fragarante día, jujurujúu, jay, jay!*<sup>[2]</sup>” —citó riendo y girando su monóculo hasta que este se convirtió en un brillante disco de fuego —. ¡Qué coartada más increíblemente perfecta!

Por un momento, Bray le miró como si fuera a explotar y, tomando una almohada como única válvula de escape disponible, se la lanzó con todas sus fuerzas.

—Sí, ya me imagino cómo te sientes —replicó Charles con simpatía.

## Capítulo 10 | *Miss Mumby se delata*

1

—Este tipo de cosas son bastante frecuentes —comentó Bray filosóficamente en una charla posterior con Charles—. No es raro golpearse contra una pared una y otra vez antes de encontrar la dirección adecuada. En cierto sentido, la perfección de la coartada de Budge nos ayuda. Lo excluye definitivamente de mi lista de sospechosos. Ahora solo me queda volver al principio y comenzar de nuevo.

Charles no podía por menos que admirar la infinita paciencia de Scotland Yard.

—Lo malo de este caso es que, dado que el culpable es uno de los residentes —continuó Bray con tristeza—, no es probable que haya ninguna prueba física que relacione directa y exclusivamente al asesino con la víctima. Es fácil, por ejemplo, que todos los sospechosos hayan visitado la *suite* de Mrs. Budge muchas veces y todos habrán dejado huellas.

—No desesperes —le respondió Charles con simpatía—. Recuerda “*el motivo*”: *el gran amigo del policía*.

—Sí —aceptó Bray—. Este caso se va a resolver cuando conozcamos el motivo. Pasan cosas muy raras en este hotel de aspecto tan normal y, si podemos llegar al fondo de ellas, desentrañaremos el motivo.

—¿A qué cosas raras te refieres? —preguntó Charles.

Bray le contó brevemente lo que había descubierto sobre los grandes e inexplicables ingresos de Mrs. Budge.

—Y eso no es todo —continuó Bray—. ¿No te parece muy extraño que nadie haya intentado irse de este hotel después de que se haya producido un asesinato y con los policías husmeando a todas horas por todas partes?

—Suponía que la policía lo había prohibido.

Bray resopló.

—La policía no puede hacer eso. No podemos restringirles los movimientos mientras permanezcan en contacto con nosotros. Sin embargo, de aquí no se marcha nadie. —Negó con la cabeza, desconcertado—. Por lo que hemos visto en la contabilidad, el hotel siempre se ha gestionado de forma

impecable. Se inauguró hace cinco años y los primeros huéspedes fueron el reverendo Septimus Blood, Mr. Winterton y *miss* Mumby. Posteriormente llegaron Mr. Nicholas Twing, el coronel Cantrip, *miss* Geranium con *miss* Hectoring, Eppoliki y Mrs. Walton. Mrs. Walton, por cierto, es viuda y va a casarse con St. Clair Addington, así que se marcha la próxima semana. El jefe me ha pedido que no la moleste demasiado, Addington y él son viejos amigos. Los últimos en llegar han sido *miss* Arrow, que se marchó después de tres meses, *miss* Sanctuary y *lady* Viola. Y tú, claro. La única peculiaridad de todo esto es la fidelidad extrema al hotel de casi todos los huéspedes pero, después de todo, se trata de un hotel residencial y aparentemente muy cómodo, con lo que realmente no hay nada sospechoso en eso.

—Te voy a echar una mano con una información importante —dijo Charles—. La mañana después del asesinato, fui a visitar a Mr. Septimus Blood. Mientras yo me encontraba allí, entró Budge a pedir la cesta de la ropa y Blood se negó a dársela en términos muy violentos. Blood no es solo bacteriólogo, es licenciado en Medicina con una experiencia clínica considerable. Sugiero que sumemos dos y dos y consideremos como hipótesis que el cadáver se encontraba en la cesta en ese momento y que Blood posteriormente lo cortó y distribuyó de esa manera tan simpática que tanto nos ha agradado a todos... Si cualquier persona se sentiría incómoda con un esqueleto en el armario, imagina la situación de Blood con un cadáver en la cesta de la ropa.

Por segunda vez ese día, Bray miró a Charles con asombro, teñido de furia esta vez.

—¿Por qué no me contaste eso antes? —preguntó con frialdad.

—Lo intenté —señaló Charles con inocencia—, pero no me diste oportunidad.

La respuesta de Bray fue algo impublicable.

—Voy a ver al reverendo Septimus Blood —agregó cuando se recobró del enfado.

Esta vez Charles no lo acompañó.

2

—¿Qué tal, Charles? ¿Cómo lo llevas? —preguntó Viola, inclinándose

sobre su hombro y echando un vistazo a un cuaderno en el que Charles, después de diez minutos de reflexión, había escrito las siguientes palabras:

*“No fue hasta una hora intempestiva cuando se descubrió la pista crucial del Misterio del Cuerpo Desmembrado. El inspector Bray, sin embargo...”*

—Fatal —le contestó Charles, deshaciéndose de malas maneras de un cojín que le estorbaba—. Hace una hora la policía iba a arrestar a Budge, pero él se defendió con una coartada a prueba de bombas. Ahora pretenden arrestar a Blood, pero estoy bastante seguro de que él no es el culpable y podrá probarlo. Mientras tanto, no avanzo y mi reputación en el *Mercury* empeora a pasos agigantados.

—¡Pobre! —se compadeció Viola, sonriendo—. ¿Y qué piensas hacer al respecto?

—Pues se me ocurrió que tal vez podría descubrir yo mismo al asesino —replicó Charles que, de hecho, desde su entrevista con “el Jefe” había estado valorando seriamente la idea.

Viola rio.

—Si lo haces, empezaré a sospechar que dentro de esa cáscara hay un cerebro después de todo. ¿Ya has elegido un culpable?

—No, pero tengo una ligerísima sospecha —respondió Charles dibujando una carita sonriente en la libreta—, una idea pequeñísima —agregó, cubriéndola con un sombrero de copa—, de cómo podría haber sucedido el asesinato. Bray, por supuesto, se reiría de mí si se la contara —añadió con amargura, pintando una barba en la cara—, pero tengo la intención de investigarla.

—Yo de ti no lo haría —observó Viola sin entusiasmo—. Tengo la sensación de que vas a hacer el ridículo más espantoso si sigues tus intuiciones. Deja eso para los profesionales.

—Me considero un profesional —comentó Charles con indiferencia, colocándose el monóculo y mirándola con severidad—. Fui detective durante dos años.

—¿Lo dices en serio?

Él asintió con solemnidad.

—Sí. No puedo revelar para quién trabajaba —miró a su alrededor con

aire conspirador—, pero tengo una carta de agradecimiento por mis servicios que expresa el profundo pesar por mi dimisión de la organización.

Viola examinó a Charles como si fuera un bicho raro, le quitó el monóculo y le revolvió el cabello.

—¡Dios mío! —exclamó en tono de asombro—. Creo que te he juzgado mal. No eres tan tonto como te esfuerzas en parecer. ¿Seguías el rastro de esposas a la fuga o tu especialización eran los maridos?... Pero, no, no me lo creo... ¡ningún detective jugaría al *bridge* tan mal como tú!

—El *bridge* no lo es todo, mi niña —respondió Charles severo—. En un par de días te mostraré algo que te va a hacer lamentar haber dicho “no” esa tarde en el jardín holandés de Tankards.

—¡Ah! Queridos viejos tiempos... —exclamó Viola, repentinamente irritada al notar que se le nublaban los ojos—. Unos pocos años en Londres han conseguido que me ponga la mar de sentimental cuando pienso en la primavera en el país de los corderos, las violetas y las toneladas de barro. Era insoportablemente aburrido pero bastante agradable, en realidad. ¿Sigues igual de enamorado de mí?

—Sorprendentemente, sí.

Viola se lo quedó mirando y le dio unas palmaditas cariñosas en la mano.

—Lo siento, Charles, no debería haber dicho eso, ¿verdad? Siempre te has portado muy bien conmigo. Creo que estoy empezando a cansarme de Londres. Quizá sea algún anhelo oculto por la vida doméstica que lucha por salir a la superficie. Como no tenga cuidado, me encontraré aceptando —concluyó sonriendo a Charles.

—Tal vez yo no vuelva a pedírtelo, *milady*... —replicó Charles con altivez volviéndose a colocar el monóculo—. ¿Qué diablos estará haciendo Bray con Blood?

### 3

El detective entró en la habitación de Blood y se quedó perplejo al ver un enorme cono de tela profusamente bordado en medio de la estancia. El cono estaba coronado por la pequeña y oscura cabeza de Blood que en esos momentos examinaba críticamente su reflejo en el espejo.

“¡Ay, Señor!”, se lamentó el detective en su fuero interno, “¡otro

lunático!”.

Blood *se deslizó* hacia él y le saludó cordialmente.

—Siéntese, inspector. ¿Supongo que no sabe nada del rito copto?

—Me temo que absolutamente nada.

—No consigo recordar si esta cofia va acompañada de estola o no —se lamentó el párroco.

El inspector, que había sido educado en unos estrictos principios evangélicos, pareció algo escandalizado.

—¡Trapos! —murmuró para sí mismo pero, más cortés, preguntó en voz alta—: ¿Sabe algo de disección, Mr. Blood?

El párroco lo miró con cautela y se concentró en liberarse de los adornos de su cofia. Por fin habló con voz inexpresiva:

—Tengo el título de médico pero mi campo es la bacteriología. ¿Por qué lo pregunta?

—El cadáver de Mrs. Budge fue amputado por un experto.

—¿Y bien?

“No creo que este hombre sea tan simple como parece”, pensó Bray.

—¿Cree que un hombre de la experiencia de, digamos, Eppoliki sería capaz de hacerlo?

—No juegue conmigo, inspector —respondió Blood mordaz—. No ha venido usted aquí para hacerme una pregunta que sus expertos pueden contestar mejor que yo. ¿Está sugiriendo que yo tuve algo que ver en esa acción tan espantosa?

—Es usted quien tiene la respuesta a esa cuestión, señor —replicó el inspector—. Reconocerá que es necesario que consideremos todas las hipótesis y es, como poco, probable que *alguien* escondiera temporalmente el cuerpo en esta habitación y lo diseccionara en esta mesa.

Señaló hacia una mesa acristalada de unos dos metros de largo donde reposaban una hilera de tubos de ensayo con cultivos, una pipeta y unas cuantas bandejas de gelatina.

—El cadáver pudo esconderse en cualquier parte, esta cesta, por ejemplo, sería un buen escondite.

Levantó la tapa y examinó el interior con una mirada penetrante. Blood sonrió sin alegría. —Haga un examen microscópico, si eso es lo que cree —sugirió.

Bray, que era bastante perceptivo, pensó que dondequiera que hubiera

estado escondido el cadáver, Blood no temía haber dejado huellas en esa cesta.

No estaba consiguiendo nada del párroco galés, así que decidió hacerle una petición personal. —Muy bien, señor. Pondré todas mis cartas sobre la mesa.

Blood tarareaba bajito mientras doblaba con cuidado la cofia.

—Bueno. Veámoslas.

—Nos ha llegado información de una fuente fiable —el inspector sonrió secretamente ante esta descripción de la loca conjetura de Charles—, de que, antes de la disección, el cuerpo se encontraba en esta habitación bajo su conocimiento.

Blood se ruborizó hasta la raíz del cabello.

—¡El muy sinvergüenza! —exclamó apasionadamente—. Hay una línea roja que ese canalla no va a conseguir hacerme traspasar... ¿No lo ve, inspector? El hombre que le dio esa información la tenía porque él mismo fue quien colocó el cuerpo ahí. Budge es el asesino y está metido en esto hasta el cuello... ¡pero ha ido demasiado lejos conmigo! —La cara del hombrecillo, con sus alarmantes cambios cromáticos, era todo un poema—. ¡Y pensar que Budge ha tenido la colosal impertinencia de acusarme a mí cuando unas pocas palabras mías pueden acabar con la farsa de su precioso hotel! —exclamó gritando y haciendo aspavientos con los brazos.

Por segunda vez ese día, y última en el curso de su carrera, el detective intervino con un comentario que era casi una confesión.

—Para ser justo —respondió—, la acusación no vino de Budge.

El párroco pareció desconcertado un instante hasta que un destello de comprensión apareció de pronto en sus pupilas.

—Ah, ha sido el tipo ese tan flaco, Venables, ¿verdad? ¡Vaya, no es tan imbécil como parece! Supongo que me traicioné por completo. Bueno, me alegra saber que Budge ha tenido el sentido común de no llevar su bromita demasiado lejos.

El inspector esperó, pero Blood no dijo nada más.

—Estaba diciendo... —le instó Bray.

El párroco lo miró con cara de perros.

—Se me ha olvidado. En cualquier caso, su información es pura deducción, sin fundamento alguno. Le desafío a demostrar que yo sabía algo de ese asunto y considero que, al acosarme de esta manera, se está excediendo en

sus deberes de una forma escandalosa. ¿Alguien ha visto el cuerpo en mi habitación? ¿Alguien vio cómo me libraba de él? Su sugerencia es monstruosa y es una mera hipótesis basada en el hecho de que tengo el título de doctor.

—Soy yo quien ha de juzgar eso —replicó el inspector con severidad, pero ya se había dado cuenta de que no iba a sacar nada más de Blood—. Y supongo que, como tiene la conciencia tranquila, no tiene ninguna objeción a que su habitación sea inspeccionada con un microscopio.

*“Y disparada la última andanada dejó la habitación<sup>[31]</sup>”.*

4

Mrs. Walton observó a su atormentador.

Budge, con el rostro contraído por la concentración, le devolvió una mirada glacial e inexpresiva como la de un reptil.

—No te hagas la tonta —gruñó—. ¡Estoy seguro de que eres tú la responsable de todo esto! Como descubra que estás involucrada de alguna manera, ¡te juro por Dios que termino con tu pequeño romance!

Mrs. Walton frunció los labios con cansancio.

—¿Por qué no me dejas ya en paz? ¿Acaso no he pagado y sigo pagando por tu silencio?

—Oh, sí, pagas generosamente y lo seguirás haciendo... Un poco más en un mes o dos, entonces podrás permitirte —dijo sonriendo con malicia.

—¡Oh, sí, pagaré, pagaré! —contestó ella en tono inexpresivo—. ¿Qué significa el dinero comparado con el infierno en el que vivo? A veces pienso que es mejor confesar y terminar de una vez con este sufrimiento, pero no puedo... Soy una cobarde, supongo.

—Bueno, todos hemos de pagar por nuestras pequeñas debilidades. Es lo que yo hago, como tantos otros. —Budge se giró súbitamente hacia ella—. ¿Tienes alguna idea de quién ha matado a mi esposa?

Ella lo miró sin pestañear.

—No. Pero si lo supiera, se lo agradecería de corazón.

Los ojos de Budge relampaguearon.

—Oh, eso harías, ¿verdad? —Miró al vacío y la imitó burlón—: “Si lo

supiera, se lo agradecería de corazón”. Bien, *ma’am*, tengo la ligera sospecha de que sí lo sabes o, al menos, tienes una idea bastante aproximada. —Se puso en pie amenazador y dio una palmadita en el bolsillo de su chaqueta—. Pero no me voy a dejar atrapar tan fácilmente. Llevo encima un juguetito y no tengo miedo de usarlo... Y, es más, si alguna vez mis sospechas se convierten en certeza, cierto documento con una pequeña nota explicativa llegará a Mr. St. Clair Addington. Así que díselo a ese amigo tuyo cuando le des las gracias.

Sus ojos se clavaron en Mrs. Walton, pero ella sostuvo su mirada con valentía.

—Estás equivocado —respondió ella, retorciendo un pañuelo—. Tu esposa y tú os habéis creado muchos enemigos. ¡Será mejor que pienses en quién se ha negado a pagar!

## 5

—Estoy seguro de que Blood está metido en esto hasta el cuello —concluyó Bray mientras relataba a Charles lo sucedido en su infructuosa entrevista—, pero ¿de qué sirve saberlo si no tengo un motivo o alguna pista concluyente?

—Blood obviamente sabe mucho —observó Charles—. ¡Será cabezota ese canalla! Tiene que haber alguna manera de conseguir que confiese. Aunque estoy seguro de que él no la mató. La visión de ese cadáver le hizo sobresaltarse; se puso verde, completamente verde.

—Bueno, yo ya le he advertido de que registraremos su habitación —respondió Bray.

—Nunca apareció el chal que llevaba puesto Mrs. Budge, ¿verdad? —preguntó Charles, pensativo.

—No, ni tampoco ningún instrumento de disección.

—¿Hace cuánto tiempo que has salido de la habitación de Blood?

—Hace unos diez minutos, vine directamente hacia aquí, ¿por qué?

Charles hizo caso omiso de la pregunta.

—¿Tiene chimenea su habitación?

—No, calefacción central, ¿por qué? —replicó el detective atónito.

—Hoy no ha salido del hotel, ¿verdad?

Bray parecía cada vez más desconcertado.

—¿A dónde quieres ir a parar, Charles? No te entiendo. No, hoy no ha salido del hotel.

—Bien —respondió Charles—. Imagina la escena: yo tengo en mi poder pruebas incriminatorias. Me han interrumpido mientras trataba de librarme de ellas. No puedo quemarlas. No he salido del hotel. Varios polizontes no paran de patrullar el pasillo y debo deshacerme de ellas rápidamente. ¿Qué hago?... Respuesta: ¡sígueme!

Una mirada de comprensión invadió el rostro del detective y siguió a Charles sin oponer resistencia.

—¡Un razonamiento contundente! Charles, me temo que te vas a convertir en uno de esos brillantes investigadores *amateur* que saben desde el principio quién es el asesino, pero dejan que el tonto de Scotland Yard siga confundido durante dieciocho capítulos más antes de desvelar la solución al lector.

Estaba anocheciendo cuando ambos se dirigieron hacia el patio trasero del edificio principal del hotel. Las dos terrazas de la *suite* de los Budge emergían como sombras negras recortadas contra el cielo invernal. Se quedaron mirando la masa gris del edificio. Las contraventanas estaban abiertas y la habitación de Blood estaba a oscuras.

Vigilaron durante diez minutos hasta que las cortinas ondearon ligeramente. Se parapetaron rápidamente tras la escalera de incendios. La silueta de una cabeza se asomó por la ventana, miró hacia abajo y desapareció. Como en “The lady of the lake<sup>[4]</sup>”, apareció una mano con un objeto largo y lo dejó caer al suelo con un golpe seco. El brazo desapareció y la cabeza ocupó su lugar. Aparentemente satisfecha con su segundo escrutinio, ya no apareció más.

Bray caminó tranquilamente hacia el patio, recogió su premio y regresó.

—Todo según lo previsto —dijo—. Vamos.

Desenvolvieron el paquete en la habitación de Charles. La capa exterior consistía en el chal de Mrs. Budge y, enrollados pulcramente en el interior, aparecieron un juego de escalpelos y una sierra. Bray murmuró con resignación que eran del tipo ordinario que puede adquirirse en cualquier tienda de suministros médicos de segunda mano.

—Blood puede o no ser el culpable —opinó Bray—, pero me siento tentado de arrestarlo como cómplice a ver si empieza a largar de una vez lo

que sabe...

6

*“Luz apacible, guíame tú por entre la tiniebla en derredor:  
guíame tú.  
Es noche oscura, lejos del hogar estoy:  
guíame tú<sup>[51]</sup>”.*

La puerta del salón se abrió y se oyó el ruido de unos pasos felinos. El himno que canturreaba *miss* Mumby podía arruinar la más alegre de las fiestas, así que no era extraño que ella pareciera sumida en un abismo de depresión en ese momento. Se sentó en una silla, inmóvil. Grandes lagrimones surcaban sus mejillas.

Charles la miró inquieto. Hundido en su butaca, había pasado completamente desapercibido. Un pensamiento que le había rondado alguna vez por la cabeza regresó de repente a su mente. Reprimió el impulso de revelar su presencia con una tosecita discreta o un ligero ronquido y se la quedó mirando fijamente esperando a que se delatara como él esperaba que hiciera. Ella seguía absorta en sus pensamientos.

Sucedió después de cinco minutos. *Miss* Mumby echó una rápida ojeada a izquierda y derecha pero no vio al intruso. En ese momento abrió lentamente su bolso...

“¡Diablos!”, exclamó Charles para sí. “¡Oh, imbécil, ciego, sordo, fracasado, caricatura de detective!”. Luchó contra la inclinación de darse un puñetazo a sí mismo por idiota. “¡Más de tres días para descubrir algo que tenía bajo mis propias narices!”.

—¡Vamos, Walter! ¡Levántate, Sócrates! —ordenó *miss* Mumby en voz alta.

La dama se levantó y salió de la habitación. La puerta se cerró, pero su voz enardecida llegó flotando hasta el salón.

*“Guíame, ¡Oh, Salvador!,  
por la senda de salud.*

*A tu lado no hay temor;  
solo hay gozo, paz, quietud<sup>[6]</sup>”.*

7

—Bueno, ¡pues ahí tiene! —comentó con amargura Bray a su superior—. Hay suficientes sospechosos ahí dentro como para abarrotar la cárcel de Dartmoor, pero que me maten si consigo poner un dedo sobre cualquiera de ellos. ¡Bailan en círculos a mi alrededor, riéndose de mí!

—Comprendo las limitaciones que sufres —dijo el comisario jefe con un punto de acidez—, pero, precisamente, el saber que estas personas están en el ajo de alguna forma debe darte ventaja a la hora de sacarles información.

—Cuanta más información consigo, menos sentido tiene todo —respondió Bray—. Mire a Blood, un sospechoso perfecto. No tenemos un motivo pero supongo que no podemos tenerlo todo —añadió con una risita sardónica—. Sin embargo, la misma pista que nos puso tras él, la declaración de Venables, también le exime del asesinato porque la aparición del cadáver supuso una sorpresa completa para él. Y si él no fue el asesino, ¿por qué se deshizo del cuerpo?

—Tal vez sí fue el asesino —sugirió el comisario jefe— y luego se deshizo del cuerpo dejándolo en algún lugar, en la habitación de Budge, por ejemplo. Y Budge, desagradecido, le devolvió el regalo. Blood se horrorizó al encontrárselo otra vez en su dormitorio y tuvo que encontrar otro medio para librarse rápidamente de él.

—Sí, señor, eso encaja —admitió Bray a regañadientes—. Es como el juego de *la zapatilla por detrás*. La policía hace el idiota mientras, a sus espaldas, los huéspedes del The Garden Hotel se van pasando el cuerpo entre sí.

—Anímate, aún puedes resolver el caso —le alentó el comisario jefe y miró a Bray con intención—. Tienes un currículum excelente, Bray, pero este asunto es más importante que cualquier otro que hayas resuelto antes... Me entiendes, ¿verdad?

Y Bray le entendió perfectamente.



# Capítulo 11 | Budge versus Bray: segunda ronda

1

El abogado de Mrs. Budge se había quedado muy sorprendido al enterarse de que el dramático documento de su clienta finalmente no había servido para nada.

—Mrs. Budge no era una mujer histérica en modo alguno —afirmó Mr. Tarr a Bray—. En mi opinión, escribió esa carta impulsada por un pánico auténtico. Es extraño que su acusación *ante-morte* resulte ser falsa cuando su miedo se ha demostrado tan justificado.

—Pues sí, es curioso —respondió Bray—. Pero comprenderá que la coartada de Budge es incontestable ante un tribunal de justicia. No puedo seguir con esa línea de investigación, así que me voy a enfocar en el motivo. Estoy intentando conseguir alguna pista que me permita rastrear los ingresos de Mrs. Budge. ¿Se le ocurre algo?

Tarr reflexionó un momento.

—Tengo algunos documentos que mi clienta me dio en custodia. Me dijo que no eran valiosos en sí mismos, pero tenían un gran valor sentimental para ella y me pidió que se los guardara. Espere un momento y se los muestro.

Mientras rebuscaba en la caja fuerte, Tarr añadió:

—Estoy bastante preocupado por este tema —confesó—. Mi firma nunca se ha visto involucrada en asuntos criminales y, aunque ser asesinado no es nada ilegal *per se*, claro, uno naturalmente se siente inquieto cuando uno de sus clientes es asesinado de una manera tan salvaje.

Bray sonrió. La angustia del abogado le parecía bastante cómica.

—Es muy inquietante —reconoció.

El discurso del abogado fue interrumpido por la aparición de los documentos. Tarr entregó a Bray dos sobres, cada uno sellado y marcado como “confidencial”. El primero tenía escrita en azul una “X” y el otro una “Y”.

El detective los abrió con cierta aprensión.

El sobre “X” contenía una colección de recortes de periódicos de unos

cinco años atrás. Los recortes mencionaban una serie de fraudes, todos idénticos, cometidos por un joven. El joven había inventado una preparación química que eliminaba las manchas de la ropa y había convencido a algunas almas cándidas para que invirtieran en lo que iba a ser el invento del siglo que haría de oro a sus afortunados patrocinadores. Cada inversor aportó entre quinientas y cinco mil libras pero, en cuanto llegó el dinero, el joven y persuasivo genio desapareció y sus víctimas descubrieron que el limpiador mágico funcionaba gracias a un poderoso ácido que, dos días después de su aplicación, dejaba un agujero en el lugar original de la mancha. El estafador nunca fue atrapado y en los recortes no se daba ninguna pista sobre la identidad de ninguna de las personas mencionadas.

En el otro sobre había una copia de un certificado de matrimonio entre Giovanni Sarto, de treinta años, y Mary Temple, de dieciocho, proveniente de una oficina de registro en Coventry. El certificado databa también de unos cinco años atrás y ninguna de las partes había dado una dirección permanente.

Tarr miró los documentos con cierta sorpresa.

—¿Qué cree que significa esto? —preguntó con candor.

Bray rio entre dientes.

—Apestan a chantaje.

La cara del abogado era un poema. Si hubieran apeestado a azufre, no habría mostrado mayor desagrado.

—Anímesese —dijo el detective, riendo—. Su clienta ya está fuera del alcance de la justicia. Y si me permite hacerle una sugerencia, no abandone a sus clientes tradicionales, quizá son más pobres pero también más respetuosos con la ley.

## 2

¿Quién se casó cinco años atrás en el registro civil de Coventry? ¿Quién fue el culpable de una serie de fraudes por esa misma época? Bray se planteaba estas cuestiones por enésima vez sintiendo que el motivo del asesinato, tan escurridizo, se encontraba escondido en las respuestas a esas preguntas. Mientras tanto, esperaba con verdadera impaciencia el informe de Samuels.

Samuels apareció con puntualidad británica en el pequeño despacho de Scotland Yard y saludó a Bray con tranquilidad. Abrió su maleta con una lentitud exasperante y colocó un montón de documentos ordenadamente sobre la mesa. Samuels siempre conseguía irritar a Bray. Alto, con un pequeño bigotillo en su rostro pálido y pastoso y una nariz delgada y prominente, cultivaba una actitud distante que conseguía diferenciarle del resto de los miembros del cuerpo. Nada molestaba más a Bray que su sonrisa condescendiente cuando le explicaba sus resultados durante una investigación. Las relaciones entre ellos habrían resultado francamente difíciles si no fuera por el respeto mutuo que en secreto se profesaban.

—Los libros de contabilidad de Mrs. Budge estaban completamente actualizados —observó Samuels—. He investigado todos los ingresos y gastos del último par de años y he podido contrastar satisfactoriamente cada transacción. Te sorprenderá saber que había muy pocos recibos de pagos en efectivo, casi todos eran en forma de giros y, por lo tanto, muy fáciles de rastrear.

—Bien, ¿y de dónde sale el dinero? —preguntó Bray con impaciencia.

—Mrs. Budge parece haber sido una mujer de negocios extraordinaria. Su pequeño hotel produce muchos miles de beneficios al año.

El detective se sintió desconcertado.

—Imposible —comentó—. Debes de estar equivocado, Samuels.

El otro sonrió con desdén.

—Te aseguro que no hay error. La mayoría de sus huéspedes pagaban alrededor de dos mil libras al año por el privilegio de hospedarse en The Garden Hotel.

Una idea singular tomó forma en la mente de Bray.

—Chantaje —murmuró—. ¡Eso es! ¡Chantaje a gran escala!

Por un momento, se quedó pasmado ante el asombroso ingenio y audacia de esa mujer.

—¡Qué cerebro! —exclamó—. Parece que esta soberbia criatura dirigía un hotel con el único propósito del chantaje: el dinero pagado se incluía en la factura.

Samuels no vio la gracia de la situación.

—Así que esa es su teoría, inspector. Bueno, por suerte, ese no es mi problema. Aquí tiene un extracto de los libros de contabilidad con un calendario de pagos y cantidades pagadas por cada huésped. No creo que le

surjan dudas pero, por si acaso, guardaré los libros contables en mi oficina hasta que acabe su investigación... —se detuvo un momento y agregó—: o la abandone.

El sentimiento inicial de triunfo de Bray se evaporó gradualmente al reflexionar sobre el giro increíble que había tomado la investigación.

El chantaje era un excelente motivo para un crimen, pero el chantaje a esta escala gigantesca solo confundía aún más la situación. En lugar de eliminar a sospechosos potenciales, los multiplicaba. La mitad de los residentes del hotel eran posibles sospechosos y, lo que era peor, la misma noción de chantaje invocaba la posibilidad de perjurio y pruebas y coartadas falsas. Sintió cómo se desmoronaba delante de sus narices el edificio de hechos probados que había construido tan laboriosamente.

Se recobró y repasó los hechos probados. Lo único que podía establecer con cierta seguridad era que (a) Budge tenía un motivo para cometer el asesinato pero tenía una coartada férrea, (b) Blood, si era víctima de chantaje, tenía también un motivo para el crimen y era, con toda certeza, el responsable de la disección del cadáver.

Charles afirmaba que Blood se había quedado realmente asombrado al encontrar el cuerpo en su habitación. Pero si el asesino había estado jugando a la *zapatilla por detrás* con el cadáver, se podía haber producido un baile de cestas entre la habitación de Budge y la de Blood, hasta que este último, ante el riesgo de un registro inminente, habría elegido la disección y diseminación de los restos como el medio más rápido y seguro para librarse del peligro. Probablemente habría intercambiado una última vez su cesta de ropa con la de Budge. Lo demostraba el hecho de que se hubiera mostrado tan tranquilo cuando Bray le amenazó con hacer analizar la cesta.

Y por fin quedaba claro el motivo que tanto había atormentado a Bray. Blood estaba pagando a Mrs. Budge por su silencio y, dada la personalidad irascible del reverendo, no era difícil imaginárselo poniendo fin a un acuerdo que podía resultar intolerablemente molesto.

Bray decidió averiguar cuánto había pagado Blood a la propietaria del hotel y enfrentarse a él de nuevo al día siguiente. Tomó el listado que le había dejado Samuels y lo analizó.

Miró las cifras con una mezcla de asombro, disgusto e irritación y resopló de incredulidad.

El listado se dividía en dos columnas. En la primera figuraban las personas que pagaban dos mil libras al año por el privilegio de una habitación en el pequeño hotel de Kensington. En la segunda, aquellos que pagaban una cifra razonable, que iba desde las tres a las seis guineas por semana, según el tipo de *suite*.

En la segunda columna estaban Charles, *lady* Viola, *miss* Arrow, *miss* Sanctuary... ¡y el reverendo Septimus Blood!

Por segunda vez, Bray se enfrentó al colapso de su castillo de naipes. Y, por segunda vez, no le quedó más remedio que enfrentarse filosóficamente a su derrota y regresar a la casilla de salida.

Examinó los nombres de la primera columna. Si su teoría era correcta, todas esas personas habían arriesgado su libertad y reputación para participar en uno de los esquemas de chantaje más ingeniosos jamás creados.

La lista era la siguiente:

Mr. Nicholas Twing

*Miss* Mumby

Mr. Winterton

El coronel Cantrip

*Miss* Geranium y *miss* Hectoring

Mrs. Walton

Mrs. Salterton-Deeley.

Durante un instante, la seguridad de Bray en su teoría se tambaleó. Era cierto que los huéspedes del The Garden Hotel eran un grupo muy peculiar que llevaba la palabra “excéntrico” grabada en la frente, pero le resultaba inconcebible que todos y cada uno de ellos tuvieran un pasado lo suficientemente siniestro como para quedar a merced de ese parásito.

Pero, ¿qué otra alternativa había? ¿No era evidente que Budge había reemplazado a su esposa en esa repugnante labor y los huéspedes del The Garden Hotel seguían prisioneros y pagando generosamente por el privilegio de su reclusión? Bray sintió tal repulsión que decidió poner fin a esa tiranía a toda costa.

De repente, se dio cuenta de que si Budge tenía en su poder a *miss* Mumby y Winterton, no había nada que le resultara más fácil que inventarse una coartada y obligarles a apoyarla... ¡Así había sido! Sintió una admiración

involuntaria por la fría audacia con la que Budge había salido de la habitación ante un arresto inminente y se había construido una coartada mientras Charles y él mismo esperaban. Era grandioso, tan grandioso como el esquema de chantaje que habían ideado. Si sus teorías eran correctas, los Budge tenían un cerebro criminal de primer orden.

El detective se dio cuenta de que tendría que jugar sus cartas con cuidado. Hasta ahora, siempre había pensado en los residentes del hotel como ciudadanos normales, cívicos y bien dispuestos a ayudar a la justicia siempre que no implicara demasiadas molestias para ellos. Ahora, solo Dios sabía qué duplicidades y oscuras motivaciones podían albergar sus mentes. Menos mal que estaba advertido de la situación.

### 3

Charles abordó a Bray con grandes aspavientos.

—¡Vaaaaya!, te noto en pie de guerra, Bray —exclamó—. ¿A quién vas a arrestar hoy?

Charles estaba de buen humor. Había publicado en el *Mercury* la exclusiva sobre el hallazgo de los escalpelos y del chal de Mrs. Budge y, además, sentía que por fin tenía en su mano el hilo que le guiaría hasta el centro del laberinto. Pero por el momento prefería reservárselo y no dejarlo en las torpes manos de la policía.

Bray, por el contrario, estaba preocupado. Le habló brevemente de su descubrimiento. Charles, al principio incrédulo, se mostró enseguida encantado con la idea.

—Bray, ¡me sorprendes! Tienes la imaginación de un Edgar Wallace. ¡Increíble! Siete personas chantajeadas mes a mes, como si nada...

—¿Puedes sugerir alguna otra explicación?

—Muchas —respondió Charles—. Este no sería el primer hotel que tima a sus huéspedes. Pero, vamos a ver... el chantaje no es una profesión, Bray. Es fácil para un chantajista conseguir una víctima, dos es posible, pero tres es improbable, cuatro imposible y siete... ¡siete está más allá de los límites de la fantasía! ¿No ves que los riesgos son inmensos? Antes o después uno de ellos explota. No hay grupo de gente que pueda soportar un arreglo permanente de este tipo. La fuerza del chantajista reside en que su víctima piensa cada vez

que esa es la última...

—Te equivocas, Charles —respondió Bray—. He investigado la situación personal de esta gente y todos pueden conseguir la suma exigida sin problemas, excepto posiblemente Mrs. Walton, cuyas fuentes de ingresos son bastante misteriosas. Los demás no tendrían problemas en conseguir la suma anual necesaria para comprar su inmunidad.

—Ese es un buen punto —admitió Charles—. Aun así, me parece ridículamente innecesario hacer que tus víctimas residan en tu propio establecimiento. —Hizo una pausa—. Veo que no te convenzo así que no te voy a mortificar de momento con mi hipótesis.

—Creo que en la próxima hora, más o menos, sabré si mi teoría es correcta —fue el comentario de despedida del detective—. Voy a ver si puedo destruir la coartada de Budge.

#### 4

Winterton no mostró sorpresa al ver aparecer al detective. Sorbió ruidosamente con un suspiro de resignación y, con una hospitalidad no del todo sincera, le ofreció cordialmente un sillón de cuero y algo de beber.

Bray se encontraba en una posición delicada, así que se tomó su tiempo. Un silencio significativo es a menudo más intimidante que un montón de fanfarronadas.

Winterton examinó a Bray con cautela. No sabía muy bien qué pensar de él, la policía había cambiado mucho desde sus tiempos. Ese tipo, con su traje bien cortado, el pelo engominado y su perfil pálido y bien afeitado, en la época de Winterton habría ido vestido con la peluca y túnica de abogado.

Finalmente, el silencio resultó opresivo para Winterton y decidió romperlo:

—Bien, inspector —dijo alegremente (o, al menos, intentó sonar alegre)—, ¿qué puedo hacer por usted?

Bray vaciló.

—Mr. Winterton —respondió mirando fijamente su vaso y rehuendo así la penetrante mirada del otro—, me gustaría hablarle como asesor legal en vez de representante de la ley.

Aunque los ojos de Bray estaban fijos en el líquido ambarino, notó cómo

el otro se tensaba.

—Es bastante habitual que un ciudadano se coloque en poder de otro por alguna indiscreción de su pasado. Si ese otro se aprovecha de la situación para extorsionar a su víctima, la ley considera el asunto de tal gravedad que está dispuesta a realizar cualquier acción y a perdonar casi cualquier ofensa con tal de condenar al culpable y proteger a la víctima.

Bray alzó su mirada hacia los ojos de Winterton y la sostuvo. Eran dos pozos negros, completamente inexpresivos.

—No puedo ofrecerle ninguna seguridad oficial ni garantía de inmunidad, pero puede confiar en mí. Si desea reconsiderar la declaración que hizo ayer no se verá perjudicado pero, si no lo hace —la voz del detective se volvió severa—, conseguirá retrasar pero no obstruir el avance de la justicia. La policía no tendrá ninguna consideración por alguien que voluntariamente persiste en ser cómplice de un delito de esa envergadura.

Los pozos negros comenzaron a moverse y Winterton estalló en una carcajada metálica.

—Realmente, inspector, ¡qué situación más cómica! Creo que está realmente convencido de que he ofrecido una coartada al pobre Budge solo porque me hace chantaje. ¡Dios le bendiga, qué incurablemente románticos son ustedes, los detectives!

Bray sintió como si le hubieran abofeteado. Sus ojos se incendiaron.

—Como quiera. Si pescamos a Budge, como probablemente terminemos haciendo, le veremos en el banquillo de los acusados imputado por complicidad. Si no lo conseguimos, puede seguir pagándole durante el resto de su vida.

El detective se marchó con un portazo. Por encima del ruido se oyó la aguda carcajada de Winterton.

Una vez a solas, Winterton aún seguía riéndose. “¡Chantaje! ¡Esa sí que es buena!”, se dijo a sí mismo.

A *miss* Mumby no le hizo tanta gracia la situación. Bray abordó el tema de forma tan rebuscada que ella se declaró incapaz de entender a qué se

refería. Cuando por fin lo comprendió, su rostro se convirtió en una máscara de furia. Con la convivencia, las personas comienzan a parecerse a sus mascotas y *miss Mumby* se asemejaba en ese momento a un viejo gato atigrado, demacrado y arisco.

—Ya entiendo —siseó la mujer. Bray se dio cuenta por primera vez de que era posible sisear de esa forma—. La ley ha de tener su culpable como sea, por lo que me va a acusar a mí de perjurio y, no contento con eso, me acusa de que tengo algo en mi pasado de lo que me avergüenzo. —Sus ojos grises brillaron de desprecio—. Soy una mujer sola y vulnerable y supongo que por eso la policía cree que me puede pisotear sin compasión. Si el general Mumby estuviera vivo habría castigado a latigazos al hombre que osara decir lo que ha dicho usted, policía o no. Puede que no pertenezcamos a una de las grandes familias del mundo, pero nadie ha podido decir nunca una sola palabra contra la respetabilidad de los Mumby de Wick —masculló resoplando con desdén. Su voz se elevó dos octavas y prosiguió—: Déjeme decirle que el general Mumby conocía bien al superintendente MacEwan, de Scotland Yard, y me dan ganas de contarle cómo ha sido tratada la hija de su amigo, a ver qué opina.

—Creo que entiende mi pregunta más de lo que pretende, señora —respondió el detective con frialdad—. Sin embargo, retiro cualquier comentario que le pueda haber ofendido.

Y con esa última observación, Bray se marchó.

“Gata astuta y peligrosa. Estoy seguro de que el enfado era fingido. ¡Qué infierno de caso!... Cada vez que pienso que estoy en la senda correcta, me encuentro en un callejón sin salida. Pagaría y renunciaría a cualquier promoción por la satisfacción de sacar, como fuera, la verdad a esta gente. Nunca me he sentido tan comprensivo con la Inquisición... Y supongo que ahora me toca intentarlo con Budge”.

6

Budge le respondió con cordialidad e impertinencia:

—Realmente, inspector, siento la mayor simpatía por su celo en resolver este caso y tengo más interés que usted mismo por ver entre rejas al asesino de mi esposa, pero no entiendo qué tiene eso que ver con entrometerse en

nuestros asuntos.

El detective persistió obstinado.

—¿Por qué algunos de sus huéspedes pagan dos mil libras al año por alojarse en un pequeño hotel de Kensington?

El otro adoptó una actitud de franqueza e inocencia.

—¡Ah! Ahí me ha cazado, inspector, lo reconozco. —Le hizo un guiño cómplice—. Mi esposa era una mujer con una gran visión de negocio y se dio cuenta de que había algunas personas ricas que estaban dispuestas a pagar casi cualquier cantidad por la tranquilidad y las comodidades de un hogar.

El inspector explotó.

—¡Y sin embargo, Mr. Venables, *lady* Viola, *miss* Sanctuary, *miss* Arrow y Mr. Blood pagan una décima parte por lo mismo!

—¡Ah, ahí me tiene, inspector, ahí me tiene! —repitió Budge cínicamente—. Mi esposa se dio cuenta, además, de que esas pobres criaturas se aburrirían mucho sin nadie más para hacerles compañía, así que decidimos alojar a algunas personitas encantadoras a un precio que, en realidad, no nos compensa, pero que complementan muy bien nuestra pequeña y feliz familia. Después de todo, no somos muy diferentes de cualquier médico de Harley Street, que nos cobra a usted y a mí cinco guineas y cien a *lord* Fulano o *lord* Mengano.

Bray se vio obligado a admitir que había perdido la batalla y claudicó.

—Si tiene alguna duda —prosiguió Budge, aprovechando su ventaja—, le sugiero que hable con los propios huéspedes. *Miss* Mumby y Mr. Winterton, por ejemplo, respaldarán sin duda lo que acabo de contarle.

## 7

Entretanto, Charles investigaba por su cuenta. Estaba desconcertado con uno de los nombres de la lista de los huéspedes que pagaban más. “¿Qué hace la encantadora Mrs. Walton mezclada con esa gente?”, pensó y decidió que debía hablar con ella. Se dirigió lentamente hacia el salón donde pensaba que podría encontrarla.

Al ver a Mrs. Walton acompañada de un extraño, sintió la tentación de dar media vuelta y marcharse pero su gesto de sorpresa se tornó de pronto en uno de reconocimiento. Se colocó el monóculo y saludó:

—¡Hola, Addington!

Charles, cuyo oficio como periodista de sociedad implicaba conocer un poco a todo el mundo, conocía bien a St. Clair Addington.

—¡Oh, Mr. Venables, nunca me imaginé que conocía a mi prometido! — exclamó Mrs. Walton cordialmente.

—¡Vaya, hola Venables! ¿Qué haces tú aquí, en esta guarida de ladrones? —preguntó Addington—. No habrás sido tú el que la mató, ¿verdad? No me fío nada de estos periodistas...

El tacto y la investigación criminal no funcionan bien juntas. En lugar de retirarse discretamente para dejar solos a los tortolitos, Charles acercó su silla a la pareja y comenzó a charlar. Y mientras conversaba con despreocupación, les vigilaba con atención.

Charles se quedó francamente desconcertado. Era evidente que Mrs. Walton estaba enamorada de Addington y, este, el primogénito de un venerable magistrado del Tribunal Supremo, parecía completamente hechizado por la lozanía y voz gutural de esa mezcla de venus y pastorcilla... Aunque tampoco fuera para tanto... Charles se dio cuenta con un sobresalto de que era una muy mala señal que su pensamiento siempre se dirigiera hacia otra persona cuando trataba con una mujer tan deliciosa como Mrs. Walton.

Mrs. Walton tenía miedo, se la notaba desesperadamente asustada. Miraba emocionada a St. Clair con sus hermosos ojos líquidos pero, en cuanto apartaba la vista, su expresión reflejaba una profunda angustia.

Los tres entraron juntos al comedor y se sentaron en la misma mesa. El desconsuelo no afectaba aparentemente al apetito de Mrs. Walton. Comía con auténtica glotonería, algo que Charles apreció debidamente, ya que opinaba que la falta de afectación en la mesa es una de las señales de verdadera feminidad.

Por la noche, Charles se acercó al domicilio de Bray en Chelsea para tomar una copa. Examinaron el caso desde todos los ángulos posibles y Charles se reservó su gran noticia para el final.

—Por cierto, Bray —comentó, ya despidiéndose en la puerta—. Será mejor que vigiles a Budge. Desde el asesinato, cierra con llave la puerta y la ventana de su dormitorio por la noche y lleva un revólver en el bolsillo durante el día. Como te descuides, te encontrarás también con su cadáver en tus manos...

—Si no lo asesina nadie antes, creo que terminaré haciéndolo yo —  
respondió Bray con gravedad.

## Capítulo 12 | Budge versus Bray: Charles interviene

1

A la una de esa madrugada, un observador curioso podría haber sorprendido a una figura en zapatillas y batín arrastrándose silenciosamente por los pasillos del hotel. Esa figura era Charles.

Moverse en silencio por la noche es tremendamente difícil. Charles, después de volcar su segunda silla en veinte metros, se dio cuenta de que necesitaba mucha más práctica en ese arte si quería convertirse en un investigador criminal de primer orden. Extremando la precaución, se deslizó escaleras abajo hasta el primer piso. De repente, pisó algo. Ese algo se retorció y Charles sintió en su piel desnuda algo similar a la picadura simultánea de cinco avispas. El gato y él gritaron juntos y terminó cayéndose y rodando por las escaleras.

Maldijo en silencio y esperó diez minutos mientras cuidaba con mimo de su tobillo dañado pero, al parecer, los residentes del The Garden Hotel tenían el sueño a prueba de bombas así que se dirigió a la *suite* de Mrs. Salterton-Deeley y entró.

La señora lanzaba discretos ronquidos desde detrás de la puerta del dormitorio. Charles encendió la lámpara de lectura de la sala de estar y miró a su alrededor. La habitación estaba bastante desordenada. Un sombrero reposaba sobre el sofá, su bolso y guantes estaban en la mesa y el abrigo estaba tirado de cualquier forma sobre el brazo de una silla. Charles vació el contenido del bolso sobre la mesa. Se concentró en un objeto y volvió a guardar todo en su lugar.

“Hasta ahora, todo bien”, se dijo a sí mismo. “Parece que no me equivocaba”.

La siguiente visita fue a la habitación de Mr. Winterton. Una búsqueda rápida localizó en una cómoda lo que buscaba. El registro en las habitaciones de *miss* Mumby fue algo más prolongado pero su cara terminó expresando la misma satisfacción al sacar a la luz algo escondido en un hermoso par de

zapatos bordados sin estrenar.

No se llevó nada de ninguna de las habitaciones, pero regresó satisfecho a su cama ya fría y durmió el sueño de los justos.

2

Charles se presentó en la oficina de Bray al día siguiente y se adueñó de la única silla cómoda de la estancia.

—Sobre la coartada de Budge... —dijo Charles.

Bray alzó la vista expectante.

Charles calló mientras colocaba el monóculo al borde del escritorio con una meticulosidad exasperante y, con un hábil empujoncito, lo hacía girar como una peonza.

—Creo que puedo desmontarla —murmuró.

—Estupendo —dijo el detective sarcástico—. Eso sería todo un detalle por tu parte.

Charles no prestó atención.

—Puedo serte útil, Bray. Tú estás paralizado por la burocracia y no puedes tomar las medidas necesarias para demostrar que la pájara Mumby y el viejo como-se-llame son unos mentirosos. Yo sí puedo, pero necesito tu cooperación.

—¿Cómo puedo ayudar? Soy todo oídos —replicó Bray, sin impresionarse—. No es frecuente que Scotland Yard tenga el honor de poder ayudar a un joven aficionado superdotado como tú.

Charles sonrió.

—Solo necesito que encierres a Budge.

El detective se quedó boquiabierto.

—“¡Solo!”. ¿Y de qué le acuso, tienes la bondad de decírmelo?

—De cualquier cosa —contestó el otro indiferente—. Es probable que no tenga licencia para su revólver.

—No seas tonto, Charles. Sabes perfectamente que no podemos encerrar a alguien solo para ver qué pasa.

Charles abandonó su actitud alegre y adoptó una expresión severa.

—Mira, Bray, no estoy bromeando. No puedo decirte lo que tengo en

mente porque mi forma de manejar la situación no va a ser estrictamente legal. Pero trae a Budge aquí, a la comisaría, dando la impresión de que está arrestado y te garantizo que destruyo en un abrir y cerrar de ojos esa coartada que te ha causado tantas noches de insomnio.

El inspector Bray se rascó la cabeza y reflexionó un largo rato. Por fin habló.

—Escucha, me niego a asumir la responsabilidad de las posibles consecuencias de esto. Pero me han impresionado un par de logros tuyos y no me importa admitir que, en ciertos aspectos, el *amateur* tiene algunas ventajas sobre Scotland Yard. Iremos a ver a Budge y le pediremos amablemente que acuda para contestar algunas preguntas, voluntariamente, por supuesto. A partir de ahí, dependerá de ti aprovechar la ocasión.

Charles sonrió.

—Buen chico. Tráelo lo antes posible y prepárate para algo bueno.

Charles se puso en pie y salió de la habitación. Bray lo miró con recelo. Finalmente, se encogió de hombros resignado y dedicó su atención a limpiar su escritorio.

### 3

La voz de Bray sonó extremadamente cortés y educada cuando llamó a Budge para preguntarle si no le importaría acercarse a Scotland Yard para responder a algunas cuestiones. Budge aceptó de buena gana y, diez minutos después, un Invicta de Scotland Yard aparcó en la puerta del hotel y dos policías se bajaron y escoltaron a Budge hasta el interior del coche con una cordialidad exagerada, ante la patente incomodidad de este.

Una sirvienta del hotel, que lo había visto todo desde una ventana, bajó corriendo las escaleras hacia la cocina, donde el *maître* se encontraba en solemne conferencia con el cocinero.

—¡Mr. Budge ha sido arrestado! —gritó ella.

—Tonterías —respondió automáticamente el *maître* con el ceño fruncido.

—¡Es cierto! Dos polizontes han venido y se lo han llevado. No le han dado tiempo ni a llevarse sus cosas.

—No saques conclusiones apresuradas —la reprendió su superior con

altivez—. Ha ido al Yard a dar su testimonio, nada más.

—¡Oh, no sabía! —respondió la joven escarmentada—. Pensé que como se lo habían llevado de esa manera...

—Bueno, pues aprende a controlarte —respondió el otro.

Pero, un instante después, el *maître* se dirigió a la habitación de Budge y se llevó todo lo que pudo encontrar de valor. A pesar de sus palabras anteriores veía venir el inminente colapso del The Garden Hotel.

#### 4

—Hola, coronel —saludó Charles alegremente mientras entraba en el hotel—. Llega usted justo a tiempo para enterarse de una exclusiva calentita, justo antes de que se publique. ¡Budge ha sido detenido por el asesinato de su esposa!

Cantrip palideció.

—¿Detenido? ¡Tiene que estar bromeando, Venables!

—En absoluto. Dos oficiales del tamaño de un armario cada uno han venido y se lo han llevado. Me temo que no lo volverá a ver, a menos que consiga colarse en Old Bailey.

Cantrip no mostró sorpresa, pero sí una gran irritación. Sus dedos huesudos tiraban nerviosamente de su bigote.

—¡Es una medida totalmente desconsiderada! —gimió—. ¿Quién gestionará el hotel sin él?

—¿Quién, en efecto? —preguntó Charles alegremente. Y añadió guiñando un ojo—: Sus suministros se están agotando, ¿eh?

—¡Oh, Dios mío! No sabía que tú también... —comenzó Cantrip pero se interrumpió súbitamente.

—Pues sí, ya ve —mintió Charles.

—Humm —murmuró el coronel—. Me siento tan indefenso después de todos estos años... Deberíamos reunirnos más tarde para charlar de este asunto. Sí, creo que tenemos que hablar de esto.

Y el coronel se alejó, sumido en sus pensamientos.

Ese día, Charles llegó tarde al almuerzo pero consiguió ver a Viola a solas un instante antes de que sonara el gong.

—Escucha, Viola —susurró—. El castillo de naipes empieza a

desmoronarse. Scotland Yard ha invitado a Budge a responder algunas preguntas en comisaría pero me interesa que se corra el rumor de que ha sido arrestado. Escucha con atención: nadie, absolutamente nadie debe sospechar otra cosa durante el almuerzo.

—De acuerdo. ¡Oh, Charles! ¡Eso suena muy emocionante! Puedes confiar en mí. Si es necesario, juraré que he visto con mis propios ojos cómo le ponían las esposas.

Charles llegó tarde a almorzar porque había estado realizando otra pequeña incursión en las habitaciones de *miss* Mumby y Winterton. Y esta vez sí que se había llevado el botín. Entró en el comedor con un par de pequeños paquetes en el bolsillo y saludó tranquilamente a sus incautas víctimas.

—Mal asunto —comentó Charles en voz alta—. He oído a un amigo de Scotland Yard decir que ese tipo, Budge, ha confesado.

El *maître* puso cara de asombro y una doncella dejó caer un cuchillo con gran estrépito.

—A saber qué pasará ahora con este negocio... —continuó Charles.

Los presentes comenzaron a discutir el caso entre ellos desde todos los ángulos posibles: el porqué, el cuándo y el cómo.

—No puedo entenderlo —observó *miss* Mumby, girándose hacia Charles y acariciando mecánicamente al gatito sentado en su regazo con las patas metidas en el platillo del pan—. Creía que era imposible que Mr. Budge lo hubiera hecho, porque tanto Mr. Winterton como yo lo vimos en el momento del asesinato. No me fío de ese joven Bray —continuó sombría—. Creo que está buscando alguien a quien echar la culpa como sea y ha elegido a Mr. Budge como podía haber elegido a cualquier otro.

*Miss* Geranium desmigaba nerviosa su pan. *Miss* Hectoring la miró una o dos veces con afecto y ansiedad. De repente, *miss* Geranium se puso en pie violentamente y la silla cayó hacia atrás con estrépito.

—¡Hipócritas! —exclamó apasionadamente.

Charles no pudo evitar sonreír ante la sincronización con la que se paralizaron todas las mandíbulas. Los ojos de los comensales miraron nerviosos en su dirección.

—¡Hipócritas! ¡La maldición del Señor va caer sobre todos ustedes, pecadores indignos! Es mejor que se arrepientan antes de que sea demasiado tarde. ¡Oh, Dios mío!

La mujer se desmoronó y estalló en agitados sollozos.

*Miss Hectoring* intentó calmarla en vano. *Miss Sanctuary* corrió a su lado.

—Vamos, vamos, querida —la tranquilizó—. No debe permitir que estas cosas la alteren tanto.

*Miss Geranium* consiguió calmarse.

—Es usted una buena mujer —murmuró.

Charles, sentado a pocos metros de distancia, escuchó la protesta de *miss Sanctuary*. —¡Tonterías!

—Sí, sí lo es —insistió la otra—. ¡Demasiado buena para este antro de vicio!

—Tiene un poco de fiebre, querida —afirmó *miss Sanctuary*, poniéndole una mano en la frente—. Es mejor que suba a acostarse.

*Miss Sanctuary* ayudó a *miss Geranium* a ponerse de pie y salir de la habitación. Se produjo un silencio embarazoso.

—¡No tengo por qué aguantar a esa mujer! —gritó el coronel fuera de sí—. ¡No! Yo...

Su voz se convirtió en un murmullo de protesta.

—La verdad es que debería estar internada en un asilo —susurró Mrs. Salterton-Deeley a su vecino, Mr. Nicholas Twing—. Sería mucho mejor para ella, pobrecilla.

Por desgracia, el susurro de Mrs. Salterton-Deeley era de tipo agudo y penetrante. Llegó a *miss Hectoring*, que se lanzó en defensa de su amiga como una leona... una leona marina, tal vez, dadas sus proporciones.

—Le diré algo, Mrs. Salterton-Deeley —dijo ella, avanzando hacia su mesa—. Antes de que pase mucho tiempo, usted también terminará internada en algún asilo. Mire su cuchara, ¡tiembla como un flan!

Mrs. Salterton-Deeley la fulminó con la mirada. La cuchara se había detenido en el aire y la sopa se derramaba por todas partes. *Miss Hectoring* la miró, retadora como un bulldog, hasta que la pelirroja retiró la mirada.

En otra mesa, Charles escuchaba algunos fragmentos de la conversación entre Eppoliki y Mrs. Walton. El ojo bueno del egipcio se movía frenético.

—Quizá fue una mano humana la que mató a Mrs. Budge o quizá no. Pero estoy seguro de que la fuerza impulsora fue una mala acción del pasado de la señora, ¿no?

—¿Crees en la reencarnación? —preguntó *miss Arrow* interesada. Había

venido a ver a Mrs. Walton, a quien conocía de cuando se alojaba en el hotel, y se había quedado a almorzar.

—Oh, sí, es algo demostrado —respondió Eppoliki con vaguedad—. En el fondo de su alma, todos ustedes creen en el poder del mal, ¿no?... Hace poco yo quería un buen maletín de cuero, de los caros... Pues dije a *miss* Mumby: “O me compra el maletín o le echo una maldición”... Y me compró el maletín —concluyó Eppoliki triunfal.

—¡Eso es chantaje, Eppoliki! —exclamó *miss* Arrow riendo.

Mrs. Walton se estremeció. Sus párpados se cerraron como si la conversación le molestara.

—*Miss* Mumby es una dama algo crédula, tal vez —admitió Eppoliki—, pero es cierto lo que digo, ¿no? El cerebro concibe el plan y la mano sostiene la daga, pero es la maldad de nuestro pasado la que dirige y apuñala. —Pensó un momento—. No creo que Mr. Budge haya cometido el asesinato.

—Me siento como si viviera en un manicomio —se lamentó en voz baja Viola.

—Déjame aclarar este caso —susurró Charles—, y te prometo que te sacaré de aquí.

—¿Es eso una proposición?

—No tenía esa intención, pero yo soy un hombre de honor y si la has tomado como tal, cumpliré mi palabra.

Viola soltó una carcajada. El sonido sonó extraño en el comedor.

## 5

Budge se encontraba cómodamente instalado en la mejor sala de espera de Scotland Yard, pero su malestar empeoraba gradualmente hasta llegar a un estado casi febril. Le habían conducido a toda velocidad por las calles de Londres, como persiguiendo a algún ladrón de coches, para luego hacerle esperar durante dos horas. Distintos jóvenes elegantes de pelo engominado le habían visitado a intervalos regulares para consolarlo, ofrecerle revistas y expresar su sorpresa por el retraso de cierto superintendente, pero eso no quitaba que llevara esperando dos horas.

Por fin llegó un mensaje del superintendente Chelmsford presentando sus más humildes disculpas y avisando de que no podría llegar hasta las dos y

media de la tarde. ¡Qué contrariedad! El inspector Perkins confiaba en que Mr. Budge fuera tan amable de acceder a almorzar con él. A Budge le llevaban los demonios, pero accedió.

En otra parte de la ciudad, Charles, sin esperar al final del almuerzo, se escabulló por las escaleras hasta la sala de estar de Winterton y se sentó en un sillón dando la espalda a la puerta.

Unos minutos más tarde, Winterton entró en la habitación. No miró a su alrededor sino que se dirigió directamente al escritorio. Se sobresaltó y lanzó una maldición al no encontrar nada. Comenzó a revolver frenético en los cajones.

En ese momento, Charles se levantó en silencio. Se colocó el monóculo en el ojo y, con las manos en los bolsillos, dijo:

—No se moleste, Winterton. No lo encontrará porque yo me lo he llevado.

Winterton se dio la vuelta y pegó un respingo.

—¡Santo cielo! —exclamó al fin, sus dientes castañeteaban—. ¡Menudo susto! ¿Qué decías?

Charles lo repitió.

Winterton lo miró boquiabierto un instante, boqueando como un pez en tierra firme. Luego irrumpió en un torrente de insultos.

—¡Ladrón! —concluyó finalmente—. Devuélvemelo de una vez.

—Oh, de eso nada —respondió Charles sonriendo con astucia—. Queda confiscado.

Enfurecido, Winterton se abalanzó sobre él.

Charles frenó el ataque con un brazo extendido y le empujó hacia el sillón.

—Siéntese y déjese de tonterías —le ordenó.

Winterton se sentó. Sus ojos relampagueaban de odio y sus manos se retorcían nerviosas.

—Escúcheme, Winterton. Tengo aquí su suministro semanal de heroína, está en mi bolsillo. Budge está en la cárcel y no va a recibir más.

La voz de Winterton se convirtió en un gemido de agonía.

—Venables, no puedes hacer eso, no puedes. ¡No te das cuenta de mi sufrimiento! Es medicina, debo tomarla.

El hombre producía una impresión lamentable, como un perro maltratado

que implora a su amo.

Charles, implacable, sacó una cajita cuadrada y abrió la tapa.

—Humm, vamos a ver... bien dosificado, esto le duraría quince días. Y ahora no tiene nada.

Con otro gemido de angustia, Winterton se abalanzó de nuevo hacia él. Charles le devolvió con firmeza a la butaca.

—Ahora escuche, Winterton —dijo Charles—. Esta vez me va a decir la verdad, para variar. No estuvo con Budge la noche del asesinato, ¿no es así?

—No, no le vi —respondió el otro en tono apagado.

—Budge le explicó lo que pasaría si le arrestaban: el suministro cesaría. Usted, que vendería su alma al diablo por su dosis regular de droga, como cualquier adicto, aceptó respaldar la coartada falsa. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí —aceptó el otro, que ya no mostraba ninguna señal de lucha—. ¿Y qué? Él me aseguró que era inocente.

—Bueno, Budge ahora está entre rejas. Ha confesado y usted se ha quedado sin su fuente de suministro. Pero le devolveré su droga si me firma una declaración manifestando que Budge le pidió que jurara que estaba con usted esa noche y que, sin darse cuenta de las consecuencias de su acción y creyéndole inocente, así lo hizo.

—Firmaré —dijo el otro sin dudar. Su mente en ese momento solo podía enfocarse en una cosa. Extendió el brazo para recoger su preciosa caja.

—No tan rápido —respondió Charles—. Tendrá que esperar hasta que haya visto a *miss* Mumby y haya hablado con Bray.

Charles salió de la habitación. Mientras cerraba la puerta, echó una última mirada a un Winterton agónico.

“Vayamos ahora a ver la dama. Requerirá de un manejo más delicado, pero no creo que sea muy difícil...”.

Y no lo fue. Poco después, Charles salió de la habitación de *miss* Mumby con una sonrisa satisfecha y lo primero que hizo fue llamar a Bray.

Bray estaba en ese momento soportando con paciencia el aluvión de protestas de un Budge enfurecido. Y enfurecido con razón porque se había pasado toda la tarde con el superintendente Chelmsford. Es imposible describir con palabras la increíble estupidez del superintendente Chelmsford. Cortés, extraordinariamente respetuoso, había repasado con Budge minuciosamente todos los detalles del caso, pero parecía incapaz de

comprender el dato más simple sin extensas explicaciones. Tomaba nota de todo de forma meticulosa y tenaz. Insistió en que Budge dibujara un plano del hotel y luego demostró tener una gran dificultad en comprenderlo.

Finalmente, los nervios de Budge estallaron bajo la tensión en un momento en el que, hasta Chelmsford, magnífico actor, empezaba a sudar tinta por el esfuerzo de mantener una actitud de torpeza absoluta. Budge se negó a decir una palabra más hasta que Bray llegara y, cuando por fin lo hizo, protestó apasionadamente por el acoso sufrido.

Pero en ese momento había sonado el teléfono. Y era Charles quien estaba al otro lado de la línea.

—Hola, Bray. Todo ha ido bien. Ya puedes liberar a Budge, pero ven para acá con una ventaja de veinte minutos sobre él.

Bray se esforzó en no expresar en su tono el júbilo que sentía y, delante de los otros dos, respondió de forma que no le comprometía a nada. Le resultaba casi imposible creer que Charles había tenido éxito donde él había fracasado tan estrepitosamente, pero empezaba a darse cuenta de que ese joven desgarrado, a pesar de su falta de experiencia y técnica, tenía un talento natural que funcionaba donde los métodos profesionales de Bray resultaban inútiles.

Salió apresuradamente de la comisaría y dio órdenes al chófer del coche oficial de dirigirse a toda velocidad hacia The Garden Hotel.

## 6

Charles recibió a Bray en la entrada y lo apartó a un lado.

—Tengo lo que querías —le susurró—. Pero has de prometerme algo: no presionar a Mumby ni a Winterton por el motivo de su mentira. Céntrate en lo que te interesa y haz la vista gorda con todo lo demás.

Bray aceptó de buena gana. Su segundo interrogatorio a *miss* Mumby y Winterton fue muy diferente del primero. Muy nerviosos y con el ánimo quebrado, admitieron rápidamente que Budge les había dictado lo que tenían que declarar. Bray no intentó presionarles. Escuchó sus absurdas excusas sin aparente sorpresa y redactó con rapidez una declaración que ambos firmaron. Winterton estampó su nombre con dedos temblorosos y miró inquisitivamente a Charles.

—He vuelto a poner sus regalos de Navidad donde los encontré — confirmó Charles.

Los dos se levantaron con patética ansiedad y se apresuraron a salir de la habitación.

—¡Cómo demonios!... —comenzó Bray.

Charles se llevó un dedo a los labios.

—Silencio —le amonestó melodramático—. Hay algunas cosas que los buenos policías no deben saber. Lo he conseguido mediante una combinación de chantaje, robo y amenazas con violencia y creo que cuanto menos sepas del tema, mejor. Como diría Al Capone: “No te metas en líos”.

Bray sonrió.

—Quizás tienes razón. No me gustaría nada enterarme del embrollo en el que te has metido, estoy convencido de que es algo ilegal. Pero por fin tenemos a Budge. Voy a hablar con mi jefe y mañana conseguiré una orden judicial. Mientras tanto, mantendré el hotel vigilado por si intenta adelantarse a nosotros y huir.

—Sí —aceptó Charles reflexivo—. Supongo que el próximo paso es arrestar a Budge.

Se levantó y estiró sus largas piernas y brazos.

—Bueno, me marcho. Tengo que mantener viva la historia en el *Mercury* de alguna forma. A ver qué demonios cuento hoy. ¡Ojalá pudiera decir la verdad!

En la puerta, Charles titubeó. Luego se giró y dijo:

—Por supuesto, ahora estoy más seguro que nunca de que Budge es completamente inocente.

Y antes de que Bray pudiera expresar su pasmo, la puerta se cerró.

# Capítulo 13 | El verdugo se adelanta

1

No había tregua para las agujas de punto de *miss* Sanctuary. Mr. Budge se sentó a su lado y se quedó mirándolas como en trance. El hombre estaba claramente alterado por algo. “Está asustado”, pensó la mujer. Pero se abstuvo de decir nada y el clic-clac continuo de las agujas pareció tranquilizarlo finalmente.

Mr. Budge se recolocó la corbata.

—Creo que necesito un consejo —dijo al fin secamente, sin mirarla—. Y creo que usted puede dármelo.

Ella sonrió y se quitó las gafas.

—No es usted el primero que lo piensa —dijo con resignación, guardando su labor en la cesta—. El escritor O. Henry, en una de sus historias, clasifica a las personas en pies, manos u hombros. Me temo que yo pertenezco a la última clase y, para ser sincera, no me disgusta del todo. ¿Qué quiere?

Budge parecía tener dificultad en trasladar sus pensamientos a palabras.

—A ver cómo lo explico —comenzó con cautela—. Imagine a un hombre sospechoso de asesinato. Es inocente, pero los hechos están en su contra. Él piensa que el asesino debe de ser algún pariente de una persona que le guarda rencor. —Budge vaciló y luego prosiguió con esfuerzo—: No pretendo lavar mi imagen, ese rencor está en cierta manera justificado y si se filtraran los motivos sería muy perjudicial para mí. Sin embargo, la única manera en la que puedo guiar a la policía hacia el verdadero asesino es contándoles toda la historia...

*Miss* Sanctuary no era tonta. Miró a Budge con atención, sus ojos azules se veían extraordinariamente límpidos sin sus gafas.

—Si quiere mi consejo, ha de ser franco conmigo. ¿Estoy en lo cierto al suponer que está chantajeando a ciertas personas y ese es el motivo del rencor que comenta?

Budge se retorció incómodo. No contaba con una valoración tan precisa de sus actos por parte de la anciana. Sin embargo, se sentía mejor ahora que había expresado el miedo que le oprimía.

—Bueno, yo no lo definiría de esa manera —observó—. Admito que me pagaron algo por guardar silencio.

—Entonces, en su lugar —respondió *miss* Sanctuary con gesto de repulsa —, yo tendría mucho cuidado de no decir nada a la policía hasta que no sea absolutamente necesario; en otras palabras, hasta que sea arrestado.

—¿Eso es lo que cree? —respondió el otro, haciendo una mueca ante la palabra “arrestado”—. Eso pienso yo también. —Miró a su alrededor con aprensión—. Puedo contar con su discreción, ¿verdad?

—Yo no tengo por costumbre sacar beneficio de los problemas ajenos —respondió ella secamente, con un sarcasmo que se perdió en él—. Sí, claro que puede contar con mi discreción.

*Miss* Sanctuary se quedó a solas de nuevo, se volvió a colocar con cuidado las gafas y regresó impasible a su labor.

—¡Qué cosa más extraordinaria! —dijo en voz alta a uno de los gatos de *miss* Mumby, involuntario espectador de la escena.

## 2

Eran las once de la mañana del día siguiente y Bray estaba reunido con Charles en el saloncito del hotel.

—¿A qué te referías anoche cuando dijiste que no creías que Budge fuera el culpable? —preguntó Bray—. Eres realmente exasperante. Pones todo tu empeño en destruir la coartada de Budge mediante actividades probablemente ilegales y luego me confiesas que crees que ese tipo es un inocente corderito.

—Es precisamente su coartada lo que me hace pensar que es inocente —respondió Charles—. Sabemos que la fabricó apresuradamente después del crimen, por lo que era fácil de desmontar. Pero yo tengo un respeto tremendo por la inteligencia de ese tipo y estoy bastante seguro de que, si hubiera planeado él el asesinato, se habría procurado de antemano una coartada a prueba de bombas. Nunca se habría arriesgado a la posibilidad de que la enfermera lo viera. Lo único que concuerda con su personalidad es la rápida eliminación de las diferentes partes del cadáver y creo que los dos estamos de acuerdo en que no fue él sino Blood el que se encargó de eso.

—Tu razonamiento es demasiado sofisticado para mí —objetó Bray riendo—. Si lo diéramos por bueno nunca condenaríamos a nadie porque

siempre pensaríamos que los sospechosos más obvios nunca habrían sido tan tontos como para convertirse en sospechosos. Cuando tengas un poco más de experiencia te sorprenderás de la estupidez de los criminales. Poseen un tipo de egocentrismo que les lleva a subestimar la inteligencia del resto.

—En todo caso, todo esto no es más que una teoría —respondió Charles con calma—. Pero, si arrestas a Budge, te aseguro que estallará el caos en esta casa y, entre los escombros, deberíamos de poder recuperar alguna prueba que apunte al verdadero asesino.

—Por desgracia, no logramos localizar a Budge. Se fue sin dejar ningún mensaje de a dónde iba.

—¿Habló con alguien antes de marcharse? —preguntó Charles.

—Sí, parece que intercambió unas palabras con *miss* Sanctuary.

Fueron a buscar a *miss* Sanctuary, que seguía tejiendo apaciblemente frente al fuego en la pequeña sala de estar.

—Sí, hablé con él esta mañana, inspector —confirmó la mujer—. Le conté la escena de ayer con *miss* Geranium... Usted estuvo presente, ¿verdad, Mr. Venables? Pobre criatura, me temo que no es muy feliz aquí.

—¿Por casualidad le dijo a dónde iba?

—No, ¿por qué lo pregunta?

El inspector vaciló.

—A decir verdad, señora, lo estamos buscando —dijo dando unas palmaditas significativas al bolsillo de la chaqueta.

—¡Santo cielo! —exclamó *miss* Sanctuary—. ¿Trae una orden de arresto?

El detective asintió.

—¡Pobre hombre! Pero todo el mundo decía ayer que ya había sido arrestado. Todo esto es muy confuso.

—Lo de ayer solo fue un rumor. Hoy es un hecho —dijo el detective con gravedad.

—Bueno, espero que por fin atrapen al responsable —observó *miss* Sanctuary deteniendo sus agujas un instante—. Es horrible mirar a tus vecinos y pensar cuál de ellos será el culpable. Ayer, cuando *miss* Hectoring se enfadó y puso su mano sobre mi brazo pensé que esa mano podría haber sido la que me presionó la cara esa terrible noche...

La mujer esbozó una sonrisa de disculpa.

—Por supuesto que son solo imaginaciones mías, pero me alegraré mucho de todos modos cuando todo esto haya acabado. ¿Supongo que está seguro de que esta vez no se equivoca?

—Completamente —le aseguró Bray.

*Miss Sanctuary* reflexionó un instante.

—Supongo que es mi deber prestarle toda la ayuda que pueda —dijo al fin—. Sin embargo, también me parece cruel arrojar a la policía sobre un compañero, como un perro de presa. No es que no admire el gran trabajo que hace la policía... —agregó rápidamente.

Bray esperó.

—Mientras estaba conmigo, le oí comentar por teléfono con alguien que se encontraría en el Club Liberal de East Kensington entre las dos y las tres.

—Muchas gracias, es un dato importante —dijo Bray—. Y no debe sentirse mal por decírnoslo. Es solo una cuestión de tiempo el que le echemos el guante, ¿sabe? La información que nos ha proporcionado no supone tanta diferencia.

*Miss Sanctuary* sonrió agradecida.

—Gracias por el consuelo. En realidad, no creo que uno deba eludir sus responsabilidades. Hace poco tuve que administrar veneno a mi pequeño terrier, con mis propias manos. Había contraído meningitis. Creo que eso fue más compasivo por mi parte que dejar la tarea a un veterinario. Y creo que no hay que dudar a la hora de llevar ante la justicia al asesino de una dama tan amable y tan querida por todos.

Los dos se pusieron de pie.

—Me temo que esta trágica historia aún no ha llegado a su fin, *miss Sanctuary* —dijo Charles con gravedad—. Si mi intuición no me engaña, todos nos llevaremos algún *shock* extra antes de poder cerrar el capítulo.

### 3

—Le he estado buscando por todas partes, inspector —comentó Blood acercándose a Charles y Bray con una mirada preocupada—. ¿Qué es todo eso de que ayer detuvieron a Budge? ¡Pero si lo he visto esta mañana paseando y parecía la mar de contento!

—Ayer solo se le pidió acudir a Scotland Yard para responder a unas

preguntas —respondió Charles—, el rumor era prematuro, pero ha resultado ser verdad. La policía lo busca, tienen una orden de arresto contra él por el asesinato de su esposa.

—¿Está seguro de que es el culpable?

—Usted es la segunda persona en cinco minutos que me hace esa pregunta —respondió el detective con cansancio—. ¿Cree que nos gusta arrestar a la gente porque sí?

Blood ignoró el sarcasmo y dijo con voz tirante:

—Venga a mi habitación un momento. Tengo algo importante que contarle.

Bray lo siguió sin vacilar. Charles iba a apartarse discretamente, pero Blood se giró hacia él y le dijo:

—Será mejor que vengas tú también, Venables. Puedes confirmar algunos de los detalles de mi historia.

Blood guio a ambos hasta su habitación y, nervioso, se pasó un rato divagando. Se le notaba tenso y sus ojos vagaban erráticos por el dormitorio. Bray reconoció los síntomas. Se avecinaba una confesión.

—Tengo que hacer una declaración —dijo el párroco bruscamente. Juntó las manos hasta que los nudillos se volvieron blancos—. Fui yo quien desmembró el cuerpo de Mrs. Budge.

Bray no dijo nada. Muchas preguntas le vinieron a la mente pero la experiencia le había enseñado a reprimirlas. Charles asintió sabiamente con la cabeza. Su monóculo brilló.

Blood habló de nuevo con voz tensa y seca.

—Soy, por supuesto, inocente del asesinato, pero hasta que apareciera el culpable no me atrevía a confesar lo que hice... ¡Oh, fue una locura!, algo monstruoso. He pagado la pena mil veces en arrepentimiento e insomnio, pero es fácil hacer lo correcto *a posteriori*...

El detective expresó su acuerdo con un pequeño ruido inarticulado. No dudaba de que el párroco hubiera sufrido mucho.

—Venables estaba presente en mi habitación cuando levanté la tapa de la cesta de la ropa —continuó el reverendo—. Y allí, mirándome, estaba la cabeza de Mrs. Budge, deformada por el *rigor mortis*. Casi me dio un ataque de pánico pero me recobré y pensé: “Piensa con calma o vas a la horca”. En ese momento no pensaba ocultar el cadáver, solo ganar tiempo para reflexionar, pero Budge entró en mi habitación y quiso vaciar la cesta. Supe

entonces que era él quien había puesto el cuerpo allí y que ese canalla se inventaría cualquier historia para echarme a mí el muerto... nunca mejor dicho, por cierto.

Hizo una pausa y alzó las cejas. Su frente brillaba por el sudor.

—Eché a ambos de la habitación y cerré la puerta. Mi formación médica me ha convertido en lo que se podría calificar de insensible hacia estas cosas. Lo que tenía en mis manos no era Mrs. Budge, la mujer real ya estaba frente a nuestro Hacedor, la cesta solo contenía su cuerpo abandonado.

Blood se detuvo a meditar un instante. Revivía la escena de nuevo.

—Entonces me puse a trabajar. Era como si hubiera vuelto a mis días de estudiante de medicina... Hice un trabajo excelente. Fui guardando poco a poco las diferentes partes en mi maleta, fue absurdamente simple. Luego limpié todo escrupulosamente y, en cuanto pude, intercambié la cesta de la ropa por la de la habitación de Budge ... Me sentía bastante seguro hasta que usted empezó a hablar de registrar la habitación. Entonces tiré por la ventana el chal de Mrs. Budge, que aún tenía en mi poder, y los escalpelos. Antes no había tenido tiempo de deshacerme de ellos.

Bray sonrió.

—Le vimos tirarlo todo por la ventana y Charles ya había interpretado su sorpresa esa mañana, así que su historia no nos sorprende.

—Oh, me he portado como un imbécil, ya lo sé —respondió el párroco avergonzado—. Por culpa de un momento de pánico, he hecho todo lo posible para implicarme yo y proteger al verdadero asesino. Soy una desgracia para el clero y supongo que me acusarán de complicidad.

—Desde luego que tendríamos justificación si lo hiciéramos —dijo Bray—, pero, en vista de su declaración voluntaria, podemos pasarlo por alto si le convocamos como testigo de la acusación.

—Entonces me tratarán mejor de lo que me merezco —dijo humildemente el otro.

Charles le miraba con expresión desconcertada. Bray se sentía igual de perplejo que él. Era inconcebible que cualquier ser humano inteligente actuara como lo había hecho Blood. Debía de estar ocultando algo, alguna circunstancia incriminatoria que le había hecho pensar que la policía sospecharía de él... ¿Qué era lo que escondía? ¿Valdría la pena presionarlo o solo serviría para proporcionar a la defensa un arma adicional con la que atacar a Blood? Porque Bray se dio cuenta de que la defensa de Budge

aprovecharía al máximo las acciones sospechosas del párroco para desacreditar el caso del fiscal.

La inspiración, clara y luminosa como una musa, le llegó de repente. Se puso en pie, tratando de reprimir su euforia.

—¿Tuvo mucho trabajo para limpiar las manchas de sangre? —preguntó con indiferencia.

—No —respondió el otro—. No había demasiadas. La mayor parte de la sangre se había coagulado ya.

Bray le lanzó una mirada significativa.

—Supongo que usaría un poco de ese limpiador patentado de su propia invención —dijo al fin.

Cuando Blood comprendió el significado completo de sus palabras, palideció. Completamente blanco, se desplomó en su silla. Charles miraba a ambos sin entender nada.

—No hay duda de que hoy estoy especialmente torpe —comentó Charles con amargura cuando ya habían salido al pasillo—, pero ¿por qué demonios nuestro amigo por poco se desmaya al mencionar sus productos de limpieza?

Bray guardaba el recorte del periódico en su billetera. Lo sacó y le contó al otro cómo y dónde lo había encontrado.

—En uno de esos destellos de intuición que uno recibe ocasionalmente —explicó—, pensé en Blood como el hombre más probable para representar el papel de joven estafador. Ese es el motivo de que no delatara a Budge. Budge lo tenía bajo su control.

El detective hizo una pausa.

—Aún no logro entender por qué Budge no usó la información que tenía sobre Blood para chantajearlo. Me da la impresión de que, aunque tengo la solución en la punta de mis dedos, no consigo llegar a agarrarla.

Charles le dio un golpecito alegre en la espalda.

—¡Ajá! ¡El eslabón perdido! —exclamó—. ¡Ahora lo entiendo todo! Bray, muchacho, dentro de poco no vas a dar crédito a lo que verán tus ojos.

—Me alegro de que a ti te resulte tan simple —dijo el otro con irritación—. Para mí, está tan claro como el barro.

El Club Liberal de East Kensington no fue fácil de encontrar. Y allí esperaba un nuevo contratiempo. Bray se dirigió directamente al *barman* como fuente de información. Este, un tipo melancólico, se quedó algo perplejo ante la tarjeta oficial de Bray.

—Mr. Budge vino, pero ya se ha marchado —comentó—. Recibió una carta urgente, la leyó y se fue corriendo.

Bray estaba saliendo ya cuando el *barman* llamó su atención.

—¡Eh, señor!

Bray regresó sobre sus pasos. El camarero parecía experimentar algún tipo de emoción soterrada y su cara asumió una expresión de astucia extrema.

—Él sabe que ustedes van tras él, alguien se ha chivado... Esa carta... —el camarero continuó tímidamente—. Supongo que un vistazo a esa carta tendrá algo de valor para usted, ¿no es así?

El detective vio la luz al final del túnel. Una amenaza habría conseguido sin duda su propósito, pero prefirió pagar. Sacó un billete de una libra que intercambió sin dificultad por un papel arrugado. Su contenido le produjo una punzada en el estómago.

*“Estimado Mr. Budge:*

*La policía tiene una orden de arresto contra usted por el asesinato de su esposa. Su detención es casi segura.*

*Estoy asumiendo un gran riesgo al advertirle de que la policía se dirige a su club para arrestarle. He reunido algo de ropa y el dinero que he encontrado en su escritorio y lo he guardado todo en una bolsa que encontrará en el cobertizo de herramientas del jardín. Venga a por ella pero, por el amor de Dios, dese prisa.*

*Es posible que sea usted el culpable. Y supongo que yo soy una delincuente a los ojos de la ley por ayudarle. Pero, ahora que tengo la oportunidad, debo alzar mi pequeña protesta contra las leyes crueles y vengativas de este país, que le quitan a Dios SU prerrogativa y manejan la ley sin piedad, con venganza y odio. Mientras exista esta lacra de la pena de muerte, debo alinearme contra las instituciones que la permiten. Si le he salvado de la muerte, recompénsese con una vida mejor. Hasta los mejores de nosotros no somos más que pecadores. Queme esta carta.*

*Laura Sanctuary”.*

Absolutamente perplejo, Bray vaciló.

—¡La muy ladina! —murmuró.

Sin embargo, no era la primera vez que se topaba con defensores militantes de diferentes derechos. El anti-viviseccionista y el que no come carne pueden violar la ley de forma más escandalosa que alguien desprovisto por completo de conciencia. La conciencia nos empuja a todos a acciones heroicas.

Corrió hacia el teléfono. Habló con su jefe y se aseguró de que vigilaran los puertos del canal así como los aeropuertos de Lympne, Croydon y Heston.

Luego se subió a un taxi. Budge le llevaba dos horas de ventaja.

## 5

El cobertizo de herramientas era una triste estructura de madera construida al fondo del jardín. Las telarañas y el polvo evitaban casi por completo que los rayos de luz penetrasen por la ventana.

Bray abrió la puerta con cautela. No veía prácticamente nada al entrar en la oscuridad desde la intensa luz exterior, pero podía distinguir la figura de un hombre mirándolo fijamente desde una esquina.

—¿Es usted, Budge? —preguntó.

No hubo respuesta.

Bray sacó unas cerillas y encendió una...

Ningún representante de la ley podría arrestar ya a Budge, ningún tribunal terrenal le juzgaría. El extremo de una cuerda estaba enrollado en una viga y rodeaba su cuello por el otro. Sus pies no tocaban el suelo.

Un cuarto de hora más tarde, la máquina de la ley ya se había puesto en marcha ante este nuevo acontecimiento. Bray no estaba seguro de si alegrarse o lamentarlo. Volvió a leer la nota escrita con letra temblorosa:

*“Para el médico forense:*

*Hoy me he enterado de que hay una orden de arresto contra mí por el asesinato de mi esposa. Al principio pensé en huir pero... ¿de qué me serviría? ¿Qué vida llevaría siempre con el miedo a ser descubierto y*

*acabar en prisión?*

*Estoy muy deprimido, me siento un estúpido.*

*Sr. forense, el veredicto de mi muerte es: suicidio en un ataque de demencia temporal, y el veredicto de la muerte de mi esposa es: asesinada por su esposo, George Budge”.*

—Muy servicial y considerado por su parte —comentó Charles, leyendo sobre su hombro—. ¿Cómo lo hizo, por cierto?

—De forma ortodoxa —respondió el detective—. Se subió sobre la caja y se colocó la soga alrededor del cuello. Luego le dio una patada a la caja. Primitivo, pero efectivo.

—Bueno, ¿y qué te parece? —preguntó Charles.

—Creo que hemos llegado al final del caso más enredado de mi existencia —respondió Bray—. Siempre hay un pequeño elemento de duda en cuanto a la posibilidad de condena, pero Budge se ha declarado culpable y se ha erigido en juez, jurado y verdugo, todo en uno.

—¿Sabes, Bray? —comentó Charles—. Debo confesar que has tenido razón más veces de lo que yo pensaba.

—Una admisión muy noble viniendo de un *experto aficionado* —replicó el detective, sonriendo.

—Sí. Por ejemplo, cuando al principio de esta investigación afirmaste que un asesino nunca se suicida.

Bray tuvo la elegancia de avergonzarse.

—Hay excepciones a todas las reglas de la conducta humana —admitió.

—No estoy de acuerdo con eso. Sigo creyendo que tenías razón.

El detective lo miró con incredulidad.

—En serio, Charles, llevas demasiado lejos tu delicadeza. ¿Estás sugiriendo que esto no es un caso de suicidio? ¿En qué te basas para respaldar una idea tan extraordinaria? ¿Los hechos te sobran, acaso?

—Mi problema principal con el suicidio de Budge es que, si se trata realmente de un suicidio, se me desploma la teoría que tanto me ha costado elaborar —argumentó Charles con seriedad.

Bray enarcó las cejas con fingida alarma.

—Mi querido amigo, ¿por qué no me lo has dicho antes? Me aseguraré de que el forense tiene en cuenta este argumento de peso.

Charles agitó su monóculo con desdén.

—Hazme el favor de no ser tan sarcástico —se quejó—. No hay nada que me guste menos que un policía sarcástico... ¿Por dónde iba yo? ¡Ah, sí! El suicidio no encaja en mi teoría. Y puedo jurar en base a la evidencia estilística que esta carta no ha sido escrita por Budge.

—*¡Evidencia estilística!* —exclamó el detective—. ¡Lo que me faltaba!

—Sí, riéte si quieres —replicó Charles disgustado—. ¡Qué típica es esa actitud policial ante la evidencia! Aceptas la grafología como ciencia, pero no la crítica literaria. Aceptas coartadas físicas basadas en declaraciones de testigos, que dependen totalmente de su psicología, pero no aceptas coartadas morales basadas en un estudio de primera mano de psiquiatras sobre el acusado. ¡Muy bien! Si no quieres aceptar mi conocimiento experto como crítico literario, ve a ver a tu grafólogo favorito. No sé nada sobre esa pseudociencia en particular, pero si no confirma que esta letra no es más que una imitación pasable de la letra de Budge me comeré mi sombrero.

—Deberíamos dar la carta a un grafólogo como cuestión de rutina —respondió Bray que, de hecho, no tenía la intención de hacer nada de eso—. ¿Cómo y por qué sugieres que Budge fue asesinado? ¿O quizá crees que fue un accidente?

—Creo que Budge fue asesinado por alguien a quien temía tanto que se encerraba con llave en su habitación y llevaba siempre un revólver encima. Este suicidio ha sido planeado de forma muy torpe porque, si la confesión es falsa, como estoy seguro, el asesino se tenía que dar cuenta con un momento de reflexión del peligro evidente de que se descubriera.

—¿Por qué matarlo, de todos modos? —preguntó el detective—. ¿Qué necesidad había de adelantarse al verdugo?

—Debe de existir esa necesidad y, además, cuadra con la teoría que tengo en mente. El asesinato fue planeado muy apresuradamente. Me imagino que el asesino se encontró con Budge saliendo del cobertizo y es posible que temiera que cuando la policía le atrapara revelase información que implicase al verdadero asesino. Es posible incluso que Budge supiera todo el tiempo quién era el culpable... En mi opinión, el asesino decidió su plan de acción y preparó la confesión falsa. Luego siguió a su víctima hasta el cobertizo, lo mató y organizó la escena lo suficientemente bien como para engañar a Scotland Yard.

Bray se mostró escéptico.

—Si el asesino es tan creativo como dices, casi que se merece la

libertad. En cualquier caso, me ha cerrado el caso a la perfección, no ha dejado ni un cabo suelto... Para que me crea esa historia tuya podrías aclararme por qué la muerte de Budge era tan urgente que no podía esperar a un verdugo.

Charles se encogió de hombros.

—¿Has encontrado el lápiz con el que se escribió la carta?

Bray abrió una caja acolchada y sonrió malicioso.

—Sí, aquí está: una huella perfecta del pulgar y el índice del muerto. ¡Lo siento!

Los ojos de Charles se iluminaron. Se colocó el monóculo, se inclinó sobre el lápiz y lo examinó con atención.

—Excelente —murmuró— ¡Excelente! Si el genio desconocido que planeó este asunto hubiera visto alguna vez la letra de Budge, no habría cometido este error.

—¿Por qué? ¿Era zurdo?

—No, pero sostenía el lápiz entre el anular y el pulgar en vez de entre el índice y el pulgar. En esta posición, el lápiz es guiado por el anular, el dedo medio y el pulgar, pero las huellas que se verían serían las del medio y el pulgar... Me di cuenta de que Budge escribía así porque yo hago lo mismo. Mi teoría es que es menos cansado para la mano.

Bray estaba claramente impresionado con la demostración práctica de Charles. Era el tipo de detalle menor que le atraía precisamente por su insignificancia.

—Tú da trabajo a tu grafólogo y mantén la mente abierta, eso es todo lo que te pido —continuó Charles—. Por el momento, esto va a ser un suicidio a todos los efectos, también en el *Mercury*. Es una historia atractiva y va a mejorar mucho cuando salga a relucir durante la investigación que la policía sospecha de juego sucio gracias a la brillantez e inteligencia del experto en crímenes y estrella del *Mercury*, un tal Charles Venable...

Bray sonrió sin entusiasmo. Charles echó un vistazo al interior del cobertizo de herramientas y comentó:

—Aquí hay algo que no logro entender. No hay señales de lucha y no comprendo cómo Budge se dejó colgar sin lucha previa. Lo único que se me ocurre es que debía de estar aturdido por algún golpe que lo dejó inconsciente el tiempo necesario para montar el escenario.

La respuesta de Bray fue interrumpida por el médico forense, que alzó la

cabeza en ese momento.

—La causa de la muerte es, sin duda, el estrangulamiento por la soga. Pero hay algo que no me explico... es bastante desconcertante. Hay una contusión severa en el cráneo. Parece como si el hombre se hubiera golpeado violentamente en la cabeza o lo hubieran golpeado justo ahí poco antes de morir. A menos que su cráneo sea excepcionalmente grueso, debería de haber perdido el sentido justo antes de morir.

Bray, mudo de asombro, miró a un Venables sonriente.

—Odio admitirlo, Charles, pero parece que tienes razón.

# Capítulo 14 | El secreto del The Garden Hotel

1

—Hoy es tu día de gloria, Charles —reconoció Bray la mañana siguiente mientras tomaban un café y revisaban el caso—. Nuestro grafólogo nos ha informado que la confesión es una falsificación bastante torpe de la letra de Budge. Eso, junto con la evidencia médica y tu propia observación sobre las huellas dactilares en el lápiz, nos dará con toda seguridad un veredicto de asesinato con alevosía.

La cordialidad de Bray había sobrevivido incluso a la tirantez causada por la súbita popularidad de Charles en el *Mercury*. Charles había pasado de ser un anónimo “corresponsal especial” a un protagonismo estelar, con crónicas firmadas con su nombre y retrato incluido. Se podía decir que Charles había ascendido a la cima de su carrera profesional, mientras que Bray estaba claramente a la baja.

—Hay un asesino suelto en ese hotel —le había dicho su jefe—. ¡Dios mío, Bray, debes sospechar de alguien! En toda mi carrera profesional nunca he conocido un caso en el que el detective a cargo no tuviera al menos una ligera idea de por dónde iban los tiros. Ese tipo, Blood, sus acciones apestan a sospecha. Ha confesado un delito grave. Por el amor de Dios, no descuides lo evidente. ¡Que Dios nos asista el día que Scotland Yard se ponga a razonar como Sherlock Holmes!

—Por desgracia —respondió Bray—, Blood estaba sentado junto a *lady* Viola mientras se cometió el segundo asesinato.

Viola, que estaba al tanto del papel de Blood en la tragedia, sentía náuseas solo de hablar con él pero, como el reverendo había empezado la conversación encargándole un boceto de unas vestiduras, su conciencia profesional la había obligado a escuchar sus divagaciones sobre el rito copto, proporcionando a Blood, sin querer, una coartada de primera clase.

—Empecemos por el principio, Charles —dijo Bray con un suspiro—.

Motivo: el chantaje. Sabemos quiénes han sido chantajeados. ¿Quién tenía los medios? ¿Y para quién el secreto era tan importante que no se atrevió a dejar que el chantajista cayera en manos de la policía?

El periodista guardó silencio durante unos instantes.

—¿Crees que puedes soportar un *shock*? —preguntó por fin, solícito.

—Creo que sí —respondió Bray atónito—. Después de las palabras del comisario esta mañana creo que podría soportar casi cualquier cosa. Supongo que vas a confesar los sucios métodos que utilizaste para sonsacar la verdad a Winterton y *miss* Mumby. Bueno, pues si eso me ayuda en el caso....

—No, la sorpresa es esta: me temo que tu selecta lista de víctimas de chantaje no es tal. Winterton, *miss* Mumby, Mrs. Salterton-Deeley, Twing, Cantrip, Mrs. Walton y *miss* Geranium son tan víctimas del chantaje como yo mismo.

—¡Oh, cielos! —exclamó el detective—. Creo que ya he pasado la fase de sorpresa. Me siento como Alicia debió sentirse después de las primeras dos o tres horas en el País de las Maravillas... Una pregunta tonta, Charles... si no estaban siendo chantajeados, ¿por qué esa buena gente subvencionaba a los Budge con varios miles al año?

Charles sonrió. Acomodándose en su silla, revolvió su café con una cucharilla.

—The Garden Hotel es una de las instituciones más increíbles que he conocido jamás. Y solo por casualidad he descubierto su secreto. —Hizo una breve pausa y continuó despacio—: Esas personas que pagaban tanto por el privilegio de vivir en The Garden Hotel sabían bien lo que hacían. Son adictos a las drogas y pagaban por un suministro regular de heroína y otros narcóticos: unas dos mil libras al año.

Bray lo miró con incredulidad.

—¿Me estás diciendo que personas como Winterton y Mrs. Salterton-Deeley son adictos? ¡Santo cielo! Te aseguro que he tenido un poco de experiencia con esa tribu y no tienen los síntomas.

—Los policías son incurablemente románticos —suspiró Charles—. Las novelas de Edgar Wallace deberían estar prohibidas para cualquiera por debajo del rango de comisario. Tienes los mismos prejuicios que los chiflados de la liga de la templanza que piensan que todo el que se toma una copa es un vagabundo borracho que apesta a alcohol y se tambalea al andar. ¿Crees que todos los drogadictos se arrastran con los ojos perdidos, la cara blanca y los

dedos temblorosos, en una especie de *delirium tremens* perpetuo?

Bray sonrió.

—La mayoría de los que caen en nuestras manos no difieren mucho de tu descripción, si restamos algo de exageración periodística.

—De acuerdo —aceptó Charles—. La mayoría de los borrachos que caen en manos de la policía son del tipo *delirium tremens*. Pero, al igual que hay grandes bebedores que llevan el alcohol como caballeros, hay adictos que, aún drogados, llevan una vida normal.

—Eso que dices es interesante pero, ¿qué sabes tú de eso?

Charles sonrió.

—Cuando comenté que tenía experiencia previa como detective, no te estaba tomando el pelo, Bray. Después de graduarme en Cambridge, un amigo mío de allí, Xavier Cunningham, creo que te sonará el nombre, me convenció para que me uniera a él en la Oficina Internacional de Estupefacientes de la Liga de las Naciones, en Ginebra. Trabajé con él dos años y aún seguiría allí si no fuera por que, desafortunadamente, el trabajo era honorífico y se me hizo necesario ganarme la vida.

El detective miró a su amigo con respeto renovado. Él ya se había dado cuenta de que la competencia que había mostrado Charles en ciertas fases de la investigación demostraba más familiaridad con los procedimientos de investigación criminal de lo que era normal en un profano en la materia. Este tema le había inquietado pero, hasta ese momento, no había caído en la cuenta de que había contado con la asistencia de un joven versado en la forma más intrincada de investigación criminal. El muchacho al que Xavier Cunningham había arrancado de Oxford para ayudarlo a combatir un tráfico que tenía ramificaciones desde China a Perú debía tener grandes aptitudes para ese juego. Y, por supuesto, la frivolidad aparente de Charles, su sonrisa torpe e idiota, formaban una tapadera perfecta para un trabajo en el que el investigador *amateur*, a diferencia de la policía, no trabaja respaldado por el poder de la ley, sino muchas veces como víctima de ella y, en ocasiones, en oposición activa a ella.

“Aficionados con demasiados pájaros en la cabeza” había sido el veredicto inicial de Scotland Yard al entrar en contacto con los jóvenes delicados y de ojos dóciles de los que Xavier Cunningham se había rodeado. El veredicto se modificó considerablemente después de haber comprobado la determinación implacable, el puño de hierro bajo guante de seda de una

cantera que comenzó en los bazares de Calcuta y recorrió el Bowery y Estocolmo para ser finalmente acorralada en Buenos Aires. Después de algunas aventuras de ese estilo, tanto la Sûreté como el Yard comenzaron a respetar debidamente la cooperación de “los polluelos de Cunningham” cuando surgía la ocasión.

—En el Buró de Narcóticos se aprende rápido que hay dos tipos de drogadictos. El primero es el que tiene que aumentar continuamente la dosis para que le haga efecto hasta que ya no puede pagarla. Entonces se rehabilita en alguna institución y consigue deshacerse o reducir la dosis diaria. Es una tensión brutal: se necesitan infinitas precauciones y, tal vez, la fuerza bruta para evitar que el adicto se apodere de los suministros mientras se está rehabilitando, pero elimina la droga de su organismo. Si recae, el círculo vicioso continúa hasta que su organismo se rompe, como suele hacer tarde o temprano.

—¿No se cura nunca definitivamente? —preguntó sorprendido el detective.

—¡Bendita inocencia!... Es muy difícil —contestó el otro—. El deseo por la droga nunca muere. En el Buró uno se familiariza bastante con ese tipo de adicto. Es la clase de persona que cae en las garras de la policía cuando llega a un estado en el que no puede permitirse ni la dosis de droga ni la rehabilitación. Pero aquí es donde los Budge actuaron de forma tan diabólicamente inteligente. Se quedaron con el segundo tipo de adicto, el que no necesita aumentar su dosis, ciudadanos normales y corrientes, respetuosos con la ley pero podridos por dentro ya que todas sus energías y humanidad quedan congeladas por la droga.

“A esas personas, The Garden Hotel les ofreció un paraíso. Un hogar cómodo que atendía sus necesidades con un suministro regular y permanente de narcóticos. Los Budge eligieron bien. Todos tenían ingresos suficientes para pagar el precio sin arruinarse. Ninguno, aunque esclavo del hábito, mostraba estragos de ello en su vida cotidiana. Aunque su alma estaba podrida, la fachada seguía teniendo buen aspecto. Es muy difícil detectar a un adicto de este tipo si es lo suficientemente cuidadoso. Muchos hombres influyentes e inteligentes, pilares de la respetabilidad social, dependen secretamente de las drogas. Y aquí estaba yo, un ex-asistente de Cunningham, encerrado con ellos en algo parecido a una madriguera y tuvieron que pasar tres días hasta que cacé a uno de ellos, *miss Mumby*”.

—Esa explicación, sin duda, aclara las cosas —admitió el detective—, pero aún así me resulta difícil de creer, parecen personas relativamente normales.

—Creo que me habría dado cuenta antes si no hubiera sido por el asesinato, que produjo tal tensión en la atmósfera que justificaba cualquier comportamiento extraño. *Miss Geranium* tiene un claro trastorno de obsesión religiosa, agravado por la droga, y todos ellos tienen las pupilas brillantes y dilatadas y el escaso apetito causado por la cocaína. Ponlos en un entorno normal y destacarían a una milla de distancia.

—¿Cuándo estuviste seguro? —preguntó Bray.

—Anteanoche me colé en las habitaciones de *miss Mumby* y de *Winterton* y encontré el pequeño escondrijo donde guardaban la droga. Entonces me di cuenta de cómo *Budge* había construido su coartada. Les dijo que, si lo arrestaban, se quedarían sin su dosis. Eso bastó, habrían vendido a su madre para conseguir que *Budge* siguiera libre. Al día siguiente, se enteraron de que *Budge* había sido arrestado y se derrumbaron cuando descubrieron que les habían robado el suministro de droga de una semana. Habrían hecho cualquier cosa para recuperarlo, así que les obligué a decir la verdad. —*Charles* sonrió descaradamente.

—¡Cielo santo! —exclamó el detective—. Hurto, chantaje y complicidad. ¡Menos mal que no me contaste nada!

—Pues sí, ¿no crees? —admitió *Charles*—. Claro que lo que más me interesaba como antiguo miembro del Buró de Narcóticos era enterarme de quién era la fuente. Conseguir un abastecimiento regular y fiable de droga es lo más difícil del mundo, pero aquí el sistema funcionaba como un reloj. Semana tras semana, los residentes del hotel recibían su suministro en una cajita. Finalmente me decidí por *Blood*. Fue el hecho de enterarme de su pasado, gracias a ti, lo que me puso detrás de la pista. Los *Budge* podían chantajear a *Blood* para retenerlo en el hotel, no por dinero, sino como fuente de suministro. Como médico, puede conseguir droga aunque la bacteriología no es la mejor cobertura.

“Pero *Blood* es más inteligente de lo que pensaba —prosiguió *Charles*—. Cuando descubrí que los títulos de las tres monografías escritas por él eran: *Inmunización y heroína*, *Narcóticos y Amœba* y *Parálisis y anestesia local*, me di cuenta de que había logrado combinar los dos campos con éxito. Una parte de su trabajo bacteriológico se llevaba a cabo deliberadamente en

un campo donde podía encargar grandes y regulares cantidades de drogas sin levantar sospechas”.

—¡Qué historia más extraordinaria! —comentó el inspector—. No creo que haya oído hablar de ningún caso que se le parezca ni de lejos.

—La Oficina se encontró con algo muy similar en Mónaco —dijo Charles—. En ese caso era una falsa clínica de rehabilitación de drogadictos que, sin embargo, no intentaba curarlos sino simplemente mantenerles regularmente abastecidos.

—No sé si fue una decisión sensata mezclar a sus huéspedes con personas normales —opinó Bray—. Ya es mala suerte alojar a un ex-miembro de la Oficina de Estupefacientes pero, incluso sin ti, era arriesgado.

—No lo tengo tan claro —observó Charles—. Creo que en realidad era lo más seguro. Gente como *lady* Viola, *miss* Sanctuary y *miss* Arrow son tan manifiestamente agradables y normales que excéntricos como *miss* Geranium y Eppoliki simplemente se difuminaban en un segundo plano, pasaban desapercibidos como el tipo de fauna pintoresca que uno se encuentra en un hotel de Kensington... —y añadió después de una pausa—: Me interesa mucho conocer la actitud que va a tomar la policía ante este asunto, Bray.

El inspector meditó un momento.

—Tendré que discutirlo con el comisario, por supuesto, pero creo que *nos olvidaremos* del tema, más allá de tener vigiladas a estas personas. Lo importante es atrapar a los *capos* y en este caso los responsables ya han sufrido la peor condena posible. The Garden Hotel dejará de existir y la ley mira con relativa compasión a las víctimas de las drogas. Podríamos tomar medidas contra Blood, por supuesto, pero el pobre diablo fue chantajeado y creo que ya ha penado su delito a base de miedo y odio. Además, ahora que los Budge están muertos, veo difícil demostrar que él era el canal de suministro... No, a menos que la central tenga un punto de vista diferente, creo que se puede dejar que el negocio se liquide por sí solo.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo —dijo Charles—. El problema más importante ahora sigue siendo quién es el asesino. El asunto se complica enormemente con el nuevo desarrollo de los acontecimientos ya que proporciona una perspectiva nueva de estas personas, están absolutamente desprovistas de fibra moral y, por lo tanto, no son dignas de confianza. Al mismo tiempo, nos roba el motivo más evidente, ya que ¿por qué querría ninguno de ellos hacer desaparecer a su eficiente traficante, Mrs. Budge?

—Eso es, ¿por qué? —refunfuñó el detective—. No puedo evitar sentir que todo este asunto de las drogas es una pista falsa que el destino me ha enviado a propósito para burlarse de mí. Pero no me voy a quedar aquí parado con cara de tonto. Hay unas cien líneas de investigación diferentes en las que puedo trabajar y cuanto antes me ponga con ellas, mejor.

Y poniéndose en pie de un salto, el detective se alejó.

2

Charles se sirvió otra taza de café.

“Mi maravillosa cadena de pruebas tiene un eslabón débil, menos mal que Bray no se ha dado cuenta”, pensó, “y ese eslabón es Mrs. Walton. Pobre mujer, no he visto una mirada más inocente que la suya pero está asustada, terriblemente asustada por algo. ¿Por qué demonios estaría pagando dos mil libras al año? No es adicta a las drogas. Si pudiera descubrirlo, creo que habría encontrado la solución al asunto”.

—¿Tan malo es tu café, Charles? —preguntó Viola dejándose caer en una silla a su lado—. Le frunces el ceño como si fuera veneno... Cuéntame, ¿qué está pasando aquí? Ese suicidio de Budge, ¿es el final de todo?

—Solo el principio, me temo —respondió él con gravedad—. No se trata de un suicidio, ha sido un asesinato.

Viola escuchó su explicación con asombro.

—Me parece increíble que una de esas pacíficas personas que nos pasan tan amablemente la sal en la mesa resulte ser un asesino —observó finalmente—. Y, sin embargo, a eso se reduce todo, ¿no es así?

—No es lo único que vas a encontrar increíble —respondió él contándole el secreto detrás del The Garden Hotel.

—¡Pobres criaturas! —exclamó Viola compasiva—. Bueno, era evidente que había algo raro aquí. Si yo entraba en una habitación, la conversación se detenía de repente y comenzaba de nuevo a toda prisa. Me sentía siempre como una intrusa, excepto, por supuesto, con *miss* Arrow, *miss* Sanctuary y Mrs. Walton.

—Y a pesar de eso, de una manera u otra, Mrs. Walton está al otro lado del muro —dijo Charles—. Ella no se droga pero era víctima de los Budge.

—No puedo entenderlo —respondió Viola, sacudiendo la cabeza—. Aunque algo distante, es una persona realmente agradable.

—Yo pienso exactamente lo mismo.

Viola sonrió.

—No es necesario ser tan entusiasta —se burló de él—. O voy a empezar a sentirme un poco celosa.

—No juegues conmigo —replicó él con severidad—. Ya sabes que mi corazón te pertenece por completo, así que no te burles de mí. No hay momento más susceptible que las doce de la mañana, cuando uno acaba de levantarse y la vitalidad está en su punto más bajo. No es digno de ti atarme a un collar y una correa y atormentarme con castigos de los que no me puedo vengar.

Viola sonrió.

—He recibido esta mañana un telegrama de mi padre. Está frenético. Se acaba de dar cuenta de que The Garden Hotel, el protagonista de tantos titulares de periódicos, es mi lugar de residencia.

El conde había escrito en su cable:

*“Creo altamente indeseable permanecer en The Garden Hotel mientras asesinatos. Sugiero mudanza al Cecil o regresa a casa de inmediato. Te quiere. Papá”.*

—Creo que la expresión “mientras asesinatos” es de una fascinante expresividad y economía de medios, pero ya que el Cecil ha sido derribado... ¿vas a seguir su consejo y volver a casa?

—No —dijo Viola—. Sé que es horriblemente morboso por mi parte, pero ahora tengo que quedarme y ver el final de esto.

—Bien. Pues aprovecha para prestar toda tu atención a la enigmática Mrs. Walton. En algún lugar de mi cabeza me persigue un vago recuerdo que se empeña en rehuirme. Estoy seguro de que la he visto antes en alguna parte.

Viola arrugó los ojos con intensa concentración.

—Qué gracia, yo también he tenido esa sensación. No sabría decir si realmente la he visto antes o es una de esas ilusiones de la mente. Uno de esos juegos entre los dos hemisferios del cerebro, ya sabes. Me he olvidado de la explicación científica.

—Cuanto más pienso en dónde he visto su cara, más se me escapa —

confesó Charles—. Así que no lo voy a pensar más a ver si viene a mí.

3

—Eres un vago. —Charles oyó la voz de Bray a sus espaldas—. ¡No te has movido de donde te dejé!

—Soy un firme defensor de la escuela estática de detección —sonrió Charles—. Es igual de inútil que la dinámica y mucho menos agotadora.

—Acabo de hablar con el gerente sustituto que Tarr ha colocado aquí —dijo Bray—. Le he contado la historia del hotel y no habría mostrado más horror si le hubieran pedido que se hiciera cargo de un prostíbulo. Mientras tanto, el hotel se está vaciando poco a poco. *Miss Mumby* se ha marchado hace una hora con su séquito de gatos. Cantrip y Winterton ya están haciendo la maleta y Mrs. Salterton-Deeley se irá en cuanto se haya recuperado de su crisis nerviosa. Por el contrario, nada moverá a *miss Geranium*. Está sentada en su habitación esperando el juicio final del Señor, que según ella está muy cerca...

—¿Y Blood?

—Blood vino a hablar conmigo y confesó abiertamente —respondió Bray—. Tenías razón. Él era la fuente de suministro. Ha cerrado su laboratorio y está vendiendo todos sus bienes terrenales. Al principio pensé que me iba a decir que iba a abandonar el país, pero parece que va a cumplir un anhelo secreto uniéndose a la comunidad de los Hermanos Paulinos en Tooting.

—Allí será feliz —dijo Charles con convicción—. El hábito de los Hermanos Paulinos es el más decorativo de cualquiera de las órdenes anglocatólicas... ¡Pobre Blood! —continuó ya en serio—, me temo que es demasiado maleable para este mundo perverso. Una vida contemplativa será más beneficiosa para su naturaleza.

—No me gusta nada tanta dispersión —se lamentó el inspector—, pero no puedo evitarla. Vigilar a todos nos va a dar mucho trabajo. Aún así, Twing, Eppoliki y Mrs. Walton se quedan aquí un tiempo. Twing y Eppoliki están buscando un lugar donde mudarse. Twing, por cierto, está muerto de miedo por si se filtra algo de su pequeña debilidad en la financiera de la que es un honrado socio... incluso Eppoliki ha tenido la gracia de rogarme, casi de rodillas, que no llegue nada a los oídos de su padre millonario en El Cairo,

para quien, aparentemente, es un hijo devoto y mimado.

Los tres guardaron silencio por un momento. Las ratas se escapaban del The Garden Hotel, un barco que se hundía. Su esmerada fachada de estuco brillaba con la misma intensidad de siempre y el rellano de azulejos seguía impecable, gracias a la leal gestión de Tarr, pero el barco hacía agua y su destino estaba escrito. Sin embargo, antes de que se hundiera irremediablemente, Charles estaba decidido a resolver el misterio que tanto se le había resistido hasta el momento. Estaba resuelto a quedarse hasta que supiera quién había estrangulado a Mrs. Budge en su cama.

Viola rompió el silencio.

—Supongo que nadie es realmente lo que parece —dijo al fin—. Mis compañeros residentes, unos drogadictos, la dueña del hotel y su esposo, maleantes y chantajistas, e incluso Charles, el más inofensivo y honesto de los mortales me había ocultado el romántico hecho de que fue una especie de espía durante dos años. No me sorprendería que Mrs. Walton resultara ser una criminal peligrosa.

—No seas cínica —le advirtió Charles—. No queda bien en alguien tan joven. Nadie que pueda engullir bollitos de canela con el entusiasmo de Mrs. Walton puede ser malo del todo. Ese apetito, por lo menos, la absuelve de la acusación de adicción a las drogas.

Se volvió hacia Bray.

—Quiero echar otro vistazo a la *suite* de los Budge. ¿Vienes conmigo? Tengo una pequeña teoría de cuya posibilidad, o más bien de cuya imposibilidad, me gustaría asegurarme y quiero que alguien me ayude sujetando el otro extremo de una cinta métrica.

Bray asintió, Viola prefirió declinar la oferta.

Charles se detuvo frente a la puerta, con los dedos rozando el pomo.

—Hay alguien aquí dentro.

Bray frunció el ceño.

—No debería haber nadie, nadie puede entrar sin mi permiso... ¡Oh, mira! El sello de la puerta está roto.

Se quedaron escuchando. Se oía claramente el ruido de cajones que se abrían y cerraban y documentos que salían volando por todas partes.

En silencio, Charles giró el pomo y abrió la puerta. Una figura femenina se inclinaba sobre el escritorio, registrando los papeles con energía y desesperación.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó Charles en voz alta y clara.  
La mujer se dio la vuelta con un grito de miedo.  
—¡Usted! —exclamó el detective sorprendido.  
Era Mrs. Walton.

# Capítulo 15 | La red se cierra

1

Mrs. Walton no dijo nada. Se produjo un largo silencio.

—¿Podemos ayudarla? —Charles repitió su pregunta con una sonrisa tranquilizadora.

El color volvió lentamente a la cara de Mrs. Walton. Nerviosa, apretó sus puños y habló en voz baja.

—Supongo que no debería estar aquí, pero estaba buscando un documento privado que Mr. Budge guardaba por mí.

—Hemos revisado todos los papeles —dijo el detective con frialdad—. Si me dice de qué documento se trata, puedo decirle si estaba allí.

—Era un documento privado. Yo... espero que haya sido destruido. —Su voz se apagó, sonaba poco convincente.

Bray no respondió. Rebuscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó un sobre. Con la mirada clavada en el rostro de ella, extrajo el certificado de matrimonio que había encontrado entre los papeles entregados por Mrs. Budge a su abogado.

—¿Era esto? —preguntó, desplegándolo.

Mrs. Walton sufrió un sobresalto y palideció súbitamente, pero le miró con valentía a los ojos.

—¡Oh, no! Nunca había visto eso antes.

—Mrs. Walton, solo queremos ayudarla. No tenemos intención de utilizar en contra de nadie ningún secreto que hayamos descubierto. ¿No puede ser un poco más franca?

Mrs. Walton inclinó la cabeza y habló lentamente.

—Es evidente que está en un error. Siento haber registrado el escritorio sin permiso, pero me acordé de este pequeño asunto privado y no pensé que valiera la pena molestarle. El documento que buscaba tenía un interés sentimental, nada más.

Charles se hizo a un lado y la dejó salir. Cuando la puerta se cerró, los dos intercambiaron una mirada.

—No miente de forma muy convincente —observó Charles—. ¿Tenemos

razón al suponer que era su certificado de matrimonio y que ella era Mary Temple, o que al menos se casó bajo ese nombre?

—Yo creo que sí —respondió el detective pensativo—, y ahora se ha convertido en Mrs. Walton. Tenemos varias posibilidades. Supongo que tendré que ir a Coventry a ver si averiguo algo de los contrayentes.

—La deducción más obvia y, por lo tanto, quizá la más peligrosa —añadió Charles—, es que hay algo en ese primer matrimonio que haría que el querido Addington, un modelo de respetabilidad, saliera corriendo si se enterase. En cuyo caso, los Budge serán culpables de un delito de chantaje además de narcotráfico... Ojalá pudiera recordar dónde la he visto antes, porque juro que su cara me resulta familiar.

Esa noche Bray tomó el tren a Coventry.

2

El pequeño egipcio tenía algo importante que decir. Resultaba evidente por la forma en que apartó a Charles a un lado, lanzando una furtiva mirada a su alrededor con su ojo bueno antes de hablar.

—Aún no hay rastro del asesino, ¿no? —preguntó.

—Hay un montón de rastros —respondió Charles—, por desgracia.

Eppoliki sonrió con amabilidad.

—No es fácil, ¿no? Es más fácil perseguir a narcotraficantes que encontrar asesinos, ¿no?

—¿Y qué sabes tú de mi experiencia en perseguir narcotraficantes?

—Tu amigo Cunningham es el enemigo favorito de mi padre —explicó el egipcio sin entusiasmo—. Mi padre se dedica al narcotráfico. No es cualquiera ¿eh?, es un auténtico *capo* de la industria. Y guarda algunas fotografías de “los polluelos de Cunningham”. Me hizo aprenderme las caras de memoria cuando estaba en el negocio. Te reconocí, claro.

Charles se echó a reír.

—¡Así que eso era! Me temo que te asusté bastante cuando llegué, ¿eh?

—Entonces supe que The Garden Hotel estaba acabado, ¿no? Me maravilló la forma en que asesinaste a la vieja.

—¡Lo que me faltaba! ¿Me estás acusando de deshacerme de Mrs. Budge

como parte de mi deber profesional? Pues te equivocas. Dejé el Buró hace años y me vine aquí sin la menor idea de lo que se ocultaba.

Eppoliki levantó una mano.

—No, no. Después vi que era imposible que fueras tú. Y me pregunté... ¿quién? Noté una circunstancia muy sospechosa, ¿no? Diagnosticar es siempre peligroso, claro, pero yo me dije: “Aquí los síntomas son evidentes y apuntan a un cuadro clínico claro...”.

Eppoliki volvió a mirar alrededor de la habitación con aprensión. Luego susurró algo al oído de Charles.

—¿Estás absolutamente seguro? —preguntó Charles con incredulidad.

Eppoliki asintió.

—Usa la información como quieras. Si es correcta, en el juicio puedes poner la medalla a Eppoliki. Tal vez suspendió el examen de médico, varias veces, de acuerdo, pero aún así se dio cuenta de algo que no vio nadie más, lo que demuestra que no es tan mal doctor.

—No solo lo mencionaremos en el juicio —le contestó Charles—, sino que recibirás un trato estelar en el *Mercury*.

Los blancos dientes del egipcio relucieron.

—Otra petición, más importante —agregó—. Si alguna vez te encuentras con mi padre, durante tu carrera profesional tal vez, no le reveles que su hijo toma narcóticos, ¿no? Eso sería muy, muy triste para él, que piensa que, gracias a los beneficios del narcotráfico, su primogénito se está labrando una gran carrera profesional en Londres.

Los dientes blancos destellaron de nuevo y Eppoliki se alejó. Esa noche desapareció para siempre del The Garden Hotel.

### 3

Sentada a solas en el salón, Viola dibujaba distraídamente en una libreta. Tenía un montón de trabajo: un póster para una compañía minera, un envase para una conocida marca de manteca y una portada para una revista de moda de reciente creación, pero no podía concentrarse en ninguna de ellas. Sus pensamientos volvían insistentemente a lo que el mundo conocía como el misterio del The Garden Hotel.

Viola se concentraba mejor con un lápiz en la mano así que el papel que

tenía frente a ella se fue oscureciendo rápidamente con diferentes bocetos. El rostro de *miss* Mumby emergió de la fachada del hotel y un Budge enano apareció junto al perfil clásico de Mrs. Walton. El rápido lápiz de Viola se detuvo y luego comenzó de nuevo. De forma inconsciente brotó un sombrero puntiagudo de payaso y se detuvo repentinamente.

“¿Por qué se me habrá ocurrido un sombrero de payaso?”, se preguntó asombrada. Algo hizo clic en la bruma de su cabeza y se vio a sí misma, cinco años atrás, en el circo de Olympia. Podía revivir como si fuera ayer la luz, el ruido y el polvo de la pista. En su recuerdo, veía a un par de payasos descansando cerca de la barrera pero su mente estaba concentrada en la parte de arriba del recinto. Allí, entre el resplandor de las luces, una cría escuálida volaba como un pájaro a través de una telaraña de cables. El trapecio describió un arco espléndido mientras ella se columpiaba. Finalmente se lanzó cayendo suavemente al vacío, como un pétalo de rosa. Viola volvió a recordar, magnificado en su memoria, cómo el público aguantó la respiración para exhalar al fin un suspiro de alivio cuando la trapecista se agarró a las muñecas de su compañero, que la esperaba tenso, con los brazos extendidos y colgado solo por la fuerza de sus tobillos.

Mary Temple, “la golondrina humana”, fue la estrella del circo ese año y Viola había pasado horas y horas tratando de reproducir en un papel esas curvas inigualables que dibujaba su cuerpo en pleno vuelo. Después del espectáculo, “la golondrina humana” se había acercado para saludar hacia el asiento donde se sentaba Viola y, sí, definitivamente, sus rasgos coincidían con los de Mrs. Walton.

—¿Puedo mirar o es usted una de esas artistas que odian que la gente vea su trabajo mientras no está terminado?

Era la voz de *miss* Sanctuary. Viola le hizo sitio en el sofá en el que estaba sentada.

—No estoy trabajando, solo perdiendo el tiempo. Pero perder el tiempo me ha traído una recompensa inesperada. Me he tropezado con un descubrimiento que puede ayudar a resolver nuestro misterio.

La mujer de pelo gris se estremeció.

—¡Cómo me arrepiento de mi papel en esta historia! El inspector Bray se ha portado extraordinariamente bien conmigo al respecto, posiblemente porque, como dejó patente con su actitud, piensa que no estoy en plena posesión de mis facultades mentales. Actué a lo loco, es verdad que fue un

impulso y... ya ve, mi acción ha llevado a la ruina al hombre al que quería salvar de forma mucho más rápida que si hubiera dejado que las cosas siguieran su curso.

—Tonterías —opinó Viola tranquilizadora—. Usted actuó movida por la bondad y, si lo que dice el inspector es cierto, el hombre estaba ya condenado por quien lo mató desde el momento de su arresto.

—Gracias por el consuelo —sonrió *miss* Sanctuary—. Esto me ha enseñado, en todo caso, a no inmiscuirme nunca más... pero dígame, ¿cuál es ese descubrimiento suyo?

—Se lo mostraré —dijo misteriosamente Viola.

Arrancó la hoja superior del cuaderno. Su lápiz se desplazaba hábilmente guiado por el recuerdo. Una figura liviana, un milagro de flexibilidad, se arqueaba sobre la barra de un trapecio. La figura miraba de frente y la cara pertenecía a “la golondrina humana”, Mrs. Walton.

*Miss* Sanctuary miró el dibujo con sorpresa.

—¡Dios mío! —exclamó al fin—, ¿cómo se le ha ocurrido esto?

—Mrs. Walton es una artista de circo que vi hace cuatro o cinco años. La recuerdo bien porque la dibujé en su momento. Estoy tan segura de eso como de que me llamo Viola Merritt.

—Increíble —murmuró *miss* Sanctuary—, ¡increíble! Se lo ha dicho a Bray, supongo.

—Creo que se lo diré primero a Charles y veremos si juntos podemos adelantarnos a Bray. Será mucho más divertido y, si esto tiene alguna relación con el caso, será Charles quien se lleve los honores.

—¿Qué le hace pensar que tiene relación?

—Oí a Bray decir a Charles que había algo misterioso en Mrs. Walton y que, si lograban descubrir qué era o romper sus reservas, llegarían a la solución del caso. No creo que Mrs. Walton esté implicada personalmente, estoy segura de que no lo está, pero creen que ella tiene la clave del misterio.

*Miss* Sanctuary sonrió ante la energía de Viola.

—¿Por qué no lo investiga usted misma? Piense en lo sorprendido que se quedará Mr. Venables si le supera donde él ha fallado.

Los ojos de Viola se iluminaron.

—¡Eh! Eso sería bastante divertido —exclamó—. ¿Y por dónde empiezo?

—Hay una vieja amiga mía, Mrs. Mortimer, que sabe casi todo lo que

hay que saber sobre el circo. Ella perteneció a uno durante varios años y creo que tiene amigos en todos los circos de Europa. Ella podrá contarle más sobre “la golondrina humana” que ninguna otra persona en Inglaterra. —*Miss Sanctuary* sonrió con sorna. —No debe culparme si esta pista no le lleva a ninguna parte y sufre una gran decepción. Lo más extraordinario suele tener una explicación bastante prosaica. Puede que se arrepienta de haber descubierto el secreto de Mrs. Walton.

Buscó en su gran bolsa gris y sacó un lápiz y un trozo de papel.

—Aquí tiene —dijo ella, escribiendo—. Mrs. Mortimer, Pentecost, Lima Road, Tooting.

Mientras tanto, Bray seguía un rastro de cinco años de antigüedad. Después de preguntas interminables en el registro de Coventry, en el hotel, en el teatro... y de luchar contra el olvido de la mente humana, consiguió establecer y fortalecer el vínculo entre Mary Temple y Mrs. Walton.

#### 4

—¿Tiene alguna fotografía suya, Mrs. Walton? —preguntó Charles—. Vamos, Addington, no pongas esa cara. Solo la quiero para adornar uno de esos pequeños y fascinantes párrafos que escribo, ya sabes. Nuestro pequeño misterio pierde fuerza y estoy regresando a los chismes de sociedad.

Los ojos azules de Addington le lanzaron una mirada furibunda.

—Por amor de Dios, Charles, ni se te ocurra asociarla con los miserables acontecimientos de este sitio. He tratado de persuadirla para que se mude pero, como queda tan poco tiempo para la boda, insiste en que no vale la pena.

—De acuerdo —respondió el periodista—. Seré un prodigio de discreción. Por cierto, no me contestes si te parece una pregunta muy impertinente pero... ¿dónde os conocisteis?

Dos pares de ojos, dulcificados por el recuerdo, se encontraron.

—En un crucero —contestó Mrs. Walton—. Por las Indias Occidentales. ¡Las estrellas que había en ese cielo! A veces pienso que no debían de ser reales.

—¡Y esa luna! Fue un flechazo inmediato, desde que entraste en el

comedor con tu mirada soñadora...

—Es la miopía, querido —sonrió Mrs. Walton.

—Y... ¡por Dios que te hiciste de rogar y me hiciste sufrir! Al final del viaje llegué a la conclusión de que yo no te gustaba nada.

—Bueno, ya sabes... fue justo después de perder a mi marido. —El rostro de ella se ensombreció—. Ya te lo he contado... mi matrimonio no fue un éxito así que me dije a mí misma que quería ser independiente y nunca, nunca, volver a estar a merced de nadie... Y tan pronto como tomé esta resolución me encontré con que lo que quería era pasar el resto de mi vida con un hombre al que jamás había visto hasta que entré en el comedor del barco y miré hacia la mesa del capitán.

—¡Así que sí te fijaste, a pesar de la miopía! —rio Addington—. Después de ese crucero no nos volvimos a ver hasta dos años después, cuando nos encontramos en Bond Street. Aún te acordabas de quién era yo y nos fuimos a tomar el té a Ranelagh...

—¡Y justo cuando nos despedíamos, me pediste que me casara contigo!

“¿Me largo directamente o disimulo y huyo a cuatro patas?”, se preguntó Charles. La escenita le resultaba insoportable.

—Tengo que marcharme —murmuró—. Ejem... ¿esa foto?

—Oh, yo tengo un par, creo que podré desprenderme de una —dijo Addington rebuscando en su billetera—. ¡Aquí está!

Era una buena fotografía, no había sido retocada hasta convertirse en una caricatura. La belleza de Mrs. Walton sobrevivía incluso a la dura prueba de la cámara.

“De todos modos”, se consoló a sí mismo, “ella tiene una coartada perfecta para el asesinato y, sea lo que sea en lo que está metida, al menos eso no es”. Y decidió en ese momento suprimir cualquier información perjudicial que pudiera encontrar si lo consideraba conveniente.

Charles seguía con la sensación de que el rostro de Mrs. Walton le era familiar. Ella no había dado señales de reconocerle así que él asumió que, en algún momento, ella habría estado en el ojo público. Y si era así, en algún lugar de las oficinas del *Mercury* debería haber alguien que pudiera indicarle la hora, el lugar, el nombre y el porqué.

Charles llevó la fotografía al periódico y comenzó la ronda con el editor de arte, Perry, cuya profesionalidad era famosa en Fleet Street.

—Muy guapa, Charles, felicidades —comentó, mirando la fotografía con

ojo profesional—. Pero me temo que la calidad no es muy buena para la impresión.

—¿Quién es ella? —preguntó Charles.

Perry lo miró sorprendido.

—Dios mío, ¿no le has preguntado su nombre? ¡Qué torpeza!

—Deja las bromas —dijo Charles con cansancio—. ¿Quieres ayudarme, por favor, a identificar a esta dama? ¿Ha pasado alguna vez por tus manos, el negativo, quiero decir?

Perry pensó durante unos minutos.

—Me suena vagamente que he visto un rostro similar en la caja de bombones que compré ayer a mi esposa, pero eso es todo. Lo siento.

El siguiente, por orden de probabilidad, fue el bibliotecario. Isaac Hubbard tenía un sistema de archivo de recortes de prensa tan ingenioso y elaborado que se creía que podía encontrar cualquier cosa que hubiera aparecido en la prensa británica en los últimos cincuenta años. El único fallo de su sistema era que era tan complicado que nadie, excepto él mismo, podía comprenderlo. Sin embargo, nunca se había producido una crisis ya que Hubbard, un hombre jorobado de largos brazos, parecía vivir permanentemente en la biblioteca, sin tomarse jamás vacaciones. La leyenda decía que así, en la penumbra y silencio del archivo, expiaba el terrible recuerdo de su único error, cometido hace veinticinco años, cuando un hombre de gloria efímera llamado Arthur Thurston había muerto y Hubbard le había dado al reportero que debía escribir su obituario la carpeta de su homónimo aún vivo.

Hubbard examinó la instantánea en silencio.

—Una dama muy atractiva —dijo al fin—, pero no me suena su cara. Creo que, casi con seguridad, no ha aparecido en nuestro periódico. —Al ver la decepción de Charles, continuó—: Claro que yo no controlo los anuncios y si fuera una actriz o una estrella de cine... ¿por qué no vas a ver a Mr. Hardy?

Hardy, el responsable de publicidad, tenía solo dos ambiciones en la vida. La primera era conseguir que el número total de centímetros cuadrados de publicidad que aparecían anualmente en el *Mercury* superaran a los de su rival y el segundo era ser confundido con *lord* Bensdale, al que se parecía mucho, por algún amigo del aristócrata en cuestión. Solo dos días antes, un primo de *lord* Bensdale había mirado a Hardy con incredulidad y, como resultado, Hardy se encontraba de muy buen humor cuando Charles se dirigió a

él.

—¿Que si la conozco? Pues claro, me encuentro con esa cara cada vez que entro en el despacho de los representantes. Ven conmigo.

La sala de representantes bullía de actividad. Hardy guio a Charles hasta un póster enorme en el que estaban pegadas una extensa colección de mujeres atractivas que habían aparecido en las columnas publicitarias del *Mercury*. Su dedo índice apuntó al centro. Con los brazos extendidos y concentrada en su hazaña, completamente ajena a la cámara, estaba “la golondrina humana”. El rostro era el de Mrs. Walton.

—¡Una artista de circo! —exclamó Charles.

Hardy se echó a reír.

—¿Qué pensabas? ¿Que te habías agenciado una duquesa?

Charles ignoró el comentario.

—Bien, ¿dónde podría obtener más información sobre esa gira del circo? Veo que han pasado más de cinco años desde que se anunció en el *Mercury*.

Hardy pensó durante un instante.

—Creo que lo mejor es que acudas a Menzies. Es el agente de prensa de la mitad de los artistas de circo principales y conoce a todas las familias y sus conexiones. Es probable que fuera el agente de prensa de “la golondrina humana”.

Hardy escribió una dirección en el reverso de su tarjeta.

## 5

Charles se había quedado asombrado al descubrir el interesante pasado de la hermosa Mrs. Walton. ¿Cómo había llegado hasta su situación actual, aparentemente en buena posición económica y a punto de casarse con un hombre que se movía en los mejores círculos sociales? ¿Qué extraños secretos se escondían en su pasado y qué importancia tenía ese certificado de matrimonio para convertirse en un instrumento de chantaje en manos de los Budge?

Las especulaciones de Charles se vieron interrumpidas por la llegada de una nota de Viola:

*“Mi querido y entrañable amigo —decía la nota—. Correos es de una eficiencia tan pasmosa que supongo que recibirás esta nota mientras aún estás en Fleet Street. Prepárate para un buen shock... ¡Estoy tras la pista de algo grande! Mrs Walton tiene un pasado de lo más peculiar. Lo he descubierto por pura casualidad. De pronto me acordé de dónde había visto su cara: en un circo de Olympia, hace tiempo. Se lo conté a miss Sanctuary, que me dio el nombre de una amiga que sabe mucho del mundo del circo. Ella vive en Tooting, otra enorme casualidad... ¡y en una casa llamada Pentecost! Ahora me dirijo allí a ver qué puedo descubrir, pero estoy muy emocionada y, la verdad, ¡tenía que contártelo antes!*

*Espero regresar pronto de la visita con noticias frescas, pero no te sorprendas demasiado si mis investigaciones me llevan a China, Perú o algún lugar similar. Ya sabes cómo es esta vida nuestra, la de los detectives...*

*Siempre tuya,  
Viola”.*

Charles sonrió con melancolía. Viola se le adelantaba hasta en el trabajo detectivesco, ¿qué habría pensado Xavier?

“Supongo que será mejor que haga algo útil y vaya a ver al agente de prensa mientras Viola sonsaca a la amiga de *miss Sanctuary*”, concluyó.

Menzies vivía en un bloque de oficinas de Charing Cross Road. Charles llamó golpeando con su paraguas una puerta sucia y deteriorada, desprovista de aldabón o campanilla. Por fin le abrió una mujer de la limpieza de aire desconfiado y le guio por una vieja escalera hasta que llegaron a su destino. Menzies, alto y pálido, tenía toda su concentración puesta en una revista *Punch*.

La mención de Hardy le bastó.

—¿“La golondrina humana”? —preguntó—. Vaya, qué curioso. Justo el otro día me estaba preguntando qué habría sido de la pequeña Mary Temple, se llamaba así antes de casarse con un malabarista italiano llamado Sarto.

—Cuéntame todo lo que puedas sobre ella. Cómo acabó en el mundo del circo, por ejemplo.

—¡Pero, hombre! —respondió Menzies en tono de reproche—, no sé cómo se puede preguntar qué hace una Temple en el mundo del circo, llevan muchos años en esto. Esta rama de la familia en particular ha dirigido un pequeño circo ambulante durante al menos cinco generaciones. Recuerdo vagamente al abuelo, un hombre atractivo y notablemente bien educado. Se casó con la hija de un pez gordo local, *sir* John Fitzhatter, de Market Hatterton, fue un escándalo terrible en aquellos días. La muchacha fue excluida de la familia, pero creo que fueron bastante felices.

Tuvieron una hija, una buena trapecista. Cuando su padre murió se hizo cargo de la gestión del circo y lo hizo notablemente bien. Era una mujer brillante, creo que habría tenido éxito en casi cualquier cosa que hiciera. Había asistido a escuelas caras y hablaba y se comportaba como una dama, pero llevaba el circo en la sangre y se casó con Ferdinand Temple, un primo lejano suyo con el mismo nombre, así que el circo siguió siendo el Circo Temple. Tuvieron también una hija, tu “golondrina humana”. Era hermosa, realmente hermosa, y debería haber sido actriz pero su padre no lo autorizó, no lo consideró respetable.

“Luego vino la tragedia... Un malabarista italiano llamado Giovanni Sarto, un tipo brillante en su trabajo y bastante agradable, con esa elegancia clásica que se ve en algunos italianos. Mary perdió la cabeza por él y se casaron el registro de Coventry. Sarto no se quiso quedar en el circo de los Temple, pensó que era demasiado pequeño para ellos y yo creo que tenía razón. Se marcharon a América...”.

Menzies hizo una pausa y su rostro pálido se nubló con el recuerdo.

—Nadie sabe exactamente lo que ocurrió en esa gira por Estados Unidos. Pero cuando ella regresó parecía un fantasma. Sarto era alcohólico y, al parecer, ese era el menor de sus defectos. Algunas personas tienen un arte especial para la crueldad. Él la hizo pasar por todas las humillaciones imaginables pero su control sobre ella era tan fuerte que no fue hasta que se cayó un día haciendo malabares y estuvo en la cama durante tres días, cuando ella consiguió rebelarse y volver a casa.

“Poco después, esta rama de los Temple desapareció de la vida del circo. El padre murió, se decía que el *shock* lo mató, pero probablemente el diagnóstico médico de neumonía estaba más cerca de la verdad. Mrs. Temple, de repente, se encontró con un montón de dinero, mi teoría es que el nieto del Fitzhatter original acabó con la pelea familiar y le dejó algo en herencia. Lo

último que recuerdo de ellas es cuando vino Mrs. Temple para despedirse. “Mi hija es una inválida, Menzies”, me dijo, “no físicamente, sino mentalmente. Tengo que cuidarla para que recupere la salud y debo separarla de todas las amistades y relaciones antiguas. Me siento terriblemente responsable de la tragedia. Yo, que me enorgullezco de mi sensibilidad, ¡cómo pude no ver el tipo de reptil que era Sarto?!... En fin, ahora es demasiado tarde para vengarme de él, ni siquiera puedo encontrarle en Estados Unidos, pero juro que como algún otro hombre intente destrozar la felicidad de mi hija de nuevo se las verá conmigo”. Mrs. Temple es una de esas ancianas encantadoras, muy bien educadas y sonrientes, pero cuando dijo eso pensé que no me gustaría estar en los zapatos de Sarto por nada del mundo...”.

Menzies se deshizo de la ceniza del extremo de su cigarro.

—No he vuelto a saber de ellas. No sé si Mrs. Temple consiguió devolver la salud a su hija, pero, desde luego, logró desaparecer. Es probable que sigan en Londres, en uno de esos pequeños mundos de la ciudad tan separados entre sí como planetas: el moderno del West End o el canalla de la calle Jermyn, el respetable de Kensington o el intelectual de Bloomsbury... En todo caso, se han ido y eso es todo. ¡Cómo pasan los años!... ¿Quieres algo de beber?

—No, gracias. Solo una última cosa... ¿Tienes alguna fotografía de Sarto?

—Voy a ver si puedo encontrar alguna.

Al igual que muchas personas cuya oficina es aparentemente un caos, en realidad tenía un sistema de archivo secreto pero altamente efectivo, que le permitió encontrar lo que quería en poco tiempo. Después de unos minutos de búsqueda, sacó una bandeja de madera marcada como “Circo Temple” y repasó su contenido.

—Aquí la tienes —dijo al fin—. Una fotografía de la boda, con Temple y Sarto, los padres de ella y varios amigos del circo.

Charles la tomó con avidez y su rostro se volvió rígido de la concentración. Miró boquiabierto la fotografía. Menzies vio que su cara palidecía y los músculos de su mandíbula se tensaban.

—¿Pasa algo? —le preguntó asombrado, mirando la foto.

—Sí, sí pasa —respondió Charles, encarnado ahora en la acción personificada—. Por amor de Dios, no me preguntes nada, pero haz lo que te

digo —su voz temblaba—. Es cuestión de vida o muerte...

Charles habló despacio y con claridad.

—Llama de mi parte al inspector Bray de Scotland Yard y dile que vaya de inmediato con una brigada móvil a esta dirección. Insiste en que no me falle, dile que sé quién es el asesino.

Menzies lo miró fijamente y aún le miraba con pasmo mientras Charles salía corriendo de la habitación. Luego tomó el auricular del teléfono y preguntó por Scotland Yard.

Mientras aún estaba al teléfono, se oyó un grito en la calle. Procedía del indignado propietario de un Mercedes Grand Prix, que había llegado justo a tiempo para ver desaparecer su coche derrapando a toda velocidad por una esquina en las hábiles manos de Charles.

# Capítulo 16 | El asesino es acorralado

1

*Pentecost* era una villa caótica y decadente que en los días de gloria de Tooting debió haber sido el corazón de una gran finca. Las nuevas construcciones crecidas a su alrededor habían empañado su antiguo esplendor, pero aún tenía suficiente jardín y terreno como para destacar en el entorno.

Viola vagó por un sendero flanqueado por arbustos polvorientos. La maleza invadía todo el lugar. Mrs. Mortimer podía ser aficionada al circo pero a la jardinería no, desde luego. Un letrero de “Se alquila” se balanceaba sobre un poste. A Viola le asaltó un pensamiento inquietante: “Espero que no haya abandonado la propiedad últimamente”.

Cuando tiró del cordón de una anticuada campana se despertaron algunos ecos en la casa. Viola oyó que alguien se acercaba caminando rápidamente. La puerta se abrió y en la penumbra apareció una anciana apoyada en un bastón. Una mantilla de encaje ensombrecía su rostro.

—¿Puedo ver a Mrs. Mortimer? —preguntó Viola.

—Yo soy Mrs. Mortimer —respondió la anciana en un susurro extrañamente ronco, mirándola inquisitivamente desde la oscuridad.

—Vengo de parte de *miss* Sanctuary. Verá, necesito seguir la pista a alguien del mundo del circo y ella me dijo que usted podría ayudarme.

—Si hay alguien que pueda, soy yo —contestó la mujer—. Entre.

La puerta se cerró y el pasillo quedó en una oscuridad casi completa.

—Siga el pasillo de frente —dijo la anciana y colocó su mano sobre el hombro de Viola como para guiarla.

De repente, esa mano frágil y huesuda se quedó rígida como un gancho de acero y rodeó la garganta de Viola. Ella pegó un grito que se tornó en apenas un gorjeo. Unas luces intensas bailaron en la cabeza de Viola y se desplomó en el suelo inconsciente casi de inmediato.

2

Durante unos instantes, fantasía y realidad se fusionaron en una especie de sueño extraño que perforaba su mente. Cuando recobró la conciencia, miró a su alrededor y vio una habitación gris, desnuda y sucia por el polvo acumulado durante años. Sintió la madera del suelo bajo sus pies y piernas dormidas. Estaban atadas. Respiró lentamente, le costaba trabajo por la mordaza que rodeaba su cara. Después de unos minutos, la puerta se abrió y entró la anciana. Viola se encogió instintivamente a pesar de las ataduras. La luz de la ventana iluminó la figura delante de ella. El encaje negro que había escondido su rostro cayó hacia atrás y lo que apareció fue... el rostro de *miss* Sanctuary.

*Miss* Sanctuary se acercó y se sentó al lado de Viola sobre una caja de madera, mirando con calma e indiferencia a la joven atada.

—Sí, soy yo —dijo con voz cansada—. Yo maté a los Budge. Chantajeaban a mi hija. Nunca se percataron de que la recatada mujercita que se empeñaba en quedarse en el hotel era la madre de Mrs. Walton. Pero la policía se habría enterado si les hubieras contado lo que sabes, así que te hice venir aquí. El agente inmobiliario pensó que yo era una buena compradora potencial cuando le pedí la llave. —*Miss* Sanctuary rio sin alegría y miró a la joven con el entrecejo fruncido—. Te he traído aquí para matarte, por supuesto —afirmó con calma, no había maldad ni furia en su voz.

Viola, aunque estaba asustada y aún temblaba por los efectos físicos del asalto, ya se había hecho una idea de lo que la mujer pretendía.

—He venido dos veces a esta habitación con la intención de estrangularte mientras estabas inconsciente, pero no lo he conseguido —declaró *miss* Sanctuary en un tono ligeramente sorprendido—. Estas manos... —su voz se estremeció cuando las miró— por alguna razón no obedecían a las órdenes del cerebro. Supongo que es porque no eres como los Budge. En todo caso, no puedo hacerlo, es así de sencillo.

No había remordimientos ni culpabilidad en su tono, solo desconcierto. Sus motivos, que le habían permitido cometer un par de crímenes sin remordimiento alguno, podían ser consecuencia de algún trastorno, pero no hasta el punto de asesinar a esa mujer que no le había hecho nada, ni siquiera por el bien de su hija.

—¿Prometerás no gritar si te quito la mordaza? —preguntó al fin.

Viola asintió con la cabeza y *miss* Sanctuary le quitó el vendaje con dedos hábiles. Sus miradas se encontraron: una asesina potencial y su asustada

víctima.

—Puedo dejarte libre —añadió *miss* Sanctuary después de una pausa—, si me prometes por tu honor no decir una palabra de lo que sabes sobre la identidad de mi hija, o de lo que ha ocurrido hoy, o de cualquier cosa que pueda llevar al descubrimiento de la identidad de mi hija.

—¿Por qué está tan desesperada por mantenerla en secreto? —preguntó Viola.

—Es el precio de su felicidad —afirmó la otra—. Hace cinco años mi hija estaba casada con un miserable. Es imposible describir la infelicidad que le causó, yo pensé que nunca volvería a verla sonreír. Era como si algo se hubiera roto en su ser y nunca pudiera volver a ver ninguna bondad en la humanidad. Luego se fue a un crucero por las Indias Occidentales y cuando regresó fue como si hubiera vuelto a la vida otra vez.

“No fue hasta hace un año cuando descubrí la razón de este cambio. Era un hombre que había conocido en el barco y con quien se había vuelto a encontrar: St. Clair Addington. Él la ama, a su manera, y es un caballero, y ella está completa y absolutamente enamorada de él. Bebe de su respeto y amabilidad por ella como una flor absorbe la lluvia”.

*Miss* Sanctuary se detuvo y, cuando volvió a hablar, su voz sonó glacial de repulsa.

—¡Entonces ella cayó en las garras de esos horribles Budge! Como si no hubiera tenido suficientes desgracias en la vida, llegó a ese hotel sin darse cuenta de lo que se escondía dentro. Al principio, fue acogida como una huésped más cuya inocencia encubriría las actividades ilegales del hotel pero, un día, Budge la reconoció y descubrió la verdad. Cuando se enteró de su compromiso con Addington, vio su oportunidad. Una sola palabra: bigamia, habría bastado para alejar a Addington horrorizado... Mi hija y yo llevábamos mucho tiempo sin pensar en Sarto: para nosotras él estaba muerto y ella era viuda. Pero, a los ojos de la ley, sería bígama si se volvía a casar. Así que Budge la extorsionaba constantemente y la ansiedad devolvió a su cara la misma mirada de muerta que tenía cuando escapó de Sarto. El pasado resucitaba y la torturaba de nuevo.

*Miss* Sanctuary se irguió mirando con los ojos llenos de fuego hacia el horizonte.

—Decidí ponerle fin. Vine y me quedé en el hotel como una inofensiva solterona más. Hice prometer a mi hija que no descubriría mi identidad. Y ella

no sospechó nunca que yo fuera la responsable del asesinato. A sus ojos fui otra víctima de los enemigos de los Budge.

El fuego de la furia se apagó en sus ojos.

—Los dos supieron la verdad antes de morir.

Viola presenció la repentina transición de bondadosa anciana a vengativa Némesis en la mujer sentada a su lado que le hablaba de asesinato con tanta calma y se estremeció al darse cuenta de que había intentado estrangularla dos veces, pero no lo había hecho porque en realidad no era una asesina, sino una madre acosada hasta la demencia por un trastorno obsesivo.

—Si me libera —dijo Viola al fin, con la voz tan firme como pudo—, le doy mi palabra de honor de que no revelaré su secreto a nadie.

“Estoy cooperando en un grave delito”, pensó, “y las promesas hechas bajo coacción no son legalmente vinculantes, pero tengo que comprometerme y cumplir mi palabra. Me pregunto si alguna vez se descubrirá quien es la asesina”.

*Miss* Sanctuary la miraba como si quisiera escrutar sus pensamientos más secretos. Los resultados parecieron satisfacerla.

—De acuerdo.

De pronto, Viola recordó su carta a Charles.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó—. ¡Escribí a Charles antes de venir aquí!

Los ojos de *miss* Sanctuary relampaguearon.

—¿Se lo contaste?

3

Su pregunta fue respondida con un enorme estruendo. Fragmentos del cristal de la ventana volaron por todas partes y un hombre con la cara tapada con una bufanda se coló de un salto en la habitación.

—¡Venables! —exclamó *miss* Sanctuary, poniéndose en pie.

Charles no perdió tiempo en preliminares. Saltó sobre *miss* Sanctuary y la agarró por la muñeca. Ella se defendió con una fuerza increíble para alguien de su edad, pero él le llevaba la ventaja de la sorpresa, habilidad y juventud. En unos minutos, la mujer se encontró sentada sobre la caja atada de pies y manos.

Charles desató la cuerda que rodeaba las muñecas y los tobillos de Viola

y los masajéo. —¡Gracias a Dios que te encuentras bien! No sabía si llegaría demasiado tarde. Nunca me imaginé quién era ella hasta que vi su fotografía en la habitación de Menzies.

Ayudó a Viola a levantarse. Ella se llevó la mano a la frente, aún temblaba pero se echó a reír débilmente.

—Cuando llegó el momento, descubrió que no era capaz de deshacerse de mí —informó Viola—. Así que estábamos negociando un pacto de caballeros, o más bien de damas, mediante el cual yo prometía mantenerlo todo en secreto y ella, a cambio, me liberaba.

—Sí, fue una estupidez por mi parte —dijo *miss* Sanctuary enérgicamente —, pero resultó que no soy tan despiadada como pensaba.

Charles se frotó la barbilla pensativo.

—Parece un poco extraño darle las gracias —dijo—, y ciertamente esta situación complica las cosas... ¡Cielos!, ¿qué ha sido eso?

“Eso” era la campana, que retumbaba en el sótano.

—¡Oh, Dios, claro! —continuó Charles—. Es Bray.

Y era Bray, con cuatro agentes preparados para la batalla. El inspector se frotó los ojos, de manera figurada, ante la increíble escena: Charles con su mano sangrando por un corte, *miss* Sanctuary sentada sobre una caja de madera y atada de pies y manos y Viola temblando apoyada contra la pared.

—¿Qué significa todo esto?

*Miss* Sanctuary habló. Su voz sonaba clara y desprovista de emoción.

—Yo maté voluntariamente a los Budge —declaró—. Sin embargo, me niego rotundamente a realizar cualquier otra declaración hasta que haya recibido asesoramiento legal.

—¡Usted! —exclamó Bray con incredulidad. Se volvió hacia Charles y preguntó—: ¿Qué significado tiene todo esto?

—Es una historia muy complicada —respondió Charles—. Tal y como ha declarado *miss* Sanctuary, ella es la responsable de ambos asesinatos. —Miró a Bray de forma significativa—. Pero creo que, dada la situación, es mejor que nos dejes un momento a Viola y a mí mantener una conversación en privado con *miss* Sanctuary.

Bray accedió, no sin recelo, y salió de la habitación. Charles echó un ligero vistazo a un policía que acababa de ponerse de guardia en el jardín y se volvió hacia *miss* Sanctuary.

—Bueno, ¿y qué hacemos ahora?

—Creo que mi acción estaba completamente justificada en ambos casos —respondió *miss* Sanctuary con calma—, pero nunca se sabe... tal vez me quede con la conciencia más tranquila y sea más feliz si pago mi culpa. Soy ya una anciana y no me queda mucho tiempo de vida. —Hizo una pausa y luego continuó con semblante muy serio—: Mr. Venables, la única condición que pongo es que esto no afecte a la felicidad de mi hija. Ella es completamente inocente y bastante ha sufrido ya, no tiene ni idea del papel que ha jugado su madre en este asunto y no debe sufrir las consecuencias de mis actos. *Miss* Sanctuary cometió el crimen, ¿no puede *miss* Sanctuary pagar por ello y nadie más?

Charles negó con la cabeza.

—No veo cómo podemos silenciarlo. Es imposible mantener estas cosas fuera del interrogatorio de la fiscalía, incluso aunque usted rechace la defensa.

—Hay algo —respondió *miss* Sanctuary con firmeza— que podría silenciarlo. “*La grandeza estriba en llevar a cabo el acto que finaliza todos los actos, que encadena los azares y todo cambio detiene*”... He pensado a menudo en esta eventualidad y estoy preparada para ello. Encontraré mi bolso en la repisa de la cocina.

Bray, dando vueltas con impaciencia por el pasillo, levantó la vista con ansiedad cuando apareció Charles, que no se anduvo con rodeos.

—Mira, Bray, este caso es increíblemente complicado. *Miss* Sanctuary es, en realidad, Mrs. Temple, la madre de Mrs. Walton. Puedo conseguir una confesión completa ahora mismo pero con una condición, y es que su hija no se vea involucrada en el juicio posterior.

—¡Eso es imposible, Charles! —protestó el detective—. Y tú lo sabes. ¿Cómo podemos silenciar algo tan esencial como el motivo del asesinato?

—Déjame explicarlo de otra manera —dijo Charles con cansancio—. Si fuera posible para ti hacer uso de su confesión y aclarar el caso sin involucrar a la hija, ¿lo harías?

—Esa es una hipótesis muy lejana —respondió Bray—. Tan lejana que no tengo dudas en aceptar.

—De acuerdo —respondió Charles y miró al inspector fijamente—. Te has comprometido, lo sabes.

Bray entró en la habitación con Charles. *Miss Sanctuary* rebuscó en su bolso y sacó una libreta y una pequeña pluma de oro. Escribió sin parar durante unos minutos. Nada rompió el tenso silencio.

—Aquí tienen —dijo al fin.

*“Encontrándome en perfectas condiciones físicas y mentales” —decía la declaración— “y con la finalidad de que quede constancia de la verdad por escrito, confieso que yo maté a George Budge y a la mujer conocida como su esposa. Esta declaración ha sido realizada por mi propia voluntad y sin ningún tipo de presión externa.*

*(Firmado) Laura Temple alias Sanctuary”.*

4

—Me gustaría escribir un mensaje a mi hija, si me lo permite —solicitó *miss Sanctuary*.

—Muy bien —respondió el detective lacónico—. Puedo darle diez minutos —Y se alejó hacia la ventana.

La carta a su hija fue un poco más larga que la confesión. Acababa de levantar la pluma del papel cuando se escuchó un leve sonido de asfixia seguido de jadeos apresurados. Bray se giró bruscamente y en un salto se aproximó a ella. La agonía de la muerte causada por el ácido prúsico es breve así que, cuando Bray llegó a su lado, Laura Temple estaba más allá de cualquier ayuda humana.

—¡Maldita sea, Charles! —exclamó Bray furioso—. ¡Tú sabías lo que iba a hacer!

—Fue una negociación privada entre nosotros —respondió Charles. *“¡Valiente hasta el fin!*

*Nuestros propósitos había adivinado, y como reina eligió su propio camino<sup>[8]</sup>”.*

La libreta en la que había estado escribiendo yacía en el suelo. Charles arrancó la primera página y se la metió en el bolsillo.

—Yo mismo haré llegar este mensaje a su destinataria —observó con

firmeza.

5

El comisario había sentado a Charles en el lugar de honor, una impresionante butaca de cuero. Bray compartía la gloria y se sentaba muy erguido en una silla casi igual de lujosa. El comisario les ofreció unos puros.

—¡Así que uno de los *polluelos* de Cunningham se nos ha adelantado! Bueno, entre nosotros, no me importa admitir que no es la primera vez.

Charles se echó a reír.

—Adelantarme no es una expresión justa —protestó—. Ha sido por pura casualidad que me he tropezado con el eslabón perdido de la cadena que ya había construido Bray.

—¿Y cuál era ese eslabón perdido?

—Una foto de *miss* Sanctuary, su hija y su yerno.

Charles explicó brevemente su visita a Menzies.

—Cuando vi la foto, mi loca hipótesis de que *miss* Sanctuary era la asesina se convirtió en la única explicación posible.

—Comencemos por el principio, entonces —dijo el comisario—. ¿Cómo demonios pudo *miss* Sanctuary cometer el crimen?

—Muy fácil —respondió Charles—. La idea se me ocurrió desde el primer momento. Primero estrangula a la mujer con un trozo delgado de cuerda mientras está desprevenida, un trabajo sencillo. Luego coloca el cadáver debajo del colchón de muelles, la cama es muy antigua y solo tiene como somier una especie de lienzo o sábana atada con fuerza a las esquinas. Esta sábana cede un poco con el peso, dejando un hueco perfecto como escondite. Solo se habría encontrado después de un registro a fondo de la habitación y ella solo necesitaba ganar unos minutos.

—Pero ¿y el hombre que la atacó? —preguntó Bray—. ¿Quién era?

Charles se echó a reír.

—Eso fue, por supuesto, el toque genial, la coartada perfecta. Te mostraré cómo se hace. Es, de hecho, un pequeño truco de salón que solía hacer en la escuela.

Charles se levantó y salió. Un momento después, la puerta se abrió dejando visibles solo su cabeza y el lado derecho de su cuerpo. De repente,

una mano enguantada emergió de la nada y se cerró alrededor de su cuello. Su expresión mudó súbitamente de la afabilidad al terror. Emitió unos sonidos inarticulados y la mano, que aparentemente tenía la fuerza de un gigante, lo arrastró de forma implacable fuera de la vista y la puerta se cerró. Un instante después, se abrió de nuevo y Charles, sonriente y con la mano izquierda enfundada en un guante, apareció de nuevo y saludó al público.

—¡Ridículo! ¡Infantil! ¡Absurdo! —exclamó—. Sin embargo, ya han visto que funciona si se hace correctamente. Eso sí, hay que ser un buen actor.

El comisario se echó a reír.

—Ciertamente habría jurado que habías sido objeto de una brutal agresión aquí, en el corazón de Scotland Yard. Y en las circunstancias en las que la enfermera Evans vio la escena, sería fácil engañarla... ¡Increíble! ¡Pensar que se burló de nosotros con una broma tan pueril!

Las orejas de Bray ardían de mortificación. El comisario le miró de reojo y guiñó un ojo a Charles.

—De acuerdo —dijo—. Continúa.

—*Miss Sanctuary* cerró la puerta de golpe, echó la llave delante de las mismas narices de la enfermera y se metió en el armario con la cuerda que llevaba escondida en su ropa junto con un juego de alicates de punta larga. Se encerró girando la llave desde dentro con los alicates. Vi las marcas que había hecho en la llave.

—Una treta antigua—comentó el comisario—, pero uno se lo esperaría de un ladrón, no de una anciana.

—Luego se ató cuidadosamente con la cuerda. No es una tarea sencilla pero en sus días de circo, Laura Temple tenía un número a lo Houdini en el que conseguía deshacerse en pocos minutos de cadenas, cuerdas y camisa de fuerza. Incluso sin estar al máximo nivel profesional lograría confundir a cualquiera que no fuera un experto. Y cuando llegó la policía, nosotros ya la habíamos desatado.

Un destello de picardía brilló en la mirada de Bray.

—Tengo que contar a Noakes que mientras esperaba vigilando en el dormitorio, ¡el cuerpo se encontraba allí todo el tiempo!

—Cuando la policía abandonó la habitación, desató el cuerpo con rapidez, lo arrastró hasta la terraza y lo lanzó a la adyacente que, como sabéis, daba acceso a la habitación de Budge. Puedo atestiguar que era una mujer muy fuerte, a pesar de que hayan pasado ya veinticinco años desde sus tiempos de

trapecio, y no tuvo ninguna dificultad en cargar con el cadáver de Mrs. Budge y esconderlo en la cesta de la ropa sucia de la habitación de su esposo. Luego volvió a meterse en la cama, sin que nadie sospechara lo más mínimo de ella.

“Su intención había sido incriminar a Budge cuando el cuerpo fuera encontrado en su habitación. Ella luego *ayudaría* a la policía recordando detalles del ataque que confirmarían las sospechas de que Budge era el asesino. Así eliminaba de golpe a los dos cónyuges”.

“Por desgracia, Budge encontró el cuerpo antes que la policía y no perdió un segundo en arrastrarlo hasta la habitación de Blood. Budge solo consiguió escapar gracias a su increíble entereza, aunque para entonces el rastro estaba ya embrollado sin remedio. Su espléndido cerebro buscó un posible enemigo y se centró en Mrs. Walton, pues era la única que se habría visto beneficiada con la desaparición de ambos. Pero Mrs. Walton tenía una coartada indiscutible, así que concluyó que debía de ser algún familiar suyo”.

“Decidió que, si lo arrestaban, confesaría el chantaje y haría que la policía investigara los antecedentes de Mrs. Walton y averiguara si alguno de sus familiares se encontraba por el vecindario. Mientras tanto, llevaba siempre un revólver encima y cerraba la puerta con llave por la noche. Por último, desesperado, confió sus temores a *miss* Sanctuary, la única persona del hotel con la amabilidad y experiencia suficientes para darle consejo. ¡Lo que *miss* Sanctuary debió reírse para sus adentros! No hace falta decir que ella le recomendó encarecidamente que no contara nada a la policía hasta que le arrestaran. Esto coincidía con sus deseos, así que siguió su sugerencia”.

“Si hubiera confiado en la policía, o en mí mismo, ahora estaría vivo. O si hubiera reflexionado un poco más y hubiera advertido la gran coincidencia entre el nombre de Temple y Sanctuary. Pero confió sus temores al verdugo de su esposa”.

“A la mañana siguiente, *miss* Sanctuary fue informada de que Budge iba a ser arrestado. Tenía que actuar con rapidez. Le escribió la nota que llevó a Budge hasta el cobertizo de herramientas y la redactó de tal forma que, aunque la policía la encontrara, ella no se viera incriminada. Allí, en el cobertizo, se encontró con él y le reveló repentinamente que ella era la madre de Mrs. Walton. Y luego lo mató”.

“No le llevó mucho tiempo disfrazar el crimen como un suicidio y dejar la confesión falsa que llevaba preparada. No fue un trabajo tan limpio como el anterior, pero trabajaba contrarreloj”.

“Pensaba que ahí habían acabado sus desvelos pero, al entrar en el salón, *lady* Viola le contó que había descubierto la verdadera identidad de Mrs. Walton. A esas alturas, *miss* Sanctuary era una auténtica monomaniaca. Cualquiera persona que se interpusiera entre ella y sus fines debía ser eliminada. Ahora le tocaba a *lady* Viola y *miss* Sanctuary se acordó de una casa a la venta en Tooting, que ya había visitado previamente bajo su nombre real con el objeto de mudarse allí cuando su hija se hubiera casado y sus problemas hubieran acabado. Se inventó que allí vivía una amiga ficticia que podía suministrar toda la información que *lady* Viola deseaba”.

“Para entonces yo también estaba detrás de su rastro. Antes de desaparecer, Eppoliki me confesó que pensaba que su desmayo después de ser liberada del armario había sido fingido. Yo ya había construido una hipótesis según la cual *miss* Sanctuary podía haber cometido los asesinatos, pero me resistía a creerlo de una solterona inofensiva y bondadosa cuando había tantos sospechosos con mejores motivos que ella. Recibí la nota de Viola y seguí sin darme cuenta de la conexión, ¡torpe de mí!... Finalmente, todo encajó en su lugar cuando vi en la foto de Menzies que *miss* Sanctuary era la madre de Mrs. Walton. El rostro de Mrs. Walton me resultaba familiar porque, efectivamente, hay un aire de familia entre madre e hija. Por fin tenía un motivo plausible y me di cuenta enseguida de que Mrs. Mortimer era producto de la fantasía de la ingeniosa asesina y de que la vida de Viola corría peligro”.

Por un momento se emocionó y en la habitación se revivió la tensión y ansiedad de esos breves instantes. Charles recobró la serenidad.

—Robé un automóvil aparcado en la puerta y acudí a su rescate como alma que lleva el diablo. Vi a Viola atada y, por un momento, pensé que había llegado demasiado tarde. —Charles tragó saliva y se secó la frente—. No fue así, pero no gracias a mí, ni siquiera tuve la satisfacción de rescatar a Viola. Cuando llegó el momento crítico, la anciana descubrió que no tenía madera de asesina y no podía estrangular a sangre fría a una joven que no le había hecho ningún mal así que, cuando yo entré, estaban negociando un ridículo pacto de silencio.

Charles sonrió avergonzado al comisario.

—Por eso la ayudé dándole el bolso donde escondía una pequeña botella de veneno, la guardaba desde el mismo inicio de esta aventura tan cuidadosamente planeada... Y por eso le pido que, cuando la policía declare en el juicio, haga el menor uso posible de cualquier prueba que comprometa y

dé publicidad a su hija.

El comisario se frotó meditativo la barbilla.

—Pide mucho, joven... En fin, lo único que pretende la policía es presentar pruebas suficientes que demuestren que la confesión es real y no un acto de locura. Tendremos que revelar que *miss* Sanctuary era en realidad Mrs. Temple, pero podemos alegar que el motivo fue un arraigado rencor familiar, sin particularizar... Mire, joven, nos ha ayudado a aclarar este caso y yo mismo iré a ver al médico forense y dirigiré la investigación con él.

—Bien —dijo Charles—. Creo que mi versión de los hechos en el *Mercury*, una obra maestra de la omisión, marcará el paso del resto de la prensa. En mi papel de testigo presencial, todos tomarán mi artículo como el Evangelio. Doy gracias a Dios por la ley de difamación de este país...

# Epílogo

1

The Garden Hotel tenía planeado cerrar al final de la semana. Pero, aunque hubiera permanecido abierto, una desesperada Mrs. Walton habría seguido empaquetando metódicamente sus cosas con movimientos decididos.

La puerta se abrió y ella se giró. En sus ojos, un leve destello de esperanza parpadeó para morir de nuevo.

—¿Has venido a despedirte? —preguntó valientemente—. Es muy considerado por tu parte.

—¡Despedirme! —exclamó St. Clair Addington—. Si no te conociera como te conozco y supiera bien lo gansa que puedes llegar a ser, te preguntaría por qué me envías la carta más insultante que he recibido en mi vida.

Mrs. Walton se sentó bruscamente y rompió a llorar.

—¡Oh, tenía que hacerlo! Ahora todo el mundo sabe que soy una mujer casada y todo esto supondrá un escándalo terrible. Es muy amable por tu parte venir a verme, pero todo se ha acabado entre nosotros. Por favor, por favor, no empeores la situación...

Addington la agarró por los hombros.

—Me dan ganas de sacudirte hasta que recobres la cordura, Mary. Oh, ya sé que se me considera la convencionalidad en persona, pero también sé que prefiero mil veces tenerte a ti antes que la aprobación y condescendencia de todas esas criaturas mezquinas y presuntuosas de Londres que se creen con el derecho a juzgar la reputación de sus semejantes. Mañana nos marchamos a América. De una manera u otra encontraremos a Sarto y en Reno los divorcios los dan a pares. Quizá tengamos que esperar un poco, ¡pero recuerda que yo llevo tres años esperando! Luego nos iremos a navegar en mi yate por todo el mundo... a Jamaica, Perú, Hawai, Ceilán... todos esos lugares que deben de ser maravillosos cuando tienes a tu lado a la persona correcta.

Mrs. Walton soltó una carcajada nerviosa.

—No me dejas muchas opciones —dijo—. ¿Eres siempre tan insistente?

—Siempre —respondió Addington.

—Viola —dijo Charles—, ahora soy el nuevo jefe de la sección de sucesos del *Mercury* con, debo agregar, un salario acorde con la dignidad de esa oficina. Me siento justificado para poner mi corazón a tus pies una vez más.

—Me gustaría que fueras más preciso, Charles —respondió Viola con inquietud.

—¡Oh, no era necesaria tanta precisión! —añadió ella un momento después—. ¡No podía respirar y has arruinado por completo mi sombrero!... Aún así... no ha estado nada mal.

**FIN.**

# Sobre el autor

Christopher St. John Sprigg (1907-1937) fue un escritor, poeta, intelectual y teórico político británico. Entre 1933 y 1935 escribió seis novelas policiacas publicadas bajo su nombre original, entre ellas, la conocida Muerte de un aviador (Death of an Airman) y Crimen en Kensington (Crime in Kensington), esta última publicada por Sherlock Editores.

En 1935, Sprigg renunció a su identidad burguesa, se afilió al Partido Comunista y se convirtió en un destacado pensador marxista cuyas obras políticas publicó bajo el seudónimo de Christopher Caudwell. En 1937, se alistó en las Brigadas Internacionales que combatieron en la guerra civil española y falleció en su primer día de combate en el frente del Jarama.

# La edad de oro de la novela de misterio

Las novelas de misterio, o de ficción detectivesca, arrasaron entre los años 20 y 30 del siglo pasado. De origen británico en su mayor parte, tenían estilos similares y cierta predilección por patrones concretos, como la escenificación del delito en una gran casa de campo inglesa y protagonistas pertenecientes a la clase alta. Estos crímenes, que podían incluir sangre pero raramente violencia explícita, se caracterizaban por una cierta inocencia y ligereza que quedó desfasada al estallar la Segunda Guerra Mundial, momento en el que dejaron de publicarse de forma generalizada.

Agatha Christie fue la máxima representante de un imperio en el que abundaron las escritoras y donde destacaron nombres como Margery Allingham, Ngaio Marsh, Josephine Tey, G. K. Chesterton o Dorothy L. Sayers en Inglaterra, Georges Simenon en Bélgica o Ellery Queen, S. S. Van Dine, John Dickson Carr o Erle Stanley Gardner en Estados Unidos, entre otros muchos.

## **Los diez mandamientos de la edad dorada**

Las reglas del juego eran importantes porque estas novelas eran consideradas juegos: un tipo de enigma-rompecabezas (al estilo Cluedo), por lo que el autor Ronald Knox codificó en 1929 los diez mandamientos que debía cumplir una novela de misterio:

1. El criminal debe ser mencionado en la primera parte de la historia pero no debe ser nadie de cuyos pensamientos el lector esté al tanto.
2. No se acepta ninguna intervención sobrenatural.
3. No se permite más de una habitación o pasadizo secretos.
4. No se puede utilizar ningún veneno desconocido para la ciencia ni ningún dispositivo que precise de una larga explicación científica al final
5. No deben aparecer chinos\* en la historia.

6. El detective no puede ser ayudado por ningún accidente ni tampoco puede tener ninguna intuición inexplicable que resulte ser verdadera.
7. El detective no puede haber cometido el crimen.
8. El detective ha de hacer públicas todas las pistas que descubra
9. El colaborador del detective, el “Watson”, no debe ocultar al lector ningún pensamiento que pase por su mente y su inteligencia ha de ser ligeramente, solo ligeramente, menor que la inteligencia del lector medio.
10. Los hermanos gemelos, y los dobles en general, no deben aparecer a menos que se haya informado al lector con antelación de su existencia.

\*Esta regla intentaba evitar los clichés raciales predominantes en las obras inglesas de los años 20.

Por otra parte, [The Detection Club](#), fundado en 1930 por escritores como Agatha Christie y Dorothy L. Sayers, estableció sus propias **Reglas del Juego Limpio**. Sus miembros tenían que atenerse a ellas prestando el siguiente juramento:

*¿Prometes que tus detectives resolverán entera y verdaderamente los crímenes que se les presenten sirviéndose solo del ingenio que te haya complacido otorgarles, sin caer en o hacer uso de revelaciones celestiales, intuición femenina, magia potagia, camelos, coincidencias o actos divinos?*

Posteriormente, el escritor estadounidense [S. S. Van Dine](#) redactaría sus propias **20 Reglas de Oro**, muy similares en su concepto a las de Ronald Knox o The Detection Club.

Más información en Wikipedia: [La edad de oro del misterio](#):

**Entérate de nuestras novedades y... ¡te enviamos un libro gratis!**

Déjanos tu correo electrónico y, además de informarte sobre nuestras nuevas

publicaciones, te enviaremos completamente gratis, en formato ePub o PDF, *El misterio de Copper Beeches*, una de las mejores aventuras del gran Sherlock Holmes, que da nombre a nuestra editorial.

También nos puedes seguir en nuestras redes sociales donde nos hará mucha ilusión tener comunicación directa contigo.

Si quieres contactar con nosotros para otra cosa, enviarnos una novela de misterio *vintage* o simplemente contarnos tu vida, estaremos encantados de atenderte en: [hola@sherlockeditores.com](mailto:hola@sherlockeditores.com)

## **Danos tu opinión**

¿Has leído alguno de nuestros libros? ¿Tal vez todos? Si ese es el caso, tu juicio es importantísimo para nosotros. Déjanos, por favor, tu opinión en esta [mini-encuesta](#). Contestarla solo te va a llevar dos minutos (¡cronometrados!).

Si no nos has leído, también nos interesa saber por qué. Como lector o lectora tienes todo nuestro respeto. ¿Qué te parece nuestra editorial? ¿Tienes sugerencias de autores u obras?

¡Tu opinión es fundamental para que podamos crecer y mejorar!

Si te has quedado con ganas de más novelas de la edad de oro del misterio, aquí tienes los primeros capítulos de *El misterio del frasco de perfume*, de Anne Austin.



# El misterio del frasco de perfume

## CAPÍTULO 1

—Una carta para usted, Mr. Dundee. La ha entregado el chófer de los Berkeley. Se ha presentado aquí en una limusina enorme, vestido de uniforme con galones y todo —anunció Mrs. Caroline Rhodes al entrar en la habitación de su huésped favorito—. Espero que no sea otra señal de que se va a cometer un asesinato... aunque si la carta procede de Abbie Berkeley no me extrañaría nada... Y si es así, no seré yo quien se apiade de ella.

—¡Vaya! Te veo algo sedienta de sangre esta mañana, madre Rhodes —replicó el detective a su casera con una sonrisa—, y siento decepcionarte pero esta carta es solo una invitación a pasar el fin de semana en Hillcrest, que supongo que es el nombre del castillo feudal de los Berkeley. El otro día me encontré con el joven Dick Berkeley y me rogó que acudiera este fin de semana a apoyarle en este trance. Parece que no tiene demasiada ilusión por la fiesta que ha organizado su madre... ¿Conoces a Mrs. Berkeley?

—¿Que si la conozco? —resopló Mrs. Rhodes—. Fui al colegio con Abbie Berkeley cuando era solo una tal Abbie Smith, no tenía más de un par de vestidos que ponerse y ni un solo amigo en el mundo. ¡Y mírala ahora! Se te queda mirando a través de esos anteojos suyos como si fueras algún bicho raro y desconocido.

—Por desgracia, esa es una actitud bastante usual cuando uno se casa con un millonario y pasa de la miseria a la opulencia en un abrir y cerrar de ojos.

—Pues si hay algo que no soporto es la gente que se comporta como si fuera la reina de Rumanía —continuó Mrs. Rhodes en tono ácido—. Abbie y su hija han regresado hace poco de una larga estancia por Europa y parece que se han traído a una “secretaria acompañante”, una dama de la alta sociedad pero pobre como una rata, para que las ayude a escalar el Everest social de Hamilton.

—¡Qué poética te pones, madre Rhodes! ¿Hay realmente un “Everest social” en Hamilton?

—Solo repito lo que mencionaba la columna de *The Morning News* esta

mañana al describir “la exclusiva fiesta” que Abbie celebra este fin de semana... “para conocer a Mr. Seymour Crosby de Nueva York, Palm Springs y Newport” —citó Mrs. Rhodes en tono remilgado—. Créeme, Bonnie Dundee, si los grandes esnobs de Hamilton se han rebajado a aceptar una de las invitaciones de Abbie Berkeley es solo para echar un vistazo a esta Mrs. Lambert y porque Abbie ha conseguido, no sé cómo, que acuda a su fiesta Seymour Crosby, que es un pez gordo de verdad.

—¿Quién es Mrs. Lambert? —preguntó Dundee distraído mientras se disponía a hacer su maleta.

—¡Vaya pregunta! Mrs. Lambert es Mrs. Laetitia Lambert, por supuesto. Cualquiera que viva en este planeta ha oído hablar de la familia Lambert —informó Mrs. Rhodes con altivez—. Aristocracia auténtica, desde antes de la revolución. Mrs. Lambert, antes de su matrimonio, era la bella Laetitia Cavendish, que rechazó la mano de un príncipe y de un conde para casarse con Van Rensselaer Lambert.

—Si de verdad se llamaba así no me extraña que se quedara con él —observó Dundee con una risita—. Sigues citando la columna de sociedad, claro.

—Bueno... ¿y qué si lo hago? No se lo habrán inventado, digo yo. Publicaron un larguísimo artículo sobre Mrs. Lambert cuando Abbie Berkeley y su hija Clorinda la trajeron a rastras desde Europa, como si fuera un perro con correa.

—Pobre Mrs. Lambert —se compadeció Dundee—. Y ahora, madre Rhodes, sé buena, por favor, y ayúdame a elegir de entre toda esta ropa mis mejores galas para el fin de semana.

Mrs. Rhodes se inclinó sobre la maleta.

—Pantalones de tenis... correcto, tienen una pista de tenis. Pantalones de golf, camisetas de deporte... Bien. Te llevarán al Country Club a jugar al golf y si Abbie no se disculpa cien veces porque su campo de golf privado *aún* no está construido me comeré mi sombrero nuevo... Y esto, ¿qué es? ¿Un esmoquin nada más? ¿No tienes frac? Ya te he dicho que la fiesta de mañana es de mucho postín... Bueno, si no tienes, no tienes, no le demos más vueltas. Supongo que deberían alegrarse de contar con tu presencia aunque te presentaras en pijama.

—¿Qué tal si aparezco con mi insignia de la policía? —preguntó Dundee con mirada pícaro.

—¡Estás loco! Abbie Berkeley haría que su mayordomo te pusiera de patitas en la calle y luego desheredaría a su hijo Dick por haber invitado a la *escoria* de la sociedad. ¿No le habrás contado a Dick que eres detective, verdad?

—No —reconoció Dundee—, pero si un ladrón de guante blanco le birla las perlas a Abbie no les vendrá mal tener a su lado al mejor detective del mundo. Al fin y al cabo, alguna excusa tendré que dar al capitán Strawn para ausentarme de la ciudad durante un fin de semana completo... Aunque aquí nunca pasa nada. ¡Ni un mal asesinato que llevarme a la boca! Debería mudarme a Chicago.

—¿Quién está sediento de sangre ahora? —se burló Mrs. Rhodes—. ¿Dónde está tu bañador? Hay un lago natural en Hillcrest que ha sido acondicionado y, si la temperatura no baja de cero, te aseguro que Abbie Berkeley te hará probar su nueva piscina, aunque te tenga que empujar dentro ella misma.

—Tienes mucho cariño a Abbie, ¿no es así? —sonrió Dundee—. No parece que sea una persona muy agradable, por lo que cuentas. Si el resto de los invitados o de su familia sienten por ella lo mismo que tú, tal vez mi fin de semana no resulte finalmente una pérdida de tiempo... desde el punto de vista profesional, claro.

—Cuando veas, y sobre todo *oigas*, a Abbie entenderás lo que te estoy contando —le aseguró Mrs. Rhodes con una mueca—. ¿Dónde has conocido a Dick Berkeley? ¿En la universidad?

—Correcto —Dundee asintió mientras cerraba su maleta—. Él estaba en su primer año y yo en el último así que no tuvimos mucho trato pero, cuando me lo encontré en la calle el otro día, nos saludamos como si fuéramos hermanos, por supuesto.

—¿Te contó que le expulsaron por mujeriego y por abusar del alcohol? Los periódicos dijeron que tuvo que dejar la universidad por su mala salud pero enseguida se supo la razón verdadera.

Dundee sonrió pero no dijo nada. Recordaba cómo el otro le había confesado avergonzado su expulsión por “abuso de alcohol y hábitos desordenados”. “Sobre todo hábitos desordenados”, le había dicho, añadiendo: “Al final resultó que *sí* era una joven decente, como aseguraba”.

—Bueno, si no hay nada más que pueda hacer por ti, me marchó —anunció Mrs. Rhodes y, tras una breve una pausa, añadió—: Supongo que

piensas que no soy más que una vieja cotilla.

—Sabes que eso no es verdad —protestó Dundee—. Te agradezco mucho que me hayas puesto en antecedentes de lo que me espera y, para demostrártelo, te voy a pedir que me cuentes algo más: ¿sabes por qué está Seymour Crosby en Hillcrest?

—La columna de sociedad publicaba esta mañana, literalmente: “Un pajarito nos ha dicho que se espera un anuncio muy interesante durante la fiesta. Mr. Crosby coincidió con Mrs. Berkeley y *miss* Clorinda Berkeley en el *Mauritania* el pasado agosto, durante la travesía de vuelta de Europa, y se rumorea que ha prestado desde entonces una atención especial a la bella y joven heredera”. ¡Podían haber escrito directamente que se casa con ella por su dinero! Y, la verdad, no entiendo cómo un hombre decente como George Berkeley lo permite.

—¿Y esa columna de sociedad tan bien informada no dio ningún dato más sobre Mr. Seymour Crosby?

—¡Ajá! ¡Ya sabía yo que aquí había gato encerrado! —exclamó Mrs. Rhodes triunfante—. Me apuesto lo que me debes esta semana a que, hasta que Dick no mencionó a Seymour Crosby, tú no aceptaste perder un fin de semana brincando por los amplios jardines de Hillcrest con la alta sociedad de Hamilton. Pensándolo mejor, ¡tal vez *sí* deberías meter tu chapa de detective en la maleta!

—Me temo que tendré que pagarte el alquiler como siempre, madre Rhodes —replicó Dundee guardando, no obstante, su insignia oficial en un bolsillo de la maleta.

—Y sobre lo que me preguntabas... No. La columna de sociedad no comentó nada sobre *él*... —El severo moño gris de Mrs. Rhodes se movió arriba y abajo mientras sus ojos se entornaban pensativos—. ¡Ah! ¡Parece que por fin ha llegado Tilda! Me tengo que marchar ya. Pásalo bien este fin de semana. ¡Espero que consigas lo que buscas! No te preocupes por tu loro, ya le daré yo de comer y vendré a hacerle compañía. Somos buenos amigos, ¿verdad, Capitán?

El loro, que había pertenecido a una de las víctimas del primer caso resuelto por Bonnie Dundee poco después de su incorporación a la Brigada de Homicidios del Hamilton Detective Bureau, agitó las alas sobre su percha en ese momento y soltó una risilla.

—Odio tener que dejarte aquí, mi querido Watson —comentó Dundee al

loro mientras le acariciaba su brillante plumaje.

El pájaro replicó echando la cabeza hacia atrás y entornando los párpados.

—¿Qué quieres decir con ese gesto? ¿Crees que no estaremos mucho tiempo separados? ¿Que al final tendré que pedir que te envíen a Hillcrest conmigo? Espero que no, pero te aseguro que si finalmente hay jaleo este fin de semana, este Sherlock que tienes delante no será capaz de resolverlo si no tiene a su lado a su fiel Watson. ¡Hasta pronto, viejo! Tengo que darme prisa si quiero llegar allí a tiempo para la cena... Ojalá pudiera echar un vistazo a algún periódico antiguo antes de irme... o tuviera tan buena memoria como mi casera.

La columna de sociedad había descrito Hillcrest como “palaciego” y aún se quedaba corto. La mansión de piedra blanca contaba con tres plantas, coronadas en su parte superior con una profusión de torrecillas. Un imponente torreón dominaba una de las esquinas. Rodeando las doce hectáreas de la propiedad, una gran verja de hierro forjado daba paso a una majestuosa cancela, abierta en ese momento para los invitados que llegaban, pues los Berkeley aún no habían adquirido la categoría suficiente como para emplear a un guarda permanente.

El taxi tomó la curva de la entrada y Dundee consiguió entrever una parte del lago. El sol de poniente lo había convertido en una gran piscina de oro líquido y, por primera vez desde que aceptó la apremiante invitación de Dick Berkeley, el joven detective se sintió contento y excitado ante la perspectiva del fin de semana. En todo caso supondría un cambio agradable frente a la ruidosa familiaridad de la casa de huéspedes donde vivía.

Al llegar a su destino, el taxista le abrió la puerta del automóvil. Dundee recordó las palabras de Mrs. Rhodes y vaciló antes de salir, pero se acordó de que no estaba allí para hacer amistad con los Berkeley sino para investigar a Mr. Seymour Crosby por ciertos motivos que solo a él interesaban.

De cualquier modo, cualquier duda sobre cómo sería recibido se esfumó ante la efusiva bienvenida de su anfitriona cuando hizo su aparición en la sala de estar.

Una voluminosa figura de corta estatura, muy encorsetada y envuelta en una capa tras otra de tela de gasa violeta se precipitó sobre él. El efecto era llamativo, el colorido de su vestido quedaba acentuado por el azul intenso de

sus ojos prominentes, el fucsia de las mejillas y la henna de su pelo cuidadosamente ondulado.

—¡*Querido* Mr. Dundee! No sabe lo contenta que estoy de que mi querido Dick haya encontrado por fin un camarada agradable en esta ciudad espantosa —exclamó tendiéndole dos manos completamente ensortijadas—. El pobre se *moría* por un poco de compañía intelectual. Dick nos ha contado que después de graduarse en Yale ha estado estudiando en Europa. ¡Qué afortunado! ¿No tiene ahora la sensación de que América es espantosamente *cruda*, poco refinada... si entiende a lo que me refiero?

—¡Oh! ¡Déjalo ya, madre! —le suplicó Dick, su agraciado rostro juvenil rojo de vergüenza—. ¡Ah! Aquí estás, papá. Déjame presentarte a Mr. Dundee, un amigo mío de Yale.

Dundee estrechó la mano del hombre de mediana edad más atractivo que había visto nunca y pensó que, si Clorinda Berkeley había tenido la fortuna de parecerse a este hombre alto, moreno y aristocrático en vez de a su impetuosa madre, más le valía que los dioses le protegieran porque se iba a enamorar sin remedio una vez más.

“Este hombre está tremendamente enfadado por algo”, pensó Dundee después del saludo de rigor. “Y creo saber la razón. Es como si acabara de descubrir exactamente el tipo de yerno que le ha procurado su esposa”.

—¡Oh, vaya por Dios! Ya tenemos aquí a Wickett con la cara larga. La cena debe de estar lista —manifestó Mrs. Berkeley con una sonrisa cohibida al ver al adusto mayordomo, que había hecho su aparición durante un fugaz instante antes de desaparecer de nuevo—. Me pregunto dónde se habrán metido todos. ¿Has visto a Clorinda, George? ¿Y a Mrs. Lambert o a Mr. Crosby? —Hizo una pausa, miró con una sonrisa cómplice a Dundee y continuó en tono confidencial—: Claro que un invitado tan distinguido como Mr. Crosby puede hacer lo que quiera pero... cualquiera pensaría que una secretaria, no importa la posición social que tuviera en el pasado, se aseguraría de llegar a tiempo para la cena... ¡Oh, aquí está! —exclamó, con el acento imitación de Oxford que de vez en cuando se acordaba de adoptar—. ¡*Querida* Mrs. Lambert! ¡Tiene usted un aspecto estupendo! Siempre digo que el negro sienta de maravilla a las mujeres de pelo blanco, ¡queda tan respetable! Ojalá mi pelo se volviera tan blanco como el suyo, aunque claro... yo soy demasiado joven... ¡Oh! Perdón, con eso no quiero decir que usted... usted ha encanecido antes de tiempo, Mrs. Lambert... Pero, disculpen, estoy

olvidando mis deberes como anfitriona. Le presento a Mr. Dundee, un amigo de Dick de Yale. Mr. Dundee, déjeme presentarle a Mrs. Lambert, Mrs. Van Rensselaer Lambert, de Nueva York... ya sabe —concluyó con aire triunfal.

Ante tal presentación, Mrs. Lambert se cuidó de dejar traslucir resentimiento alguno o enfado y se limitó a sonreír y hacer un gesto amable con la cabeza. Debía de tener unos cuarenta y cinco años pero aparentaba muchos menos a pesar de su cabello blanco. Lucía esbelta y distinguida con su vestido de terciopelo negro. La mirada de Dundee se detuvo en ella, complacido con el contraste que ofrecía su imagen elegante y serena con la estridencia de su anfitriona. Ella se acercó a él y le tendió la mano.

—¿Cuál era su curso, Mr. Dundee? ¿El del 26? ¿Es posible que conociera entonces a mi sobrino, Tommy Cavendish?

Los dos estaban charlando del temible Tommy cuando un pequeño terremoto hizo acto de presencia en ese momento.

—¡Hola, papá! ¡Hola, mamá! ¿Llego muy tarde? ¡Uy, Dicky! ¿Quién demonios ha torturado esa corbata tuya? Déjame arreglártela... ¡Hola, Tish, encanto! ¡Estás guapísima y te mereces un beso!

Y, ante el asombro de Dundee, un ciclón de volantes de gasa verde y piernas como palillos se abalanzó sobre Mrs. Lambert y le propinó un sonoro beso. ¡Y Mrs. Lambert parecía complacida!

—¡Gigi! Quiero decir... ¡Georgina! —Mrs. Berkeley exclamó impaciente—. ¿Cuántas veces te he dicho que no llares “Tish” a Mrs. Lambert? ¡Y deja de imitar de una vez el acento de Oxford de esa forma tan ridícula!

—¡Oh, *querida*! —replicó la niña arrastrando las sílabas descaradamente—. ¡Pensaba que te gustaría! Ya sabes, así publicarán los periódicos que de tal palo, tal astilla y todo eso... ¡Aunque, en realidad, solo lo hago para que te des cuenta de lo afectado que suena! Acento fingido, pedigrí falso... Lo único que hay *de verdad* en esta casa es el dinero... menos mal que es lo único que le interesa a Mr. Seymour Crosby, ¡tiene suerte!

—¡George! ¿Te vas a quedar ahí parado y dejar que esta mocosa me hable así? —se lamentó Mrs. Berkeley con un gemido, pero las palabras salían de su boca de forma tan automática que Dundee estaba seguro de que se trataba de una súplica repetida e inútil—. ¿Sabes dónde está tu hermana, Gigi? —añadió como si la increíble escena que acababan de presenciar nunca hubiera tenido lugar.

—Estaba discutiendo con alguien en la biblioteca. Intenté oír lo que decían pero no entendí ni una palabra... ¿Nadie me va a presentar a este invitado tan guapo? Sé que no es el fascinante *fiancé* porque no lleva bigote.

George Berkeley realizó las presentaciones.

—Mr. Dundee, esta es mi hija menor, Gigi... Georgina. Un amigo de Dick, de Yale —añadió dirigiéndose a su hija y ruborizándose al acordarse de la institución que había expulsado a su hijo.

—Olvide el “Georgina”, Mr. Dundee —dijo la niña tendiéndole una manita bronceada—. Gigi es mucho más práctico. Ni siquiera mamá es capaz de sonar amenazadora cuando grita “¡Gigi!”... ¡Ah! ¡Aquí viene Clorinda así que la pobre Gigi tendrá que salir de escena humillada y derrotada!... ¿No opina que mi hermana es preciosa, Mr. Dundee? Con ese rostro clásico y a la vez tan sofisticado.

—¡Oh, cállate ya, Gigi! —ordenó Mr. Berkeley mientras le acariciaba con afecto los rizos castaños.

Dundee apenas escuchó la calurosa presentación que Mrs. Berkeley hizo de su hija Clorinda porque su atención se centraba en observar a esa belleza morena y altiva vestida de terciopelo burdeos. Los ojos de él se encontraron durante un instante con la mirada sombría de ella, pero Dundee tuvo la incómoda sensación de que, para Clorinda Berkeley, él resultaba transparente.

—Mr. y Mrs. Smith —anunció el mayordomo y Dundee sonrió para sus adentros al notar el ligero tono despectivo con el que Wickett había pronunciado un nombre tan plebeyo. ¿Sería desagrado por el nombre o por la pareja en sí?, se preguntó al ver entrar a un hombre y una mujer que Mrs. Berkeley presentó como “mi hermano y su esposa”.

—¿Es usted Mr. Seymour Crosby? —le preguntó Mrs. Smith con voz chillona—. ¡Me muero por conocer al novio de Clo! Hemos leído todo lo que se ha publicado sobre usted, claro está, incluso antes de saber que iba a formar parte de la familia y, como le dije a Ben, sabemos que usted no fue el culpable de...

—¡No seas idiota, Lily! —interrumpió Mrs. Berkeley con aspereza—. Este es Mr. Dundee, un amigo de Dick. Mr. Crosby aún no ha bajado a cenar y *ni se te ocurra* mencionar... ¡Ay! —exclamó de repente al recibir un pisotón de Gigi. Sorprendida, miró a su hija, luego hacia el amplio arco que daba paso al gran recibidor y recobró el control al instante. Se acercó rápidamente hacia su invitado de honor y rehusó con un gesto sus excusas.

—¡Mi *querido* Mr. Crosby! ¡Qué tontería, *pues claro* que no llega tarde! Espero que le haya gustado su habitación y que Johnson no le haya parecido un ayuda de cámara demasiado intimidante. Mr. Berkeley simplemente *se niega* a tener ayuda para vestirse, es ridículo ya lo sé, pero así es, así que Johnson es lo mejor que nuestra querida Mrs. Lambert ha podido encontrar en la localidad... Vaya, me temo que estoy monopolizando la conversación... Confío en que no encuentre la cena de hoy demasiado aburrida... estará solo la familia, estamos reservando nuestras fuerzas para la gran fiesta de mañana...

Y de esta manera, Dundee conoció por fin al hombre por el que se había desplazado tantos kilómetros. Porque Dundee era un detective de raza y la historia de Seymour Crosby y de cierta tragedia sucedida en Londres unos dieciocho meses antes era uno de esos misterios famosos que habría dado mucho por resolver.

## CAPÍTULO 2

Antes de que Wickett, el mayordomo, hubiera retirado los platos de sopa, Dundee ya se había dado cuenta de que la fiesta, desde el punto de vista estrictamente de la diversión, iba a ser un fracaso estrepitoso a pesar del esplendor de la comida y los vinos.

Mrs. Berkeley no le caía bien, pero no podía evitar compadecerse de ella. Un George Berkeley hostil y taciturno presidía la mesa, no la ayudaba en absoluto y contestaba solo cuando no le quedaba más remedio. Durante toda la cena, no se dirigió ni una sola vez a su invitado de honor pero lo que pensaba de él se podía adivinar por la expresión de su rostro cada vez que le miraba, con los labios comprimidos y mirada furiosa.

La pareja Smith, que alternaba entre momentos de incómodo silencio y risas fuera de lugar, eran otra piedra en el zapato de su anfitriona. Clorinda Berkeley, por su parte, se mostraba tan hermética y distante como si estuviera cenando sola en algún lugar particularmente desagradable y parecía tan decidida como su padre a ignorar a su prometido. Y Dick Berkeley era el peor auxilio posible para su madre. Su único interés parecía radicar en los diferentes vinos que acompañaban a cada plato.

Durante los primeros diez minutos de cena, Gigi se consagró en cuerpo y alma a saciar su apetito así que Dundee se dedicó a secundar la conversación entre Mrs. Lambert y Seymour Crosby, empeñados en salvar una velada destinada al fracaso. Esos dos eran una maravilla. Entre ellos parecían haber estado en todas partes, haberlo visto todo, presenciado los mejores conciertos, leído los libros correctos, conocido a la gente más interesante... y todo sin presumir realmente de ello. Solo pretendían ayudar a su anfitriona, o al menos intentarlo.

Mrs. Lambert se movía y hablaba de forma distendida y elegante pero se veía que sufría. Más de una vez, Dundee sorprendió sus delicadas y hermosas manos contraídas sobre su regazo mientras su rostro parecía desmentir con una sonrisa relajada la tensión del ambiente.

“Pobrecilla”, Dundee se compadeció de ella en silencio. “Tal vez tiene miedo a perder su trabajo como represalia por haber presentado a Mr. Crosby y Clorinda”. Pero esa explicación no le satisfacía por completo.

—¡Guau! ¡Qué hambre tenía! Después de montar a caballo con papá antes del desayuno, luego dos horas de tenis con Dick y dieciocho hoyos al golf con papá por la tarde, ¡estaba muerta de hambre! Pero ya estoy lista para charlar un poco —informó Gigi a Dundee mientras Wickett retiraba su plato—. ¡Ay, señor! ¡Ya está mamá dando la tabarra otra vez! ¿Pero es que no me va a dejar nunca meter baza?

Él la sonrió mientras se sometía cortésmente a otra batería de preguntas y adulación de su anfitriona.

—Realmente no comprendo, querido Mr. Dundee, qué es lo que ve un hombre de evidente cultura como usted en una ciudad tan pequeña y provincial como esta —observó Mrs. Berkeley.

—Considerando que esta “pequeña ciudad provincial” nos ha hecho obscenamente ricos, creo que podrías ahorrarte esa pregunta, mamá —sugirió Gigi con su estridente vocecita.

—¡Gigi! —exclamó su padre con severidad.

La pequeña bajó la cabeza y cerró la boca con aire compungido pero el efecto de la reprimenda no le duró mucho tiempo. Al poco estaba provocando de nuevo a su compañero de mesa.

—Apuesto a que está de acuerdo conmigo, Mr. Dundee. Quitando a papá, usted es el único hombre increíblemente atractivo que he conocido en mi vida que parece que tiene algo de sentido común.

—Gracias, Gigi —respondió Dundee con seriedad.

—Tiene origen escocés e irlandés, ¿no es así? Nosotros somos de origen inglés por parte de papá y “basura blanca” por parte de mamá. Eso no es malo... en realidad estaría muy bien si mamá no intentara con tanta fuerza pertenecer a la “esfera social”. Papá es un caballero de la cabeza a los pies, claro. Hasta Mrs. Lambert, que está acostumbrada a la realeza y todo eso, dice que papá es un auténtico purasangre americano... ¡Mire qué guapo es! Estoy enamorada de mi padre hasta el tuétano y eso irrita a mamá porque yo consigo todo lo que quiero de él y ella no...

—Me atrevería a decir que podrías salirte con la tuya con cualquier hombre... —le aseguró Dundee galante pero sincero.

—¿Lo cree de verdad? —le preguntó Gigi conmovida—. Es terrible tener solo catorce años y no saber si alguna vez tendré *sex appeal* o no. Pero creo que tendré mucho, ¿no lo cree usted también? Solo he intentado practicar mi *sex appeal* una vez, con Arnold, el chófer, pero está tan asquerosamente

enamorado de Doris, la doncella de mamá que...

Dundee reprimió una carcajada.

—A mí me tienes a tus pies... si eso te sirve.

—¡Oh, claro que sí! Llevo practicando mi *sex appeal* con usted toda la tarde —le aseguró ella muy seria—. *Verá*, es bastante difícil con Clorinda alrededor. Ella es increíblemente guapa y yo solo soy una niña con las piernas demasiado flacas y llenas de moratones... ¿Qué piensa usted de Mr. Seymour Crosby? —le preguntó en un inesperado cambio de tercio alzando hacia él unos inocentes ojos azules—. He visto que nos ha estado observando a todos pero creo que mamá le ha interrumpido antes de que le tocara el turno a Mr. Crosby.

—¡Diablillo impertinente! —exclamó Dundee riéndose ruborizado. Pero, obediente, observó con atención al prometido de Clorinda, absorto en ese momento en una conversación con Mrs. Berkeley. Se le ocurrió, algo escandalizado ante la idea, que Clorinda y Mr. Seymour eran demasiado parecidos físicamente como para que el matrimonio pudiera ser legal. Ambos eran altos, esbeltos y muy morenos. Pero Seymour carecía de la altivez de Clorinda.

—Si no fuera por su juventud, diría que Mr. Seymour es un auténtico caballero de la vieja escuela y lo digo en el sentido más elogioso del término —replicó Dundee a Gigi con toda sinceridad.

Todas esas siniestras especulaciones que había estado meditando parecían absurdas al mirar a Crosby, y sin embargo...

—¿"Por su juventud"? —repitió Gigi—. Pero ¡si tiene treinta y cuatro años! Papá está furioso con él esta noche y nadie me quiere explicar por qué.

—¡Clorinda! ¡Clorinda! —Los gritos de Abbie Berkeley interrumpieron la conversación—. ¿Qué te pasa, te has quedado sorda de repente? ¡Clorinda!

—Lo siento, madre —respondió ella fríamente—. ¿Qué quieres?

—Tu tía Lily lleva un buen rato intentando decirte algo, querida.

—¡Oh, no es nada en realidad! —se apresuró a excusarse Mrs. Smith—. Solo me preguntaba si te has enterado de que John Maxwell está en la ciudad. Te acuerdas de John, ¿verdad?... Pero, claro que te tienes que acordar, ¡qué tonta soy! Todo el mundo decía que ibas a casarte con él.

—No seas idiota, Lily —exclamó Mrs. Berkeley con brusquedad lanzando una mirada envenenada a su cuñada—. Clorinda nunca ha estado comprometida con John Maxwell, fue solo un simple flirteo de adolescentes,

¿verdad, Clorinda?

—No, no lo fue —replicó la joven con incómoda claridad fulminando a su madre con una mirada.

Y, una vez más, el tacto exquisito y rápido ingenio de Mrs. Lambert impidieron que la cena se convirtiera en otra batalla familiar.

—¿No es maravillosa? —susurró Gigi mirando embelesada a Mrs. Lambert—. ¡La adoro! Me gustaría ser como ella pero, claro, yo no soy una dama, ni quiero serlo en realidad, así que me resulta imposible... pero Tish me ha dicho que tengo que seguir siendo yo misma. Me ha asegurado que “en sociedad” está bien visto ser tan franco y excéntrico como quieras, especialmente si eres joven.

—¿Te gustaría codearte con la alta sociedad?

—Supongo que no me quedará más remedio —suspiró Gigi resignada—. Mis padres llevan años derrochando un montón de dinero en las mejores escuelas privadas. Así que sé montar a caballo, cazar, nadar, jugar al tenis, al golf... aunque lo que de verdad me gustaría es poder escupir más lejos que nadie —añadió con pena fingida—. Pero dígame, ¿diría usted que Clorinda y Mr. Seymour están enamorados? Porque a mí no me lo parece. Mr. Seymour es muy galante y todo eso pero en cuanto a esa *corriente eléctrica* entre ellos que mencionan las novelas... pues bien, yo no la veo.

Dundee se abstuvo de responder que él tampoco. El comentario de Mrs. Smith, tan falto de tacto, le había hecho comprender algunas cosas y era evidente que los millones de los Berkeley explicaban algunas otras, como el deseo de Mr. Crosby de casarse con Clorinda.

A una señal apremiante de Mrs. Berkeley, el mayordomo se acercó a la mesa con una botella de champán envuelta en una impecable servilleta, pero George Berkeley le frenó con un gesto brusco. Wickett vaciló un momento, sin saber bien qué hacer y, de forma involuntaria, buscó alguna indicación de Mrs. Lambert. Dundee observó a la acompañante-secretaria negar con la cabeza de forma casi imperceptible. Mrs. Berkeley, que quizá no había visto el gesto anterior de su esposo, vertió toda su ira contra la secretaria.

—¡Wickett, obedece! ¡Sirve champán a todos y, por favor, para el futuro recuerda que soy *yo* y no Mrs. Lambert quien manda en esta casa!... Es natural, querida Mrs. Lambert, que Wickett olvide a veces que ya no es usted quien paga su salario, pero he de pedirle que usted al menos lo recuerde.

—¡Oh! ¡Como nos odio a veces! —susurró Gigi indignada—. ¿Cómo se atreve mi madre a hablar así a Mrs. Lambert? Estoy segura de que la pobre no dudaría ni un minuto en abandonarnos si no fuera porque es tan terriblemente pobre... Y Wickett se marcharía al instante también si no fuera porque adora a Tish y no quiere dejarla sola. Fue su mayordomo durante muchos años, ¿sabe? Antes de que ella perdiera todo su dinero... ¡Oh! ¡Esta fiesta es horrible y algo me dice que solo va a ir a peor!

Bonnie Dundee permaneció en silencio pero, en secreto, estaba de acuerdo con ella.

## CAPÍTULO 3

—¡Lárgate, Gigi! —ordenó Dick Berkeley a su hermana mientras se acomodaba en el sofá al lado de Dundee—. Seguro que has escandalizado tanto a Dundee que lo has dejado grogui, como a mí. Ve a animar un rato a Mrs. Lambert, parece un poco deprimida y no me extraña... Gracias, no tomaré café, Wickett. El café podría despejarme, justo ahora que me estaba entonando —observó apropiándose de dos vasitos rellenos de un licor dorado.

—Apuesto a que Mr. Dundee prefiere que sea yo quien le escandalice y no tú —replicó su hermana sacándole la lengua. Pero, obediente, se levantó y salió corriendo con sus piernas larguiruchas hacia donde estaba sentada sola la secretaria.

—Una niña peculiar, Gigi —comentó Dick después de haber ingerido de un trago los dos vasos de *brandy*—. La mejor de todos nosotros, sin duda. Es aún muy inmadura y horriblemente impertinente, pero tiene un corazón de oro. Yo aprecio mucho a Gigi. —Parecía a punto de echarse a llorar.

—Lo entiendo —replicó Dundee observando con placer la bonita estampa que representaban la niña y Mrs. Lambert.

—Esta sustancia está asquerosamente dulce —opinó Dick de repente—. Tengo que quitarme este sabor de la boca. —Y, tambaleándose, se dirigió hacia el mueble bar donde fue interceptado por su padre, que le murmuró algo con expresión severa. Dick regresó al sofá.

—¡Pobre papá! Le cuesta mucho conseguir que los borrachos de esta familia no se pongan en ridículo más de lo estrictamente necesario —informó Dick a Dundee—. En fin, si tienes sed tengo algunas reservas de emergencia en una petaca que llevo en el bolsillo.

—Gracias, creo que ya he bebido suficiente —replicó Dundee abstraído. En realidad, estaba calculando de cuántos “borrachos” se compondría la familia Berkeley y quiénes serían.

—¿No serás tú otro de esos abstemios aguafiestas como papá? Solo abre su bodega cuando mi madre le obliga para celebrar alguna ocasión propicia como esta. La bodega es la de antes de la guerra, claro, de cuando no existía esta terrible prohibición... Vaya con los tortolitos, ¿eh? —observó con desprecio mirando a la melancólica pareja, que no se dirigía la palabra—.

¡Dios! ¡Tengo que hacer algo para animar este funeral!

Se levantó del sofá y se dirigió al gramófono donde, después de enredar con los botones durante un par de minutos, consiguió que sonara una suave melodía de *jazz*.

—¡Vamos, Lily! —gritó a su tía—. ¡Vamos a demostrar a estas momias cómo se baila el *breakaway*... ¡*Breakaway, breakaway!*

—¿Quiere bailar conmigo, Mr. Dundee? —gritó Gigi deslizándose por el suelo con movimientos de baile—. ¡Papá, saca a bailar a Tish! ¡Vamos! ¡Mueva ese esqueleto! —gritó a Dundee mientras él obedecía servicial.

Otras tres parejas se unieron al grupo. Dick reñía y arengaba a su tía mientras esta se equivocaba con los pasos una y otra vez. Clorinda y Crosby, perfectamente acompañados, demostraban por qué la danza es un arte y Mr. Berkeley guiaba la esbelta y elegante figura de Mrs. Lambert con una destreza sorprendente.

—Hacen una pareja magnífica, ¿verdad? —Gigi susurró mientras lanzaba un beso a su adorada “Tish”—. Mira a mi pobre madre sonriendo como si fuera un gato de Cheshire... Bueno, al menos está contenta de que la velada esté resultando bien después de todo.

—¿Crees que debería sacarla a bailar? —preguntó Dundee.

—¡Oh, sí, claro! Pídeselo, pero pondrá alguna excusa. La triste realidad es que sufre artritis en las rodillas... ¡Guau! ¡Eres el *guaaau* de la danza, Bonnie Dundee!

—Así que te has enterado de mi apodo —gimió Dundee—. Supongo que ha sido Dick quien se ha ido de lengua...

Durante una pausa, Dundee comenzó a charlar educadamente con su anfitriona. Seymour Crosby se acercó a ellos disculpándose de antemano por la interrupción.

—Acabo de recordar que tengo un regalo para usted, Mrs. Berkeley. ¿Me disculpa si subo un momento a la habitación y se lo traigo?

Mr. Crosby se marchó y Mrs. Berkeley sonrió afectadamente.

—¿No cree que ese hombre parece salido de otra época, Mr. Dundee? Tan cortés, tan refinado... Clorinda es una joven con mucha suerte, ¿no es así, Clorinda? —Su hija hizo como que no la oía y se alejó con su paso felino—. Espero que mi traviesa Gigi no le haya dado una impresión falsa de mí, Mr. Dundee. Esa niña es incorregible, su padre la apoya en todo y la incita a la

menor ocasión. Sin embargo, a pesar de todas sus impertinencias, le aseguro que es una criatura estupenda y *adora* a su madre. Mrs. Lambert me ha asegurado que Gigi tendrá mucho éxito en sociedad. Hará su debut en Nueva York, por supuesto, de la mano de su hermana y de Mr. Crosby... Aunque tengo la sensación de que mi querida niña no aprecia realmente todo lo que su hermana puede hacer por ella una vez casada... ¡Oh! —se interrumpió al ver a Seymour Crosby delante de ella de nuevo con una caja en las manos—. ¡Pero... no era necesario, mi querido amigo!

—¿Qué es? —preguntó Gigi impaciente acercándose a su madre mientras esta abría su regalo. Cuando vio lo que había dentro, los ojos de la niña se dilataron del horror.

—¡Oh, no! —se le escapó, tapándose la boca de inmediato.

No había nada extraño en el frasco de perfume exquisitamente tallado que sostenía Mrs. Berkeley en sus manos, pensó un desconcertado Dundee observando la escena con el ceño fruncido.

—¡Déjame olerlo! —gritó Gigi con tono forzado y arrebató el frasco de las manos de su madre. Abrió el tapón con sus pequeños dedos y, antes de que nadie pudiera impedirlo, comenzó a derramar el intenso perfume sobre todos los presentes, rociando generosamente vestidos y chaqués.

—¡Para, Gigi! ¡Te digo que pares! —le exigió su madre frenética—. ¿Te das cuenta de lo que estás haciendo? ¡Es un frasco de *Fleur d'Amour* y cuesta cien dólares el litro! ¡George! ¡Haz algo! ¡Está acabando con él!

Pero Gigi continuó vertiendo el líquido por todas partes. Ni siquiera Wickett, el mayordomo, se libró de ser regado con el carísimo aroma.

—¡Has desperdiciado al menos la mitad de mi maravilloso perfume! ¡Eres una hija perversa! —gimió Mrs. Berkeley sollozando mientras Gigi se escapaba de sus garras.

Dundee habría dado mucho por no presenciar la escena que tuvo lugar a continuación. Mrs. Berkeley acorraló a su hija y, ante la carcajada insolente de esta, le propinó un sonoro bofetón.

—¡Oh! —gritó Gigi con incredulidad, pero no opuso resistencia cuando su madre le arrancó el frasco de las manos. Miró fijamente a su madre y Dundee pensó que nunca había visto tanto odio y desdén como el que mostraba esa carita redonda y súbitamente pálida.

George Berkeley, furioso, se acercó a su mujer en dos zancadas y le dijo en un tono ahogado que, no obstante, resultó audible en toda la habitación:

—¡No vuelvas a hacer eso nunca, Abbie! ¡Nunca! ¿Me oyes? Porque como lo vuelvas a hacer...

En ese momento, la orquesta, olvidada hasta entonces, comenzó a tocar *The pagan love song* y los ecos de la melodía apagaron las malas vibraciones.

Gradualmente, todo el mundo se fue recobrando de la parálisis causada por la sorprendente escena. Ante la mirada estupefacta de Dundee, un muy borracho Dick Berkeley embistió contra la gran puerta en forma de arco que se abría hacia el recibidor. Gigi, atrincherada en una esquina, salió corriendo de repente; sus sollozos podían oírse por encima de la música.

Dundee miró a su alrededor sin saber muy bien qué hacer. Clorinda se encogió de hombros en un gesto de desdén. El rostro escandalizado de Seymour Crosby no disimulaba su sorpresa y repulsión. Mrs. Lambert estaba lívida, una expresión de profunda tristeza se reflejaba en su rostro.

—¿Me disculpa un instante? Tengo que hablar con Dick —murmuró Dundee a George Berkeley, que no dio ninguna señal de haberle oído.

Pero no fue el deseo de hablar con Dick lo que le hizo salir corriendo de la habitación. Fue el apremiante impulso de llamar por teléfono al capitán Strawn de la Brigada de Policía de Hamilton.

El amplio recibidor de la mansión de los Berkeley se extendía algunos metros por detrás de una inmensa escalera circular de mármol blanco que llegaba hasta el tercer piso. Detrás de la escalera, el recibidor acababa en una pared con una puerta verde que llevaba a los misteriosos territorios del servicio. Cuando Dundee pasó al lado, la puerta estaba entornada y de dentro salían voces que le hicieron detenerse y abandonar momentáneamente la búsqueda de la biblioteca y el teléfono.

—Por favor, Mr. Dick, ¡deje que me vaya! No, no... ¡No voy a bailar con usted!

Era la voz aguda y agitada de una joven de acento marcadamente británico. Pero la súplica desesperada solo obtuvo una carcajada ebria como respuesta.

“¡Oh, santo cielo! ¡Dick ha vuelto a las andadas!”, pensó Dundee con un gesto de repugnancia. Y, en un impulso repentino, abrió la puerta y entró disparado en la habitación.

Su primera impresión de la joven fue que era pequeña y frágil. Sus rizos

rubios terminaban en un delicado moño anudado en la nuca, enmarcando su agraciado rostro. Sus brillantes ojos azules expresaban el pánico que sentía en ese momento mientras intentaba librarse del abrazo de un tipo borracho que la obligaba a acompañarle en unos torpes pasos de baile.

—Prométeme que te encontrarás conmigo cuando toda esa gentuza se haya ido a dormir y te dejaré en paz.

—¡Hola, Dick! —saludó Dundee desde el umbral de la puerta—. ¿Dónde hay un teléfono?

—En las dependencias del mayordomo, primera puerta a la izquierda... Pero antes déjame presentarte a la joven más guapa de Hamilton, *miss* Doris Matthews, la doncella personal de mi madre. Curioso, ¿eh?... pensar que mi madre tiene una doncella personal, ¡ironías del destino!

—Estás borracho, Dick. Vete a la cama —le interrumpió Dundee en tono tranquilo—. Doris puede mostrarme el teléfono.

—¡Ni lo sueñes! Ya veo tu juego, amigo. Quieres quedártela para ti, ¿eh? Escucha, Doris, ni se te ocurra fiarte de mi viejo colega. Es un rompecorazones, eso es lo que es...

—¡Deje que me vaya, Mr. Dick, por favor! —suplicó Doris manteniéndole a distancia con el brazo extendido.

—Si me prometes reunirte conmigo cuando y donde yo te diga —respondió Dick arrastrando las palabras.

—¡De acuerdo! —exclamó la muchacha lanzando una rápida mirada a Dundee que le informaba bien a las claras de que no tenía ninguna intención de cumplir su promesa. —¡Oh, mire! ¡Ha estropeado mi uniforme! —se lamentó Doris intentando alisar su delantal bordado—. El teléfono está por aquí, Mr. Dundee, sígame... ¡Oh! ¡Mr. Wickett! —Doris pegó un respingo al ver al mayordomo y, dando media vuelta, salió disparada hacia las escaleras.

—¿Escuchando detrás de las puertas, Wickett? Pues escucha, cara de granito, ocúpate de tus cosas, ¿de acuerdo? —farfulló Dick Berkeley.

—Sí, señor —replicó el mayordomo que, aunque aparentemente impertérrito, le lanzó tal mirada de odio y desprecio que Dundee sintió un escalofrío—. ¿Necesita realizar una llamada, señor? Le mostraré dónde está el teléfono. Sígame, por favor.

—Gracias, Wickett —contestó Dundee agradecido mientras le seguía hasta la biblioteca, una amplia estancia orientada hacia el oeste.

Para su sorpresa, Dundee comprobó que la biblioteca estaba

extraordinariamente bien surtida de libros de todos los géneros, la mayor parte de ellos con señales de haber sido usados. ¿Quién de los Berkeley sería el ratón de biblioteca? ¿Gigi? Era posible, pero algunos ejemplares antiguos no parecían del género que pueda atraer a una niña de catorce años. ¿George Berkeley? Casi seguro. Dundee extrajo una novela de Henry James de uno de los estantes. La abrió por la primera página y vio el sello impreso en una tinta ya desvaída: “*Ex libris* George Berkeley” con una fecha que se remontaba a diez años atrás. El libro parecía haber sido leído no una, sino muchas veces.

“Sabía que me caía bien George Berkeley por algo”, pensó Dundee dejando el libro y levantando el auricular del teléfono.

—Quiero hablar con el capitán Strawn, por favor. Dundee al habla... ¡Hola, jefe!

—¡Hola, muchacho! —exclamó la voz profunda de Strawn—. ¿Lo estás pasando bien con los ricos y poderosos?

—¿Pasarlo bien? ¡Deje que me ría! ¡Escuche, jefe! ¿Puede enviar a alguno de los muchachos al *The Morning News* para que me consiga el *dossier* completo del caso Crosby? Estoy seguro de que todos los periódicos tienen bien documentado el juicio... Sí, de hace unos dieciocho meses... ¡Gracias! Y que me lo envíen en un sobre en blanco, sin membrete, por favor.

—¿Qué pasa? —preguntó el capitán con curiosidad.

—Probablemente nada pero... tengo un cosquilleo extraño en la piel, diría que es una premonición... Buenas noches, señor.

Cuando Dundee regresó a la salita, con un ambiente casi irrespirable por el perfume que Gigi había derramado de forma tan absurda, se encontró con que Dick seguía ausente y que George Berkeley también había abandonado el grupo. Una nueva melodía salía del aparato de radio y Clorinda y su prometido bailaban en solitario con solemne perfección.

Dundee cruzó el salón y se acercó a su anfitriona, que estaba sentada en un diván con Mrs. Lambert.

—¡De acuerdo! Lo prometo aunque no me parece que... ¡Oh! ¡Aquí está usted, Mr. Dundee! —Mrs. Berkeley interrumpió el comentario que estaba dirigiendo a su secretaria y se giró con alivio evidente hacia el amigo de su hijo, que la invitó a salir a bailar. Ella le escuchó con su cabeza teñida de henna ladeada como un pajarito.

—¡Oh, muchas gracias, qué amable de su parte! Pero es ya muy tarde y

estoy reservando toda mi energía para la fiesta de mañana. Mañana por la noche bailaré con usted, ¡no lo olvide! —y añadió levantando la voz—: ¿Podría alguien apagar la radio? ¡Oh, aquí estás, George! ¡Apaga la radio, por favor! Nuestra querida niña no debe cansarse innecesariamente —dijo extendiendo ambas manos hacia la pareja que formaban Clorinda y Crosby—, ¿no opina usted igual, Mr. Crosby?

—Por supuesto —convino Mr. Crosby fríamente. Se notaba que hasta él estaba perdiendo la paciencia con su anfitriona.

—¿Qué te pasa, cariño? —preguntó Mrs. Berkeley con solicitud a su hija—. Espero que no te estés poniendo enferma...

—Es solo dolor de cabeza. Ese perfume horrible...

—¿Cómo puedes decir que es horrible? —se apresuró a decir Mrs. Berkeley alarmada lanzando una mirada de soslayo a Mr. Crosby—. ¡A mí me encanta! Aunque es cierto que hay gente muy sensible a los aromas potentes. Mi doncella Doris, por ejemplo, sufre unas migrañas horribles cuando huele cualquier fragancia, aunque sea casi imperceptible... Resulta muy incómodo en ciertas situaciones, como pueden imaginar.

—¿Doris? —preguntó Mr. Crosby repentinamente—. ¿No se referirá a la pequeña Doris Matthews? —añadió volviéndose hacia Mrs. Lambert con una expresión indescifrable en su fino rostro.

—¿No te conté en mi carta que me traje a Doris conmigo? —contestó ella—. Estoy segura de que sí te lo dije, Seymour. Espero que no te importe. Buscaba empleo y vino a verme cuando regresé a Nueva York —titubeó y Dundee estuvo seguro de que era ansiedad lo que disimulaba tras su dulce y educada voz.

—¿Por qué me iba a importar? ¡Me encantará volver a ver a Doris de nuevo! ¿Cómo está?

—Tan guapa y adorable como siempre. —Mrs. Lambert sonrió—. Y es muy feliz. Acaba de comprometerse con el chófer, Eugene Arnold. Un hombre estupendo, según tengo entendido.

—Me voy a la cama —anunció Clorinda abruptamente—. Buenas noches a todos.

—¡Pero si ni siquiera son las once! —protestó Mrs. Berkeley.

Clorinda salió de la habitación sin molestarse en contestar y su madre añadió:

—En realidad me alegro de que la pobre niña se comporte de forma

sensata. Mañana será un día tan ajetreado...

—Nosotros deberíamos marcharnos también —dijo Mrs. Smith—. ¿Nos podrías prestar tu coche y el chófer, Abbie? El nuestro se ha estropeado y hemos tenido que venir en un taxi.

—Por supuesto... George, haz que Wickett llame al garaje para que Arnold traiga el coche.

Pasaron más de diez minutos hasta que Wickett anunció por fin que el coche estaba esperando. Los Smith ya se habían despedido dos veces y Mrs. Smith repetía, por tercera vez, con su voz de falsete lo bien que lo habían pasado.

—Me gustaría hablar contigo un momento en la biblioteca antes de que te vayas a la cama, Abbie —interpeló George Berkeley a su esposa mientras todos se dirigían hacia la escalera de mármol.

Dundee, que ya había llegado al rellano de la segunda planta, pudo oír con claridad esas palabras susurradas en tono severo y de nuevo sintió ese hormigueo de inquietud en su cuerpo.

## CAPÍTULO 4

Dundee tenía asignada una habitación en la tercera planta. Dick Berkeley le había explicado el motivo:

—Nadie más duerme en esta planta, solo el servicio y yo. Me gusta la privacidad de esta zona. Tendrás que compartir el baño conmigo, lo siento. Vas a dormir en lo que mi madre llama “mi madriguera” pero el sofá es muy confortable. Mamá quería asignarte uno de los dormitorios más aristocráticos de la segunda planta, pero pensé que preferirías un poco de calma y tranquilidad. Aquí solo están mis habitaciones, el salón de baile se encuentra también en esta planta pero justo al otro lado. No creo que tampoco te molesten los sirvientes. Se van a la cama bastante pronto, todos excepto el viejo Wickett, y utilizan siempre la escalera trasera.

Dundee subió por la gran escalera de mármol. Su mente cansada estaba ocupada por una mezcla de presentimientos, imágenes distorsionadas y retazos de conversaciones. Qué velada más extraña y desquiciada. Había sido una pesadilla *in crescendo* culminada por el terrible bofetón de Mrs. Berkeley a su audaz e impertinente hija.

Sus dedos, al deslizarse por la fría balaustrada, se toparon de pronto con algo suave y blando, una pequeña manita morena.

—¡Gigi! —susurró y se inclinó hacia la pequeña figura vestida con un alegre pijama estampado que estaba sentada en las escaleras.

—Te estaba esperando —susurró ella ahogando un sollozo—. Dick no está en su habitación y necesitaba a alguien que me hiciera unos mimos y me sermoneara un rato... No podía dormir —confesó en tono miserable.

Dundee se agachó a su lado y acarició su mano con simpatía.

—¡Pues sí que apestas! —exclamó ella con una risita—. Crees que me porté fatal tirando todo el perfume de mi madre, ¿verdad? Bien, pues no es así, estaba simplemente...

Se interrumpió de repente dejando la confidencia a medias. En la penumbra de la tercera planta, sus ojos de color topacio brillaban como los de un gato.

—No me estaba portando mal *en ese momento* pero *después*, después de

que me pegara, hice algo terrible... Y ahora tengo tanto miedo que no puedo dormir.

—¡Mi pobre pequeña Gigi! —susurró él cariñosamente llevándose la manita a los labios—. No puedo creer que hayas hecho algo terrible y te vas a ir a la cama ahora mismo.

—¡Ooooh! —exclamó ella sorprendida—. ¡Has besado mi mano, Bonnie Dundee! ¡Como si fuera una señora adulta como Clorinda! Dame un beso de buenas noches y te prometo que me iré a dormir.

Él hizo lo que le pedía y se fue a su habitación dejando a la niña sentada en las escaleras.

Al encender las luces de su dormitorio, descubrió que una de las sirvientas había transformado el sofá en una comodísima cama y le había dejado en una mesita un termo con agua y hielo y una bandeja de delicados sándwiches protegidos por una servilleta impoluta. Mordisqueando uno de los pequeños triángulos entró en el baño, probó la puerta que daba a la habitación de Dick y la encontró abierta. Dio unos golpecitos con los nudillos pero nadie respondió, así que entró en la habitación. Las luces estaban encendidas pero Gigi tenía razón, estaba vacía. Dick Berkeley no podía llevar mucho tiempo ausente porque las colillas del cenicero aún seguían encendidas. Un penetrante olor a *whisky* y perfume invadía la estancia.

“No puede haber ido muy lejos”, se dijo Dundee y frunció el ceño. A pesar de que Dick era su anfitrión y de que su vida amorosa no era asunto suyo, Dundee sabía que, si podía, debía impedir que su amigo siguiera molestando a Doris Matthews esa noche. Salió de la habitación sin tener un plan de acción concreto. Gigi, por fortuna, ya se había ido a la cama. Bajó las escaleras a paso ligero, sus pasos resultaban inaudibles sobre la espesa moqueta de terciopelo. La casa parecía desierta, todos se habían ido a dormir y solo quedaba una luz tenue encendida en el vestíbulo. Mientras cruzaba la salita en silencio, oyó el sonido ahogado de una puerta que se abría seguido de una voz dura e inflexible.

—Y eso es lo último que tengo que decir al respecto, Abbie. No habrá ningún anuncio de compromiso mañana. No consentiré que mi hija se case con un asesino de mujeres.

—¡Cierra esa puerta, George Berkeley! —La estridente voz pertenecía a Mrs. Berkeley—. ¿Quieres que Wickett nos oiga? Pues bien, yo *también* tengo

algo que decir sobre el tema...

La puerta de la biblioteca se cerró y Dundee quedó momentáneamente a salvo del pecado de espionaje de conversaciones ajenas. Vaciló un instante. ¡Así que George Berkeley sospechaba también! ¿O serían algo más que sospechas? ¿Habría logrado descubrir con ayuda de detectives privados algo desconocido en el momento del juicio?... O tal vez ni siquiera había contratado detectives privados. Tenía como empleada a Doris Matthews, la doncella personal de la fallecida Mrs. Crosby, que testificó en el juicio... ¿En qué había consistido su declaración?... Dundee frunció el ceño esforzándose sin éxito en recordar. En fin, al día siguiente tendría en sus manos la información que había solicitado sobre el caso. Y el asunto de Dick era más urgente ahora.

Se dirigió hacia el comedor. Allí vio a Wickett guardando las cucharas de plata en un estuche de terciopelo dentro de una gran alacena. Al oír ruido, el mayordomo se giró alarmado.

—Estoy buscando a Mr. Dick Berkeley, Wickett —le informó Dundee.

—No está aquí, señor... hace un buen rato que nos llevamos el vino a la bodega, señor.

—Ya entiendo —sonrió Dundee—. Si ves a Mr. Dick, ¿podrías decirle que quiero hablar con él antes de que se vaya a la cama?

El mayordomo contestó con un cortés “por supuesto, señor” y regresó a su trabajo. Dundee salió de la habitación y se disponía a salir al vestíbulo cuando oyó un ruido de pisadas bajando las escaleras. No tenía ganas de volver a explicar el motivo de su presencia allí, así que se escondió detrás de unas gruesas cortinas de seda. Su sexto sentido de detective le avisó de que la persona que descendía por las escaleras tenía tan pocas ganas como él de ser sorprendida, así que, curioso, decidió echar un vistazo a ver quién era.

Se trataba de Clorinda Berkeley. Su figura alta y grácil era inconfundible, incluso en la penumbra. Sobre el vestido de noche llevaba un abrigo dorado con una capucha ribeteada de piel. Los ojos de Dundee, ya acostumbrados a la oscuridad, consiguieron distinguir también un pañuelo de colores que no paraba de retorcer entre sus dedos nerviosos mientras descendía los últimos escalones.

Él aguardó conteniendo la respiración. Ella pasó cerca de él y se dirigió hacia la puerta de servicio. Dundee oyó cómo la puerta se abría muy suavemente pero no oyó cómo se cerraba. Dundee vaciló un instante y decidió

seguirla. Se escuchó el sonido de una cadena y un pestillo. Clorinda salía de la casa por la puerta que Wickett ya había cerrado a cal y canto para la noche.

Así que Dick no era el único de esa familia que se escabullía al anochechar... ¿Con quién se habría citado Clorinda? ¿Con Seymour Crosby? No le habían parecido una pareja de amantes apasionados deseosos de quedarse a solas...

Media hora más tarde, después de un baño caliente para inducir el sueño, Dick aún no había aparecido. Dundee, agotado, claudicó mientras se metía en la cama. No creía que la pequeña Doris se hubiera puesto a tiro del hijo de su señora.... ¿No había comentado Mrs. Lambert que Doris estaba muy contenta con su compromiso con Arnold, el chófer?

Las siguientes preguntas de Dundee fueron pronunciadas en voz alta:

—¿Eh?! ¿Quién es? ¿Qué pasa?

Era plena luz del día y alguien llamaba con insistencia a su puerta.

—¿Te he asustado? —Gigi rio alegremente—. Tienes el aspecto de alguien que espera oír que el millonario propietario de Hillcrest acaba de ser encontrado asesinado en su biblioteca con las puertas y ventanas cerradas desde dentro... Y siento decepcionarte, pero papá está sano y salvo en su habitación y acaba de maldecir a su hija favorita por despertarle tan temprano... “en mitad de la noche”, ha dicho, ¡pero si son ya casi las siete de la mañana!

—Creo que comprendo bien a tu padre —confesó Dundee—. ¿Qué te traes entre manos, jovencita?

—Me he despertado pronto, tenía un dolor de cabeza terrible. Debe de ser la peste esa a perfume que hay por todas partes. Al abrir la ventana para tomar un poco de aire fresco he visto que hace una mañana cálida y deliciosa, el jardín está perlado de rocío y todo eso así que... —Gigi sonrió y abrió su bata mostrando un bañador de rayas naranjas y marrones—. ¡Espabila, corderito! Despierta a Dick y nos vemos en el lago en diez minutos. Me marchó a aporrear las puertas de Clorinda y de Mr. Crosby... ¿crees que alguna vez conseguiré llamar por su nombre de pila a ese *fiancé* tan distinguido de Clorinda? Por cierto, ¿me has oído llamar a la puerta de Dick? He hecho un ruido del demonio pero no he conseguido despertarle así que te dejo a ti que le saques de la cama. Dile que un baño a la salida del sol es el mejor remedio para la resaca.

Gigi se puso de puntillas, revolvió con descaro el pelo alborotado de Dundee y se marchó, trotando alegremente por la gran escalera de mármol.

La mañana era inusualmente cálida pero Dundee se estremeció al pensar en lo frío que estaría el lago a esas horas. No tenía ninguna intención de desobedecer, sin embargo. Sonriendo ligeramente al darse cuenta de que Gigi le estaba dejando en el mismo estado de esclavitud al que había reducido a su devoto padre, caminó con calma hacia el baño y llamó a la puerta de conexión con la habitación de Dick, gritando:

—¡Despierta, Dick! ¡Gigi ha decretado un baño a la salida del sol!

Hablaba a una habitación vacía. La cama estaba sin hacer y la luz de la lamparita de noche, aún encendida, brillaba mortecina en la mañana soleada.

“¡Menudo anfitrión estás hecho!”, Dundee acusó mentalmente al desaparecido. “Invitas a un amigo a pasar el fin de semana y te pasas la noche borracho y a saber dónde”.

A pesar de su disgusto, empezaba a sentirse inquieto. Estaba seguro de que Dick no había conseguido su cita con Doris Matthews y, sin embargo, ¿qué otra explicación podía haber para su ausencia?

“Bueno... ¿y qué hago yo ahora?”, se preguntó Dundee desmoralizado mientras volvía al baño y se preparaba para una ducha de agua fría. “¿Alarmar a toda la familia? Es temprano, el muy canalla aún puede llegar a tiempo para el desayuno y enfadarse por mi intromisión... Sí, creo que voy a esperar un poco... ¡Cuando aparezca me va a oír!”.

Después del frío intenso de la ducha, seguido de un vigoroso masaje con la toalla, se sintió más preparado para enfrentarse a cualquier lago helado. Se puso el bañador silbando alegremente, los malos presagios de la noche anterior temporalmente olvidados.

En el comedor aguardaba Wickett, quien sujetaba en sus manos una bandeja con cuatro grandes vasos de zumo de naranja.

—*Miss* Gigi acaba de salir hacia el lago, señor. ¿Mr. Dick no va a acompañarles?

—Creo que no, Wickett —respondió Dundee evadiendo la respuesta mientras se tomaba el zumo de naranja que le ofrecía el mayordomo.

Wickett, cuyo rostro parecía especialmente avejentado y cansado esa mañana, parecía querer preguntar algo más, pero le frenó el sonido casi imperceptible de una puerta que se abría en la segunda planta. Depositó con solemnidad la bandeja sobre una mesa y salió de la estancia.

Era una mañana de septiembre gloriosa, “perlada de rocío”, como había descrito Gigi. Una mañana fresca, fragante, alegre... Dundee echó a correr, feliz de sentirse vivo, de disfrutar de la naturaleza, de ir a reunirse con una pequeña gamberra que en ese momento brincaba alegremente en la orilla de un pequeño lago rosa y plata.

—¿No hace un tiempo increíble? ¿No te alegras de haber venido? —gritó Gigi corriendo a su encuentro con los brazos extendidos como alas—. ¡Pareces más joven esta mañana, Bonnie Dundee! Con esos rizos negros y tus ojos azules como los de un bebé... Me pregunto si me estaré enamorando de ti. Cuando te he visto esta mañana ha sido como si tuviera mariposas en el estómago... ¡Oh, maldita sea! Aquí viene la parejita adulta de enamorados y tú tendrás que pretender que eres un adulto también... ¿Dónde está Dick? ¿No has conseguido despertarle?

Sin esperar respuesta, Gigi se marchó a importunar a su hermana y a su futuro cuñado.

—¡Lentorros, tortugas! —gritó burlona—. ¿O es que estabais demasiado ocupados haciéndoos arrumacos, Clo? ¡Le reto a una carrera hasta el lago, Mr. Crosby!

Al ver al aristócrata echar a correr como un niño en persecución de Gigi, Dundee se dio cuenta de hasta qué punto le caía bien Seymour Crosby. Clorinda les siguió sin prisa, su hermosa cara nublada por una expresión de resentimiento.

—¿Estás enfadada con la pequeña Gigi? —Gigi la hostigó maliciosa—. ¿Acaso esta terrible hermanita tuya te ha provocado pesadillas? ¡Eh! —exclamó de pronto, muy seria—. Parece que no has dormido nada, Clo. Tienes unas ojeras horribles. ¿Por qué no me has mandado al infierno y has seguido durmiendo? Lo siento mucho... ¡de veras!

—¡Oh, déjame en paz! —ordenó Clorinda bruscamente—. Estoy bien pero no me voy a bañar, ni hablar, esa agua debe de estar congelada —dijo con un estremecimiento y se dio media vuelta dando la espalda al lago.

—¡No seas tan aguafiestas, Clo! —le suplicó su hermana botando desde el trampolín—. El frío solo lo sientes un segundito y luego... —se interrumpió bruscamente alzando su naricilla y olisqueando una ráfaga de aire—. ¡Cielos! ¡Es *Fleur d'Amour*! ¿No lo notáis vosotros también? Tiene que habernos penetrado hasta los huesos para que siga apestando de esta forma.

—No hagas el idiota, Gigi —replicó su hermana enfadada mientras la pequeña figura naranja y marrón saltaba de uno a otro olisqueándoles como un cachorrillo impaciente—. Son imaginaciones tuyas.

—No es cierto, claro que huele a *Fleur d'Amour* —insistió Gigi testaruda—. Pero, ¿a qué esperamos? ¡Vamos a darnos un baño! Apuesto a que llego más lejos que tú bajo el agua sin respirar, Bonnie Dundee. A la de una, a la de dos... ¡Vamos, Bonnie! ¡Vamos a enseñar a esta gente lo que es bucear de verdad!

Y a la de tres, ejecutó un atlético salto y se zambulló grácilmente hasta aparecer casi en el otro extremo del lago, a poca distancia del cenador construido en la orilla.

—¡Un salto espléndido! —exclamó Dundee que había aparecido a su lado solo un instante después. Su tono cambió, sin embargo, al ver el rostro demudado de la niña—. ¿Qué pasa, Gigi? ¿Te has hecho daño?

—¿Qué? —preguntó la niña con voz forzada retrocediendo rápidamente hacia el trampolín con brazadas vigorosas—. ¡Claro que no! Pero creo que... ¡he visto una sirena ahí debajo!

—¿Una sirena? —repitió Dundee ayudándola a subir. La niña temblaba violentamente.

—¡No haga caso de esa atontada! —exclamó Clorinda despectiva—. Ya te dije que hacía demasiado frío para bañarse, Gigi. Vamos a casa.

Pero Gigi siguió sentada, temblando con violencia, con la cabeza entre las piernas. Dundee se dio cuenta de que no era a causa del frío y volvió a sentir el horrible hormigueo en su cuerpo. Se puso de pie en el trampolín con decisión.

—¡No, no lo hagas! —gritó Gigi, pero Dundee ya estaba en el agua.

El detective estuvo un rato bajo el agua intentando seguir la trayectoria que había tomado Gigi y regresando de vez en cuando a la superficie para tomar aire. Por fin emergió, anormalmente pálido, y regresó nadando hacia el grupo sin decir palabra. Gigi le miró horrorizada y él le lanzó una mirada de compasión antes de dirigirse a Clorinda Berkeley.

—Lleve a su hermana a casa de inmediato, *miss* Berkeley. Crosby, necesito tu ayuda.

---

[\[1\]](#) *El misterio de Edwin Drood* de Charles Dickens.

[2] “O, frabjious morn, Callooh, Callay” de *Alicia en el país de las maravillas*.

[3] Capítulo tres de *Estudio en escarlata* de Arthur Conan Doyle.

[4] Poema de *sir* Walter Scott.

[5] Poema “La columna de nube” (*The Pillar and the Cloud*) del Beato Cardenal John Henry Newman.

[6] Himno evangélico “Guíame, ¡Oh, Salvador!” de Frank M. Davis.

[7] *Antonio y Cleopatra* de William Shakespeare. Acto V, escena II.

[8] *Antonio y Cleopatra*. William Shakespeare. Acto V, escena II.